
EL TIEMPO
DE LA
ESCOCESA
SERIE INFINITOS 2
MIRANDA BOUZO

El tiempo de la escocesa

SERIE INFINITOS 2

MIRANDA BOUZO

Título: El tiempo de la escocesa. Serie Infinitos, 2

Edición publicada en enero de 2024

Diseño de cubierta: Alexia Jorques
Maquetación: Alexia Jorques
Corrección: Llyc Correcciones

El Tiempo de la Escocesa

Serie Infinitos 2

Miranda Bouzo

Para vosotros, que siempre disfrutáis
de una gran aventura.

Ni la ausencia, ni el tiempo, son nada
cuando se ama…

Prólogo



Escocia. Siglo XIV.

El trueno que precedía a la tormenta se oyó por todo el interior de la vieja torre. Los antiguos muros de piedra parecía que no podrían soportar el temporal que se avecinaba desde el mar del Norte. Aislada de la tierra por un puente levadizo que comunicaba la fortaleza con la tierra de Escocia, sus muros estaban frente al mar, sobre un escarpado acantilado de rocas negras, donde el agua golpeaba sin cesar su base de piedra.

El grupo de hombres reunidos en el salón elevaron su mirada a los techos de vigas de madera con miedo. Breogán sonrió ante su temor, él sabía que su vieja torre carcomida, inclinada hacia el mar a lo largo de los siglos, resistiría una y mil veces el envite de las fuerzas de la naturaleza. Él, que había vivido cientos de años, que siempre había regresado a aquel lúgubre emplazamiento y consideraba su hogar, adoraba la frialdad de sus muros de piedra y sus oscuros corredores llenos de corrientes de aire.

Muriel, su fiel doncella, había preparado el salón para sus visitas, el clan de los infinitos, una vez más juntos. Hacía años que no se reunían, que no encontraban a más seres como ellos, eternos, infinitos, perdurables, sempiternos, los hijos de Aed Donell, como osaron llamarse en otro tiempo. Habían sido conjurados en el siglo X por el druida, cada uno de una nación diferente, distintos el color de su pelo y su piel, en el acto de ofrenda en otoño, Samhain. El druida, para salvaguardar a su congregación de los ataques de los invasores, había realizado un hechizo sobre ellos, convirtiendo sus vidas en eternas. Para reconocerse, habían grabado en fuego, a hierro candente, las dos serpientes entrelazadas en el interior de sus muñecas, para conservar su primera norma, nunca hacer daño a otro miembro del clan. El símbolo del «ápeiron», la sustancia de la vida, como lo llamaban los antiguos griegos.

Breogán frunció el ceño, iban a romper esa norma, el sagrado dogma de protegerse unos a otros para evitar su desaparición de las islas, todo por culpa de un hombre, Robert Tormod Stewart era un peligro para todos.

Recordó el manuscrito que la mujer de Robert había robado,

escondido, el que permitía viajar en el tiempo, tenía tal poder que se sentían obligados a recuperarlo. Hacía siglos que dominaban las islas, el destino de una nación a su antojo y placer, Breogán no renunciaría a ello por culpa de esa mujer, Cristina, proveniente del futuro y ahora casada con Robert. Sonrió a medias al ver las decenas de velas que Muriel había colocado sobre las consolas y baúles dedicado a crear el escenario para su hechizo. Las llamas de la enorme chimenea, donde cabía un hombre de pie, iluminaban con un fuego que amenazaba con saltar de su protección. En el suelo, pintado a cal, la espiral que debía iniciar el rito, y en el centro, la piedra sagrada.

—¡Breogán, amigo, me alegro de verte!

El anciano se giró para ver al último de los hombres en llegar a su reunión, había dudado si llegaría a tiempo bajo aquel temporal que se había instalado sobre el norte de Escocia. No había nada imposible para él. Ni nada que pudiera evitar que pagara muy caro por sus servicios. Al menos diez hombres colocaban en el centro del salón el megalito, guiado por rodillos para poder transportarlo.

—Yo también, Gilmore —pronunció Breogán mientras el joven de altura considerable palmeaba su hombro con afecto. Vestía con una camisa de fina tela, a pesar de la tormenta, su tartán enrollado al cuerpo, el hombro donde albergaba su corazón cubierto por los colores pardos del clan de los infinitos.

Gilmore Cam había servido al clan durante años, conocido por su poderoso brazo con la espada, su ojo de halcón con las flechas y, sobre todo, por la brutalidad que ejercía sobre sus enemigos. Su paladín debía estar en la reunión. Él era quien había estado en Carnac, quien había encontrado la piedra de negra arenisca sobre la cual Aed Donell realizó su conjuro y que ahora estaba en el salón de su vieja torre. Acabarían con el linaje de los Stewart, Robert y su estúpida esposa Cristina, sus descendientes que estaban desprotegidos en un futuro que ninguno acertaba a comprender. Los ojos del color del ámbar de Gilmore recorrieron la sala con satisfacción y asintió con la cabeza ante la mirada de Breogán. Estaban preparados para la ceremonia. Para Gilmore Cam, un Balliol, enemigo de los actuales reyes y de los Stewart, aquello representaba algo personal.

El primero de los miembros del consejo se situó en su lugar, lo siguieron otros seis, todos con el atuendo indicado, una capa marrón sobre sus vestiduras, una capucha tapaba sus rostros. Sus ojos brillaban con expectación, uno a uno, de diferentes edades, se colocaron en círculo alrededor del megalito que Gilmore Cam había traído para ellos. La última en llegar fue una mujer de largos cabellos rubios, su tez pálida contrastaba con la oscuridad de sus ropas. Llevaba el atuendo de un muchacho, con pantalones de paño y una camisa marrón. Lo más parecido a la forma de vestir que pensaban

que llevaría una mujer del siglo XXI, a juzgar por cómo vestía a su llegada la esposa de Robert, irreverente y atrevido a ojos de todos, pantalones ceñidos de hombre y camisa estrecha.

Sus ojos castaños los observaron a todos, se remangó la camisa para que vieran su tatuaje en la muñeca, las dos serpientes entrelazadas que habían tatuado para ella el día anterior. El reciente tatuaje de la serpiente enlazada aún estaba rojo y en carne viva, sobresalía de su piel todavía sin cicatrizar. Ella había sido admitida en el clan para servir a sus propósitos, igual que Gilmore en su momento.

Aquella mujer se situó junto al megalito de piedra y el consejo del clan comenzó a repetir las palabras del manuscrito que se había perdido, robado por los Stewart y memorizado por Breogán. Solo necesitaban un objeto que hubiera estado en el lugar en que el druida Aed Donell hubiera invocado el poder de su hechizo. El mismo con el que los hizo a todos infinitos.

Gilmore Cam se mantenía alejado de ellos, atento a aquella ceremonia que no entendía, ¿para qué necesitaban a la mujer? En un instante, un viento suave sacudió el cabello negro de Gilmore, algo más largo de lo que acostumbraba, como si hubieran dejado una ventana abierta en algún lugar de aquella torre. Se giró, como buen guerrero, a observar los alrededores, posibles enemigos que hubieran penetrado la fortaleza, todo era normal, a excepción de esos seis hombres que Breogán dirigía en su ritual.

El viento se hizo más fuerte, una espiral empezó a formarse en el salón de la torre, algunos objetos, como una jarra de madera, se elevaron un poco de las mesas, todo alrededor de la muchacha y la piedra. Las voces cambiaron, se volvieron rápidas. Gilmore Cam pensó que querría estar en cualquier sitio menos en aquella sala, no le gustaba la magia, fuera de antiguos druidas o no, las cosas que no podían atravesarse con su espada o derribar con sus puños. Se tapó los oídos, temeroso de que aquellas voces se lo llevaran donde fuera que mandaban a la chica, porque ella empezó a tomar un color extraño, a desdibujarse sus formas, podía ver a través de ella el fuego de la chimenea. Un instante después, en el cual Gilmore trataba de abrir los ojos a causa del viento, desapareció ante él. La mujer, como había afirmado Breogán, había viajado en el tiempo con un único fin, arrebatar a los Stewart todo cuanto poseían y matar a sus descendientes.

Capítulo 1



El extraño viento de las últimas horas azotaba las almenas de Roca del Cuervo con fuerza, el silbido del aire se colaba entre los resquicios de la piedra y las contraventanas de madera. Susurraba en los viejos corredores y recorría el castillo con frías corrientes. La lluvia golpeaba las grandes puertas del salón como si quisiera penetrar en el interior y llevar dentro su fiereza.

Cristina hubo un tiempo en que temía a las tormentas, a fuerza de vivir en aquel remoto castillo del norte de Escocia se había acostumbrado, aunque a veces evitaba mirar la enorme bóveda del cielo escocés cuajada de relámpagos. Un día vivió en el futuro, creció entre teléfonos móviles, coches y aviones, cuando le dolía algo, solo tenía que tomar una pastilla y el dolor se iba. Una vez trabajó en una tienda de antigüedades en mitad de una ciudad, una vez… No lo echaba de menos, su vida estaba en Roca del Cuervo, con Robert, una vez soñó con el amor y él la encontró.

Era de madrugada y todos dormían, el salón estaba desierto, solo los perros rodeaban el calor de las chimeneas. Apenas levantaron la cabeza cuando la oyeron bajar las escaleras. Estuvo a punto de tropezar con los dos guardas del salón, dormidos junto a la gran puerta, en plena guardia. Si Robert lo viera, acabarían cavando una zanja el doble de alta que ellos, como castigo.

No podía dormir, el sueño se mostraba esquivo noche tras noche. Cristina apartó sus cabellos castaños sobre el cuello y se ajustó la capa sobre sus hombros. No es que no fuera feliz, algo pasaba en su interior, algo que no conseguía adivinar, una ansiedad que no la abandonaba, una inquietud que bien la obligaba a comer sin parar o pasar horas sin probar bocado. No podía estar quieta en un sitio, pero tampoco moverse aportaba en ella beneficio alguno. No entendía lo que ocurría. Tenía el amor de su esposo, a sus dos hijos aún pequeños, poseía el castillo en el que siempre soñó vivir, pero no estaba bien. Melancólica, vagaba por los oscuros corredores hasta que Robert, su esposo, la encontraba y animaba a volver a sus aposentos sin comprender su ansiedad. Sí, ahora los llamaba aposentos, y no habitación; a los agujeros improvisados en el suelo en salas apestosas, letrinas, y no baños, los jerséis, sobrevestes, los cuchillos eran dagas,

las flechas, saetas…, e infinidad de cosas que habían cambiado para ella. Adoraba su hogar, su gente, a su cuñada Anne, sus pequeños, podría decirse que debería ser feliz, pero para alguien que hubiera conocido el siglo del que provenía, las miles de cosas que se podían hacer, sabría decir que lo que ocurría con Cristina era que se aburría.

Con el primer embarazo, el hijo del gran *laird* Robert Tormod Stewart, tuvo que cuidarse mucho, dejó de cabalgar a Copérnico, su precioso caballo negro. Dejó de entrenar con las armas, después tuvo que cuidar de su pequeño, quería hacerlo ella misma, enamorada de su hijo y cada sonrisa o llanto. Un año más tarde, quedó embarazada otra vez, la misma historia se repitió. Cristina negó con la cabeza, vaya, hasta en el siglo XIV existía la falta de conciliación. Sabía que Robert adoraba a sus pequeños, pasaba horas con ellos, pero también tenía muchísimas obligaciones con su clan, a veces debía viajar durante días y separarse de ellos. Sin darse cuenta, Cristina se había metido en una espiral extraña. Se aburría, pero tampoco hacía nada para emprender los miles de proyectos que tenía en mente. Era como si le faltasen las fuerzas. Deslizó la mirada admirativa por el gran salón, adoraba aquel lugar, su clan, sentía cada día su cariño por ella. Cristina acarició la mesa, rayada la madera, ajada por el paso del tiempo.

La puerta del salón se abrió de golpe, restalló contra la piedra a la vez que el viento penetró en la enorme sala. Cristina miró a los dos guardias, seguían dormidos cuan bebes. ¡Robert los castigaría sin duda si encontraba a sus hombres dormidos! Las gotas de lluvia fueron arrastradas por el viento al mismo tiempo que Cristina se acercaba para cerrar la enorme puerta. Morirían todos de frío ante aquel aire helador que traía la tormenta. Frente a la puerta, la noche parecía la boca de un lobo, oscuro, la espesa cortina de lluvia apenas dejaba ver el patio de Roca del Cuervo, su hogar. A lo lejos, lo único que se distinguía eran las antorchas sobre la muralla. El vendaval golpeaba su cara sin piedad, mojaba sus mejillas y hacía que entornara los ojos molesta.

Miró atrás, los tapices, no podía dejar nunca de ser historiadora, se estropearían por la humedad y el frío. Se decidió a coger la gruesa hoja de madera para intentar cerrar. El peso de la puerta era enorme, pero como si se tratara de un reto personal, consiguió moverla unos centímetros. Jadeante, Cristina lo tomó como una ofensa a su falta de voluntad, cogió fuerza para intentarlo de nuevo. En el instante que la madera crujió, movida por su insistencia, el viento la empujó hacia atrás. Un relámpago iluminó la noche, una figura espectral, con el rostro oculto bajo una capucha, estaba frente a ella. La luz del relámpago se extinguió y la oscura sombra dio un paso adelante para entrar en su salón.

Cristina iba a gritar a los guardias, no llevaba ni una triste daga para defenderse del extraño, cuando unas finas manos de mujer apartaron la capucha y dejó ver su rostro. Esos ojos azules, inconfundibles, del color del acero, con un brillo bailarín, podía reconocerlos en cualquier lugar.

—Me parece, Cristina, que no son horas para andar por ahí sola y en camisa de dormir.

—¡Alysa!

Una vez fueron enemigas, Alysa era una infinita, del mismo clan que su esposo, Robert. Su obsesión por él estuvo a punto de matarlos a todos, Cristina salvó a Alysa de la sentencia a muerte que pendía sobre ella, mandó lejos a Alysa, su rival, con un hechizo del tiempo. Al fin y al cabo, tuvo que salvarle la vida, eran familia, Donell, descendientes ambas del druida Aed Donell, aunque catorce siglos separaran sus nacimientos.

—Sí, soy yo, no me mires así con la boca abierta y esos ojos de duende verdes —regañó Alysa a Cristina.

—¿Pero qué haces aquí? Me prometiste que nunca volverías, que no harías daño a mi familia… —increpó Cristina a su visita nocturna.

Alysa elevó los ojos al cielo, como si Cristina cansase con su palabrería. Miró de forma inquisitiva y Cristina se echó hacia atrás, molesta por su manera de observar, directa.

—No puedes ser la misma Cristina, no aquella que plantó cara al clan de los infinitos con una daga en la mano, con toda la arrogancia del mundo… Es como si te hubieran apagado la luz de los ojos.

Cristina volvió a retroceder, el dedo de Alysa señalaba acusador, no podía haberse dado cuenta de lo que pasaba. Cristina no se lo había contado a nadie, ni siquiera Robert, su esposo, que conocía su carácter y forma de ser, lo había visto. ¡Alysa acababa de atravesar sus puertas!

—Sí, algo te ocurre, Cristina Donell, no puedes engañarme, tus ojos de duende no brillan, ¡creo que hasta te han salido arrugas!

Cristina usó todas sus fuerzas, enfadada por la aparición de Alysa, empujó la puerta de madera que consiguió cerrar. El viento, el agua, no parecían haber molestado en absoluto a Alysa, que, por único gesto ante las adversidades del tiempo, sacudió su capa con desidia.

—¿Qué dices, Alysa? Estoy como siempre, no evites mis preguntas, prometiste que nunca volverías.

Alysa sonrió, esa media sonrisa juguetona que, en otro tiempo, Cristina había aprendido a temer. Se quitó la capa y la arrojó indolente sobre una silla, una carcajada escapó de sus labios al ver los dos guardias dormidos a un lado.

—¡Si que van bien las cosas por aquí!, si yo fuera alguien peligroso, no habría nadie para vigilar a la familia del *laird*, el gran y poderoso señor de las Highlands, Robert Tormod Stewart y su prole.

—¡No seas sarcástica, Alysa! Dime qué quieres. Pensé que a estas alturas vivirías feliz en Iona con tu monje.

Alysa dejó de seguir la profunda respiración de los guardias y se acercó a Cristina, contrajo su rostro en una extraña mueca, parpadeó rápido, apretó los labios, pero era tarde, Cristina había visto el brillo de las lágrimas en lucha por no salir.

—Murió, estaba enfermo, al parecer, solo somos infinitos, no inmortales. —Suspiró al tomar aliento, Alysa parecía estar afectada de verdad—. Estuve con él hasta el final, lo amé, Cristina, tal vez no como debía, con todo mi corazón, pero lo quería, más allá de lo que nunca creí que fuera capaz.

—Lo siento mucho, Alysa.

Cristina se acercó a ella, entonces, tomó la mano de Alysa entre las suyas.

—Sigues siendo, Cristina, la persona más compasiva y buena que he conocido. —Alysa irguió los hombros y, con delicadeza, se deshizo del contacto de Cristina—. Te hice una promesa, te protegería a ti y a los tuyos por salvar mi vida, por toda la eternidad que tengo como infinita. Por eso estoy aquí. Mi vida y mi lealtad son para ti, Cristina.

—¿Qué insinúas, Alysa? —Alarmada Cristina, se apoyó en la mesa. ¿Qué nuevos peligros amenazaban a los Stewart? Siempre contaba con que Breogán y el clan originario de Robert volverían para vengarse de ellos, pero lo había dejado pasar, como aquello que cada día está presente y no quieres reconocer que está ahí, en el fondo de tu alma. Tal vez su intuición susurraba a Cristina que eso podría pasar y era la consecuencia de su desasosiego, a la espera de que algo ocurriera para deshacer su felicidad.

—El clan ha encontrado la manera de viajar en el tiempo sin necesidad del manuscrito, han usado una piedra, encontrada en Carnac, es el medio por el cual pueden hacer magia. Un tal Gilmore Cam se ha encargado de llevarla al norte ante Breogán, trabaja para ellos, un ser despiadado y feroz guerrero, se han hecho más fuertes desde que salisteis Robert y tú del clan. —Alysa señaló con la mirada el tatuaje de Cristina, las dos serpientes entrelazadas que indicaban que un día sirvió al clan. Cristina no era una infinita como Robert y Alysa, pero una vez estuvo a punto de prestarse a los intereses de Breogán y su gente.

—Gilmore Cam —repitió Cristina, aquel nombre no se podía olvidar, tenía un sonido oscuro y profundo, con la capacidad de arrastrarte a conocer la maldad.

Alysa se sentó en una silla, frente al fuego, las manos extendidas hacia delante para calentarse en la chimenea.

—Han enviado a alguien al futuro, en busca de vuestros descendientes. Breogán teme ir él mismo, quedar atrapado en la

espiral del tiempo e incapaz de regresar aquí después. Creo que el hombre al que pretende matar es Angus, está en peligro, Cristina.

Cristina inspiró hondo, Angus era su tataratatara… nieto, o lo que fuera, se habían conocido en el siglo XXI, de donde ella procedía. Angus fue quien ayudó a Robert y a ella en todo momento, incluso creyó sus locas historias de viajar en el tiempo.

—No puede ser, es otra de tus tretas.

—No, Cristina. Hubiera ido yo misma, sola, pero no tengo bastante poder.

—No tienes el manuscrito.

Alysa sacó de entre sus ropas una bolsa de tela alargada y mostró a Cristina el manuscrito del tiempo.

Cristina recogió el ruedo de su camisón con toda la intención de dejar allí plantada a Alysa e ir a comprobar ella misma si era su manuscrito, pero Alysa la detuvo con una sonrisa.

—No busques en el sitio absurdo donde lo escondiste, lo encontré antes de venir a visitarte, me pasé por tu torre, te lo dije, Cristina, sola no puedo, únicamente juntas podemos invocarlo. Créeme, lo he intentado. Si quieres salvar a Angus, tendremos que ir las dos. Si es que queda algo de tu antigua valentía, pareces una aburrida señora del castillo, ¡cielos, Cristina! ¿Qué te ha pasado?

Cristina refunfuñó, podía decirle cuatro cosas, increpar a Alysa, pero, en el fondo, muy en el fondo, puede que tuviera razón y se hubiera acomodado demasiado.

—¡Por todos los cielos, Alysa! ¡Tú has dormido a los guardias! —exclamó Cristina al comprender las tretas de la mujer que tenía delante—. Vale, Alysa, iré contigo, no puedo dejar que maten a Angus, pero hay que contárselo a Robert, es su descendiente igual que el mío y no dudes de que querrá venir, eso, o matarte.

—«Vale», querida —sonrió Alysa, como si hubiera descubierto una palabra nueva de la cual le gustaba el sonido.

Cristina negó con la cabeza desesperada, si no era una trampa de Alysa, el consejo del clan había encontrado la manera de hacerles daño a su familia y a ella, acabar con Angus. Se dirigía hacia las escaleras cuando se giró.

—Alysa, no toques nada, quédate ahí… Y una cosa, ¿a quién han enviado para matar a Angus? ¿A ese tal Gilmore Cam?

Alysa se había hecho con una manzana que había en el cuenco de la mesa y frotaba la piel contra su vestido. Le dio un mordisco con una sonrisa.

—No, peor —balbuceó mientras mordía la fruta—. ¿Conociste allí a alguna mujer que rondara a Angus? ¿Una tal Amanda? Creo que quiere casarse con él para después matarlo.

Cristina se quedó blanca, claro que la había conocido, en ese mismo

castillo, siete siglos más tarde, la prometida de Angus. Y ella nunca había sospechado nada, alegre porque su familiar se hubiera enamorado.

Corrió escaleras arriba, a despertar a Robert. Angus estaba en peligro y tenía que convencerlo de que debían marchar al futuro.

Capítulo 2



Nuestro año.

Angus era consciente de que parecía un loco, acudía cada día al bosque junto al castillo, paseaba por los alrededores por si Cristina decidía volver. Para él, era inaudito que una mujer de su siglo pudiera vivir en una época tan oscura como el siglo XIV, había enfermedades, la peste que avanzaba por toda Europa, las luchas de sucesión por el trono escocés, las hambrunas, los guerreros… Cosas que no podía imaginar más que por los libros que leía de la vieja biblioteca del castillo. Lo cierto era que se había desvinculado de su trabajo en Inverness, los visitantes del castillo, la fortuna de la familia le había permitido pasar a ser un ocioso señor del castillo cuyo oficio había pasado a ser el de restaurador de libros. Eran, sin duda, buenos tiempos para los Stewart.

Se acercó al bosque desde la explanada de hierba, a los pies de los muros de Roca del Cuervo, su hogar. Los cuervos graznaron por encima de su cabeza, ¿en qué momento habían vuelto los viejos cuervos a sobrevolar el castillo? Desde que Cristina se fue, no había vuelto a oír su peculiar canto. Tapó sus claros ojos azules con la mano y oteó la sombra de los pájaros en torno a una de las cuatro torres. Negó con la cabeza y siguió el sendero hasta la hermosa carpa en la cual se casaría con Amanda en dos días. No había sido una decisión fácil, Amanda era un encanto, de mirada algo fría, como una buena escocesa del norte. De espíritu inquebrantable y afectuosa. Preciosa y elegante. ¡No debería tener dudas! ¿O sí? «Cagueta», susurró esa voz que a veces lo retaba desde su interior. Iba a casarse, a sus casi cuarenta, tenía que dejar a un Stewart al frente del castillo, para ser un tipo bastante moderno, era consciente de que su legado debía perdurar, como en los últimos veinte siglos, un Stewart en Roca del Cuervo.

Los trabajadores no habían aparecido, habían terminado su trabajo hasta el día siguiente que vendrían las flores, los adornos finales, en otro día más, no sabía si tenían que montar las mesas, Amanda lo sabría, seguro. Se mostraba tan entusiasmada con la boda que Angus dejó hacer a su gusto. Amanda tampoco le pedía opinión, a veces echaba de menos el sentirse agobiado con los típicos detalles de una

boda y una prometida ansiosa. Amanda no era así.

—Lord Stewart.

Angus se giró hacia Estela, reconocería su voz, aunque el viento lo silbase en el oído. Estela era la hija del ama de llaves de Roca del Cuervo, se conocían desde niños, incluso habían jugado juntos antes de comprender que él era un chico y ella una niña, uno, el dueño, y Estela, la hija de su empleada. Angus adoraba su sonrisa, siempre estaba alegre, sus vivarachos ojos del color de la miel tenían una bondad innata, como ahora al verlo vagar sin rumbo entre las ruinas de aquella casi boda dentro de solo dos días.

—¡Estela! No me llames así, de veras.

Ella sonrió.

—Debo hacerlo.

—No cuando estamos solos.

—Su prometida, la señorita Amanda, me dijo que debería hacerlo siempre, sino podía escapárseme. No te preocupes, Angus, no me importa en absoluto, creo que tiene razón.

Angus frunció el ceño, ¿y por qué aquello le importaba a Amanda? Enseguida pensó que tal vez él no veía las mismas cosas que Amanda. Estela era como una hermana para él. La bondad de Estela a veces lo maravillaba, podía sentirse molesta con Amanda cuando era tratada como una criada, sin embargo, nunca criticaba a la que sería su esposa. Su esposa. Sonaba tan distante como una nube en el horizonte sobre el mar.

—Haz el favor, Estela, dime que no estoy cometiendo una locura. —Sonrió Angus al señalar la carpa.

Por un momento, el silencio de Estela fue demasiado largo, hasta que ella reaccionó y chascó la lengua a la vieja usanza de las Highlands.

—Eso es miedo, Angus.

El viento sopló en ese instante, hizo que un mechón castaño del pelo de Estela se agitara frente a ella. Apartó su cabello con un movimiento delicado. Angus frunció el ceño. ¿En qué momento Estela se había convertido en esa preciosa mujer? Siempre la había visto como a una muchacha, aunque solo se llevaran unos años, menor que él.

De verdad que no sabía qué le ocurría, Angus se acercó a ella con la misma camaradería de siempre.

—No me gustan tantos adornos, hubiera preferido menos invitados —dijo al ver la pila de sillas que serían para los asistentes.

—Debiste decírselo a Amanda cuando empezó a organizar esto, ahora creo que es demasiado tarde —bromeó Estela.

Angus correspondió con una sonrisa al darle la razón a su amiga. Se aproximó a Estela, cuando un trueno restalló en el cielo sobre sus

cabezas. Ambos miraron la cúpula desconcertados, hacía unos instantes el cielo estaba azul, sin una sola nube. Angus recordaba mirar los cuervos, entonces no amenazaba en absoluto tormenta, ahora, sobre sus cabezas, negros nubarrones cubrían todo hasta el horizonte.

El aire comenzó a soplar, no provenía del mar, demasiado fuerte para ser una brisa, venía del bosque, tras la carpa de su boda. La tormenta no tardaría en caer sobre ellos. Angus y Estela sintieron las primeras gotas, enormes, el preludio de una tormenta de verano, solo que estaban en otoño. El viento se hizo más fuerte de un momento a otro, tanto que la carpa, a pesar de los agarres, empezó a moverse de un lado a otro. Atrapaba el aire y lo soltaba, amenazaba con rasgar la tela blanca. Protegió a Estela con su chaqueta, y, de la mano, ambos corrieron hasta el interior de la carpa.

Angus soltó a Estela, miró alrededor, los restos de papeles de los trabajadores, unas flores, una servilleta olvidada, todo comenzó a elevarse. En torno a ellos, se había desatado una especie de tornado de viento que los envolvía y amenazaba con empujarlos.

Angus reconoció ese viento, lo que estaba ocurriendo, no era una tormenta, asomado, vio como las nubes estaban quietas en el cielo, las banderas de las cuatro torres de Roca del Cuervo apenas se movían. Iba a tener una visita, una venida de muy lejos en el tiempo. Sonrió con los ojos entrecerrados a Estela para que no tuviera miedo, su amiga tomó su mano y se cobijó a su lado.

Aparecieron en el mismo lugar en el que una vez se fueron, a unos metros de ellos. El pelo de Cristina, castaño y largo, era inconfundible, la estatura y porte de Robert eran inequívocos mientras se materializaban frente a él. Eran ellos.

En cuanto sus figuras se hicieron visibles en su totalidad, el viento desapareció, todos los objetos cayeron al suelo. Entonces Angus se dio cuenta de que venían acompañados de una mujer de largos cabellos rubios, pareció intuir que Angus la miraba extrañado y sus ojos azules y fríos se posaron en él. Angus sintió un escalofrió que recorrió su cuello.

Reconocía ese rostro por el antiguo retrato que colgaba en el corredor inferior de Roca del Cuervo, Alysa Donell, la ancestral enemiga del clan Stewart. Tan hermosa como peligrosa, aparecía retratada en la historia como una mujer sin escrúpulos, siempre en busca de su propio interés y fortuna.

Capítulo 3



Encontrarse con alguien a quien añoras con todas tus fuerzas, era un regalo. Parecía que, en el momento más crítico y decisivo de la vida de Angus, Robert y Cristina habían elegido volver. Un abrazo, algunas lágrimas, las explicaciones a Estela fueron largas y trémulas. ¿Cómo explicar que habían viajado en el tiempo? Lo cierto es que ayudaba ver aparecer tres figuras emergidas en la linde del bosque de la más absoluta nada. Estela los miraba con recelo, las armas que Robert portaba en su cintura, el cuchillo de Cristina, sus ropas y las de Alysa, largos vestidos medievales de anchas mangas, con colores extraños que se habían perdido en este siglo. Tinturas extrañas, hasta el olor de ellas, a rosa y lavanda, el de Robert, amaderado. Los cabellos largos, el de Robert, por los hombros, que en ese siglo solo usaban pocos hombres, el de ellas, hasta la cintura. Y luego el parecido, Robert y Angus eran idénticas gotas de agua, uno, vestido con su eterna chaquetilla de lana con coderas, el otro, con sobreveste de cuero, camisa debajo, preparado para la lucha. ¿Pero por qué?

Angus supo por las armas, las vestiduras, la compañía de la mayor enemiga de los Stewart, Alysa Donell…, todo indicaba que no era una visita de cortesía, anunciaba peligro, sus antepasados no se hubieran arriesgado a volver desde el siglo XIV si no fuera por una poderosa razón.

Alysa siguió al grupo, todo el rato inspirando hondo, como si fuera incapaz de reconocer aquellos olores, la falta de aire, y eso que estaban a millas de cualquier ciudad grande. Miraba los muros con los ojos abiertos por la incredulidad, ante el castillo, su decadencia moderna de piedras gastadas y ventanales enormes. Las luces eléctricas que prendían el interior ante el día nublado hicieron que se quemara al tocar las bombillas. Se acercó a las chimeneas del salón, apagadas, algo increíble en su época, y, a pesar de todo, hacía calor allí dentro. Miró la puerta de cristal oculta a las escaleras, cuando dio un paso hacia delante y esta se abrió mediante el sensor, estuvo a punto de gritar. Angus observaba a aquella mujer, que la historia había tachado de malévola con precaución.

—Creo que debería marcharme, Angus —susurró Estela al llegar a la puerta de la biblioteca—. Esto me sobrepasa, no lo entiendo, tal vez

ni quiera comprender qué ocurre. ¡Estás tan tranquilo! ¡Han aparecido de la nada!

—No, quédate, por favor, Estela. Quizá encuentres explicación a por qué Robert, en su anterior visita, era como era. Ahora estás metida en esto tanto como los demás. —Angus suspiró—. Quizá necesite a una amiga cuando oiga por qué están aquí. Por favor, quédate.

Estela asintió, con la ceja fruncida de preocupación, por Angus lo haría sin dudar.

Alysa siguió al grupo, atravesaron otra puerta hacia el corredor, la madera de la entrada, sustituida por una más fina y poco resistente. Los pasos de todo el grupo resonaron en el largo pasillo, Alysa pasó por delante de un cuadro y volvió hacia atrás cuando reaccionó ante la imagen pintada. Era ella, su pelo cobrizo por los hombros. Sus ojos envueltos por un brillo que no recordaba haber tenido nunca…, y esa sonrisa… Quizá era alguna mujer parecida a ella, parecía tan feliz…, había tanta paz en su retrato que acarició la mejilla tras el cristal que protegía el cuadro. Al fondo, había un salón de piedra, una ventana que mostraba unas colinas, ni siquiera sabía el lugar que había elegido el pintor para retratar su rostro. Alysa deseó llevarse aquel cuadro para sí misma, comprendió entonces que su imagen había perdurado a través de los siglos en el castillo Stewart, como si fuera alguien más de la familia. Entonces se fijó en el cartel que había bajo el cuadro. «*Lady* Alysa Donell. Enemiga del clan Stewart. Secuestró al hijo del rey Robert Bruce, David, e intentó destruir a los Stewart durante toda su vida».

Alysa retrocedió, no era mentira, hasta hacía unos años cuando Cristina irrumpió en su siglo. La soledad de su destino en Iona, su amante Ethelred habían hecho que cambiara, dándose cuenta de que ya no quería ser recordada por las cosas que había hecho, no merecía la pena ser la sombra de la mujer malvada, hubiera preferido estar en ese muro por pertenecer a la familia. Cristina pronunció su nombre y Alysa apartó la mano del cuadro con la sensación de que aquellos ojos, sus mismos ojos, observaban lo que hacía. Con pesar, admitió que su recuerdo en la historia de Escocia sería el de una mujer malvada. Alysa negó con la cabeza, desolada, al ver en qué se había convertido a causa de su lealtad a los infinitos y a Breogán.

Pasaron todos a la biblioteca, Cristina sonrió al instante, la situación de Angus había cambiado sin duda. Libros y más libros decoraban las estanterías hasta el techo, las mismas que estaban desiertas hacía unos años. Las mesas de caoba habían sido restauradas, la gran cristalera que se situaba en todo el frontal de la sala era nueva. Cristina buscó la humedad del techo y su respiración quedó un momento cortada. Se habían renovado las vigas de madera, ni rastro de humedades. Angus había encontrado su carta con las indicaciones

precisas de un pequeño tesoro en monedas antiguas y reliquias para poder mantener el castillo.

Sonrió a Cristina con un gesto afirmativo.

—Encontré tu carta, el lugar del tesoro, en el libro de Sir Walter Scott, *Ivanhoe*, sabías muy bien que lo conservaría para siempre. Solo tuve que seguir tus instrucciones y vender la mayor parte de lo que encontré en subastas.

—Robert y yo nunca dudamos de que harías buen uso de la fortuna familiar. —Guiñó un ojo Cristina—. ¿Cómo están las personas que te pedí que cuidaras, Angus?

—Viven mucho mejor gracias a tu generosidad, tanto la anciana como tu compañera de la tienda de antigüedades, como me pediste, ambas protegidas.

Cristina asintió, feliz, a pesar de haber abandonado el futuro, las personas que siempre estuvieron a su lado estarían cuidadas siempre.

Angus despidió a la muchacha del servicio que había dejado jarras de agua, bandejas de comida y pasteles, sin dejar de mirar a los invitados como si estuvieran locos por vestir así. En el momento que se cerró la puerta, invitó a todos a sentarse. Estela, a su lado, en otra butaca como la suya. Robert, como siempre, tan indolente, se hundió en el sofá de dos plazas, con los pies sobre la mesa, ante el horror de Estela. Cristina se sentó junto a él, la única persona que permaneció de pie fue Alysa, frunciendo los labios con su mirada de soslayo a todos.

—Dejémonos de tonterías —Robert fue tajante—. Angus, estás en peligro.

Cristina bufó, ¡qué delicadeza! Alysa sonrió, se tapó la boca con la mano.

Angus se removió en el asiento, con las manos cruzadas sobre el regazo.

Robert asintió para dar veracidad a su afirmación.

Estela miró asustada a aquel conjunto de personas salidas del medievo escocés. No había visto jamás semejante tela de tartán como llevaba Robert Tormod Stewart. Pura lana, se veía a distancia.

—¿Por qué creéis todos que corro peligro?

—Porque mandaron a alguien para hacerte daño. —Alysa elevó la voz desde el fondo de la sala.

Todos los rostros se giraron hacia ella, unos con más agrado que otros, a juzgar por la cara seria de Robert.

—¿Un asesino?

—Una dama —aclaró Cristina. Sin querer, se mordió el labio, angustiada. Angus iba a sufrir, lo sabía.

Angus se levantó entonces, se metió las manos en los bolsillos, dados de sí en el borde de la chaqueta. Se dio cuenta de su gesto y

sacó las manos sin saber qué hacer con ellas. Miró a Estela, un acto reflejo que Cristina percibió. Entonces puso mayor atención en esa mujer, un poco más joven que Angus, sencilla y bonita, de rasgos dulces y ojos castaños expresivos. Creía haberla visto en su anterior visita al castillo. Quizá no resultara tan doloroso para Angus a juzgar por la complicidad de ambos.

—No me preguntéis por qué lo sé, quizá por el silencio sepulcral. Es Amanda, ¿no es cierto?

Angus miró a Cristina, que vio un destello de dolor en sus ojos. Ella misma, con su expresión, se lo dijo, asintió con la cabeza. El amor para él parecía vetado, como si cada vez que se acercaba el desenlace de una relación, surgiera algo que lo impedía. Sintió la mano de Estela cubrir la suya, en un gesto de afecto. No quería mirar a su amiga, mostrar ante ella el dolor de un alma solitaria.

—Bueno, sí, lo siento, muchacho —interrumpió Robert, que, con su tono paternalista, olvidaba que Angus era mayor que él.

Cristina observó a Alysa, alejada de ellos, tocaba todo, no paraba de mirar por el gran ventanal, los jardines de la finca, la linde con el bosque.

—Creo que deberíamos irnos ya, no me extrañaría que, para asegurarse de que Amanda ha acabado con los Stewart, enviaran a Gilmore Cam —volvió a decir Alysa.

—Supongo que Amanda solo sigue los planes de Breogán, en lugar de matar a Angus, debía casarse con él y quedarse con todo, contactó con los infinitos en este futuro y, una vez unidos por matrimonio, haría desaparecer a Angus acabando con mi estirpe —sentenció Robert—. Alysa tiene razón, debemos irnos cuanto antes, no sabemos de qué armas disponen.

—¿Irnos? ¿Dónde?

—Angus. —Cristina se acercó a él y se sentó al otro extremo de Estela, junto a él—. Hemos meditado esto con cuidado. Tienes que venir con nosotros, aquí no podemos protegerte, en este siglo, tus enemigos, los nuestros, no solo están en el siglo XIV, sino también aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Son muy longevos, tanto que pueden vivir siglos Angus, pero aquí es más difícil defenderte. Si te encierras en la Roca del Cuervo del siglo XIV, podemos protegerte, aquí, no, hay localizadores, drones, aviones… Y tienen muchos recursos. A mí me encontraron y me vigilaban.

—¿Quieres decir que están vivos, que hay un grupo de personas que vive a través de los siglos?

Cristina sonrió, hace no mucho, ella estaba en el lugar de Angus, incrédula.

—Ahora eres tú quien debe creer, Angus. Tienes que venir con nosotros, confía en mí.

—No te preocupes, Angus, yo me haré cargo del castillo.

Cristina observó a aquella muchacha, Estela, que miraba a Angus con devoción, dispuesta a cualquier cosa por él.

—Sí, os creo —repuso a los ojos que, entornados, sospechaban de ella. Estela se levantó—. Mi familia ha vivido en Roca del Cuervo desde hace generaciones, los pasillos susurran al viento, las historias pasaron de madres a hijas, a nietos, de cómo los Stewart poseyeron la magia, arrebatada a los Donell. De fantasmas y viajeros del tiempo. De la noche a la mañana, Robert desapareció, con su extraño atuendo y su forma arcaica de hablar. En cierta forma, me recordaba a Amanda.

—Por eso tienes que venir con nosotros, Estela, tú también estás en peligro. Amanda puede hacerte daño —suplicó Cristina—. Si no os encuentra, no podrá tener poder sobre Roca del Cuervo.

Estela afirmó mientras su mano buscaba la de Angus. Él inspiró hondo y señaló con la barbilla a Alysa.

—He de preguntaros si podemos confiar en ella, la historia… —susurró temeroso de que Alysa lo oyera.

—Sí, bueno, todo esto es encantador, pero, por todos los cielos, salgamos de aquí —susurró Alysa al girarse y ver a los demás cuchichear—, acabo de ver pasar algo por el cielo y no era un pájaro.

Robert y Cristina, que la conocían bien, reconocieron el temor en su voz, Alysa, que jamás se quebraba ni sentía miedo, se sentía insegura en aquel mundo moderno, miraba al cielo, los cristales pulidos, el ordenador sobre la mesa, como si todo fuera cuestión de brujería. Robert solo había visto así a Alysa en una ocasión, en una batalla, como si la muerte estuviera rondando sus cabezas, sus miradas se cruzaron.

Año 1314. Castillo de Stirling.

Robert miró las amplias praderas de Bannockburn, salpicadas del morado de la salvia, una alfombra de colores engañosa, llena de la espina de los cardos de flor rosada, del verde de sus tallos, de casi ocho pies de altura. A ambos lados, los dos campamentos, el inglés, plagado de tiendas, torres y carros, más de veinte mil hombres dispuestos a luchar por Eduardo II, rey de Inglaterra. En el bando escocés, bajo el mando de Robert Bruce, el rey de Escocia, tan solo seis mil hombres. Robert no pudo evitar negar con la cabeza, una gesta, una maldita proeza era necesaria para vencer a los ingleses y recuperar Escocia. Todo su clan, los infinitos, estaba allí, Robert no dudaba de que algún interés los llevaba a seguir al rey Bruce.

—Robert, esto es un suicidio.

Se giró hacia Alysa, a su lado, contempló su vestido níveo, tan poco adecuado para una batalla.

—No deberías estar aquí, Alysa.

—Tú tampoco, Robert. Moriréis todos, qué menos que acudir a vuestro final. Breogán debe estar loco, meternos en esta lucha fútil entre reyes, somos más grandes que ellos —se refirió Alysa al *laird* de su clan—. A veces no sé si es consciente de que vivimos para siempre, somos dueños de un poder inimaginable, hasta que alguien nos mata.

Robert no dudaba de la palabra de Alysa, estaba allí para ver su final, no había pena ni rencor en su voz, tan solo certeza de que tendría que arrastrar los cuerpos de su clan fuera del campo de batalla. Una vez fueron amantes, hacía siglos, y todavía reconocía en ella sus gestos.

Se dio la orden de montar a voz en grito, quien fuera tan afortunado de tener un caballo lucharía con ventaja. El ejército inglés avanzaba, nunca había comprendido el orden previo de la batalla para después enarbolar las espadas y dar mandobles sin que supieras a quien herías o matabas en un revuelto de armas, sangre y caídos. Había miembros de su clan allí, debían tener cuidado, todos iban con mangas cortas bajo los petos de cuero para ver sus tatuajes de serpiente.

El rey Bruce dio la orden, caminaron a encontrarse con los ingleses en la pradera, ambos ejércitos descendiendo las colinas que rodeaban el valle. Cuando apenas los separaban unos metros, Breogán los arengó, el anciano parecía tener diez años menos vestido como un guerrero. Robert, antes de internarse en la maraña de hombres, la lucha y, con toda probabilidad, morir ante la superioridad numérica de los ingleses, miró hacia la parte superior de la colina. Allí estaba Alysa, como un fantasma de la muerte, vestida de blanco de arriba abajo, mientras contemplaba los ejércitos. Robert y ella se miraron, ya no la amaba, desde hacía años, pero sintió un escozor en los ojos, era parte de su clan, de su familia, y si todos morían, se quedaría sola en un mundo donde la gente solo vivía unos años en comparación con ellos. La última mirada que le había dedicado Alysa estaba cargada de miedo, del temblor de sus manos y la mueca de sus labios. Era miedo, puro y absoluto, ante el horror de la batalla.

—¡Robert, Robert! ¿No nos ha oído?

La voz de Cristina se lo llevó del campo de batalla de hacía tan solo unos años, ganaron aquella batalla como héroes para Escocia, fue el comienzo de las gestas de Robert Bruce. Ahora el rey estaba muerto, su hijo, exiliado, los Stewart eran guardianes de Escocia, y según decía Cristina, aún les quedaba por ver a un Balliol como rey, el enemigo de Bruce.

Quiso responder a Cristina, pero Alysa lo miró con los ojos entornados, algo los había llevado a los dos a ese momento hacía ochenta años. Apartaron la mirada a la vez.

Cristina percibió su complicidad, no podía evitar que Robert muchas veces se quedara ausente, como si recordara su larga vida, casi cuatro siglos sobre la faz de la tierra, y Alysa había estado en su devenir gran parte de ellos. No podía evitar sentirse celosa por la relación que unía a dos seres tan longevos, pero Robert la amaba a ella, nunca debía olvidarlo.

En ese momento, como si Robert hubiera visto la duda en sus gestos, tomó su mano.

—Salgamos de aquí, *mo chridle*, mi amor.

Capítulo 4



Angus estaba nervioso. Estela y él se abrazaron mientras Alysa y Cristina dibujaban la espiral sobre el suelo del bosque, despejado por Robert. Una espiral en cuyo centro estarían ellos. Una vez que comenzaran el hechizo, el viento se movería en torno a esos dibujos. Cristina se acercó a Angus y tomó sus manos para darle confianza.

—Esta vez, vienes con nosotros, amigo. Tener los dos calma, será rápido, pero después podéis encontraros mal, no os soltéis y no os mováis, apareceremos todos juntos, en este mismo bosque, en el siglo XIV.

—¡Cielos! ¿Eso debería tranquilizarnos? —preguntó Estela con ironía.

Cristina rio, no debía de ser fácil de asimilar lo que iba a ocurrir.

—Vamos, Cristina —ordenó a medias Robert. Cristina negó con la cabeza, siempre tan celoso ante Angus, su futuro descendiente que era para ella como un nieto, aunque tuvieran la misma edad.

Alysa y ella se tomaron de las manos, el resto, a su alrededor, tocando a las dos con sus dedos entrelazados. En el último momento, Angus echó su brazo sobre el hombro de Estela, esta le correspondió con una sonrisa de duda. Cristina pensó que la muchacha no se creía nada, que les seguía la corriente, deseosa como ella una vez que aquella locura abriera a todos los ojos acerca de su demencia. Dejó de pensar en los demás cuando Alysa apretó los dedos entre los suyos con fuerza para reclamar su atención. ¡Tenía tan mal genio! Se miraron y de nuevo invocaron su hechizo, su herencia Donell, su don y su maldición, con el pergamino en el bolsillo de Cristina para guiarlos con su magia. Entre el viento, miró a Robert, su amor, desvanecerse como todos, ella misma no pensaba volver a pasar por lo mismo otra vez, no con dos pequeños esperando en casa su vuelta, no con todo un clan al cargo de los dos, esta era la última vez. No pondría nunca más en peligro a Robert. Volvían a casa, a su hogar, para entrar en guerra de nuevo con los infinitos, y estaba preparada.

Capítulo 5



Cristina se soltó de Alysa en cuanto notó la humedad de la hierba calar la tela de su pantalón bajo las faldas del vestido, estaba de rodillas en el suelo lleno de hojas. El dolor en sus oídos era tan intenso que unas pequeñas lágrimas recorrieron sus mejillas. Sintió esas manos, enormes, posarse en su cintura, tomar su cuerpo mientras ella se apretaba los oídos para que aquel dolor desapareciera. Escuchó vomitar a su alrededor a los demás. La cabeza le daba vueltas y Cristina se obligó a abrir los ojos en busca de Robert. Enseguida se encontró con sus ojos color océano, su rostro preocupado de ceño fruncido. Estaba en sus brazos, como si fuera una leve pluma. Robert sumergió su rostro en el hueco de su clavícula, rozó con los labios su cuello, con esa delicadeza extraña de aquel fuerte cuerpo, lleno de cicatrices que tan bien conocía.

—Nunca más, Cristine —pronunció Robert su nombre en su idioma—. Cada vez que Alysa y tú hacéis el hechizo, te recuperas peor. No quiero perderte, *caileagh*.

—Nunca, Robert —contestó aliviada de que su esposo pensara igual que ella.

Sintieron a Alysa cerca y ambos se separaron. Cristina miró a Alysa confundida, de pie, con los brazos en jarras, parecía que acababa de pasear por el bosque, sin efectos secundarios por el hechizo ni el viaje en el tiempo. Escudriñaba las sombras del bosque, en la noche de luna llena.

—Vaya, parece que donde no corríamos peligro era en el futuro —susurró Alysa.

Robert desenvainó el arma mientras Cristina atendía a Estela y Angus, que estaban aún de rodillas en el suelo a causa de los efectos secundarios del viaje. Frente a ellos, emergidos del bosque, vieron a un grupo de guerreros, protegidos por la oscuridad de las sombras y la noche.

—Gilmore Cam —a medias preguntó, a medias afirmó Robert. Cuando irguió su espada frente a ellos, no lo hizo a medias, sino con toda la intención de atacar.

Alysa se mantuvo al frente, junto a Robert y Cristina, estaban cerca de Roca del Cuervo, aquellos hombres debían de haber estado a la

espera de que aparecieran, por su reducido grupo, no pretendían asaltar el castillo, pero sí eran suficientes para rodearlos y, si lo deseaban, matarlos. Alysa se acercó de forma disimulada a Cristina y robó el pergamino de su bolsillo. Las mismas artes que le habían permitido sobrevivir sola en muchas ocasiones. No podía viajar sin Cristina, eso había hecho creer a todos, que no era capaz de invocar el hechizo sola, por ello prefería que estuviera en su poder.

Una sombra emergió de entre los hombres, la luna se hizo con el reflejo de aquel guerrero, de anchos hombros y estatura elevada por encima de los demás. Al acercarse, Alysa contuvo el aliento ante aquel rostro de hermosos ángulos, afeitado, su mandíbula parecía estar cincelada en el más antiguo de los fuegos de los dioses. Su nariz, un tanto torcida debido a algún antiguo golpe, una cicatriz de guerra sobre su ceja partida. Era hermoso, atractivo, de rostro sacado de alguna escultura griega que solo había visto en tratados antiguos. Su pelo negro, hasta los hombros, un mechón ocultaba, con la sombra que provocaba la luna, sus ojos. Alysa debió llamar su atención y levantó la mirada hacia ella. Sus ojos eran del color del ámbar, castaños tan claros que parecían hechos de miles de fragmentos de esa piedra preciosa. No pudo evitarlo, Alysa aferró con más fuerza la empuñadura de su daga, un hombre peligroso, Gilmore Cam.

Gilmore analizó la situación, frente a él habían aparecido Robert Stewart y su esposa, un hombre y una mujer con extraños ropajes y rostros temblorosos. Sin embargo, cuando miró al grupo, entornó los ojos, extrañado. ¿Quién era esa mujer de cabellos entre rubios y rojizos? De ojos claros, que lo miraban con arrogancia. Alysa tenía que ser, la mujer de la que hablaban en la torre de Breogán, a la cual los infinitos llamaban traidora, sobre la cual se inventaban historias acerca de su maldad y de su valentía. ¡Cielos! Era la mujer más hermosa que sus ojos habían contemplado, no solo por su semblante, sino por su porte al levantar la barbilla, no les temía. Tras observarse los dos como rivales, ella bajó la daga, extrañada, sus manos se apoyaron en las caderas, llevaba un vestido de dama, pero, si te fijabas, debajo llevaba unos pantalones. Su figura era de curvas generosas donde debían estar y su escote algo más decoroso de lo que Gilmore hubiera esperado de una leyenda de la seducción y el engaño. La capa marrón rojiza se agitaba un tanto a su alrededor por el viento.

—¿Quién se atreve a acecharme en mis tierras?

La voz de Robert Tormod Stewart tronó en mitad del bosque. Los mercenarios frente a ellos se irguieron, la fama del señor de Roca del Cuervo y el acero de su espada eran temidos en toda Escocia.

—Gilmore Cam. Me han enviado para llevar a las mujeres ante el consejo del clan. Deben devolver algo que han robado y responder por sus crímenes.

Gilmore se oyó a sí mismo al tratar de modular su voz para que sonara igual de potente y grave que la de su enemigo en esos instantes. Admiraba a ese infinito, Robert, señor del norte de Escocia, pero una misión era una misión, suspiró al saber las riquezas que recibiría del clan por cumplir sus órdenes. El rostro de ira de Robert no le pasó inadvertido, ni cómo se ponía delante de la otra joven de cabellos castaños, vestida como un muchacho, esa debía de ser su esposa, y debía amarla si protegía su cuerpo con el suyo. Gilmore no entendía de esas cosas, siempre había estado solo. Se bastaba con su espada y sus compañeros de armas, no tenía familia, hubo un momento de su vida en que ni hogar ni más futuro que el que creaba a golpe de espada, un mercenario, hubieran dicho muchos, él prefería denominarse un superviviente.

—No te las llevarás sin pelear —respondió Robert.

Gilmore esperó a que la sensatez guiara a sus enemigos, ellos al menos eran veinte. Al parecer, solo Robert sabía manejar la espada, y tal vez su mujer, Alysa sabía que sí por Breogán, pero poco podían los tres contra sus hombres, adiestrados para matar por él mismo. La pareja de atrás, a la que protegían con celo, parecían demasiado perdidos o enfermos, asustados, contemplaban la escena.

Se preparó para luchar, Gilmore alzó la espada en claro desafío hacia Robert, deseaba medirse con el hombre que se había convertido en una leyenda en aquellas tierras. El Stewart buscó entre las copas de los árboles, pareció calcular la distancia que había hasta su castillo y si sería capaz de avisar a sus soldados para que acudieran a salvarlos desde Roca del Cuervo. Entonces ella avanzó, con la daga entre sus dedos, como si solo fuera un palo cogido entre las malezas, con tal descaro que Gilmore sonrió ante la audacia de Alysa.

—Llévame a mí con vosotros, Breogán se conformará conmigo, puedo asegurártelo, Gilmore.

La mujer de Robert gritó para evitar que Alysa se entregara a ellos y su esposo la retuvo del brazo.

—La mujer, tu mujer, Stewart, también ella vendrá con nosotros. Son mis órdenes.

—Tendrás entonces que matarme, Gilmore Cam.

Gilmore aprovechó la cercanía de Alysa y, con un gesto, ordenó a uno de sus hombres que la atrapara. Ella se dejó capturar sin resistirse, entonces Robert se abalanzó sobre él, el primer choque de sus espadas sonó como si el bosque entero hubiera vibrado. Ambos se miraron, las espadas cruzadas, sus cuerpos inclinados para alcanzar la mayor fuerza posible. Se miraron con odio, ninguno dispuesto a ceder. Entonces su enemigo se distrajo, a su lado, la esposa de Robert rozó su brazo libre, con el que empujaba a Gilmore. Pasó junto a ellos con andar firme, y se entregó a los hombres de Gilmore como había hecho

Alysa.

—¡Maldita sea, Cristine!

Surgió efecto, Gilmore sintió al instante cómo su enemigo se separaba de él para tomar a su esposa.

—No, Robert, protege a Angus y a Estela, a nuestros hijos.

Gilmore vio la desesperación de aquellos fríos ojos que habían sesgado cientos de vidas en batalla, el gran senescal de Escocia, el mejor guerrero de la isla, derrotado por una mujer, su propia esposa. No dudó, si lo hubiera hecho, aquella debilidad de su enemigo se hubiera convertido en ira. Con un sucio movimiento de la empuñadura de su espada, golpeó a traición la sien de Robert. Cayó con sorpresa de rodillas, aturdido, los ojos cubiertos de un fino velo.

Entre la niebla que acompañó al golpe, Robert vio como subían a su mujer a un caballo y a Alysa se la llevaba Gilmore en su propia montura. Todo se volvía negro, sintió a Angus junto a él, sujetando alguna herida de su cabeza, sentía un hilo de sangre recorrer su mejilla, la cicatriz de su cuello. Se llevaban a Cristine, su amor, su vida, sin ella no podía respirar. Antes de que la negrura de la sinrazón lo atrapara, se juró que, si Gilmore Cam se atrevía a hacerle daño a Cristine, no habría páramo o cañada de toda Escocia en que pudiera esconderse de él. Una sola esperanza atravesó sus negros pensamientos, Alysa estaba con ella, había jurado proteger a Cristina, y Alysa era un demonio.

Capítulo 6



Alysa había cabalgado con muchos hombres, nada comparado con tener a su espalda a Gilmore Cam. Los brazos a ambos lados de su cuerpo, sosteniendo las riendas, eran fuertes y fibrosos, sentía la cota de cuero contra su columna, a pesar de la capa. Cabalgaban al galope, entre los gruesos troncos de los árboles, él se pegaba a su cuerpo para que se inclinara por una rama baja o un arbusto para evitar el golpe. Alysa sentía la tensión de aquellas piernas fornidas, pegadas a la piel del caballo para controlar sus movimientos. La respiración agitada del guerrero para ejercer la fuerza sobre el animal y lograr su máxima velocidad. Alysa se encogió ante aquel sonido que emergía de la garganta de Gilmore Cam, los propios de un hombre que intentaba reprimir su fuerza. Su cuerpo reaccionaba a él, en muchos años, siglos tal vez, no había sentido la masculinidad de un hombre tan abrumadora. No era una santa, tampoco muy devota, ni muy buena, se convenció, no importaba que sintiera aquel bulto rozarse con su trasero una y otra vez, ni que Gilmore, al mover sus brazos para hacer girar al caballo, rozara sus senos con los antebrazos.

Él debió notar algo extraño, porque, en cuanto atravesaron una pradera, cogió con una sola mano las riendas e hizo que Alysa alzase la cara para mirarlo. Alysa, entre sus brazos, clavó sus ojos azules en los de él. Alysa estaba temblando. La voz de uno de sus hombres lo sacó de aquel trance, se había perdido en aquellos iris color cobalto, plagados de pequeñas motas oscuras, en el óvalo de su rostro, aún sostenido por su mano. ¿Qué había sido eso? Ella lo había sentido, igual que él, Alysa tenía un mundo tras aquella mirada. Aflojó un poco el paso, tiró de la manta que había en su bolsa, colgada del lomo del caballo y cubrió a Alysa con ella, los enrolló a ambos en el calor de la crisálida, usando el viejo tartán de los Balliol, su clan originario.

Volvió su mirada al horizonte para guiar a sus hombres lo más lejos posible de Robert Tormod y de los Stewart, mucho se temía que aquello acabaría en una guerra. Aquel hombre seguiría a su esposa Cristina hasta el fin del mundo.

Alysa cerró los ojos, no había sido consciente del frío que tenía hasta que Gilmore había cobijado su cuerpo bajo un tartán. El calor de

ambos se intercambió bajo aquella gruesa tela, se confundían las respiraciones, agitada la de Gilmore por el esfuerzo de la cabalgada, con la suya, cada vez más tranquila. Alysa no podía preocuparse demasiado tiempo, su espíritu había vivido demasiado, y ese duende juguetón que habitaba en ella pugnaba por salir. Que Cristina perdonase su falta de alma, pero, por todos los cielos, que no deseaba regresar a Roca del Cuervo en este momento, sino cobijarse en aquel delirio de la naturaleza que era Gilmore. Esperaba que Cristina no estuviera pasándolo mal, porque, ahora mismo, poco podía hacer por ella, la mujer de Robert podía defenderse sola, sin duda. Con una sonrisa, Alysa se removió ante Gilmore, pegó su espalda contra el torso del guerrero y se recostó cómoda, hacía tanto que no estaba en los brazos de un hombre poderoso que dejó que su cuerpo sintiera cada músculo, bulto, fibra o trozo de piel de aquel magnífico caballero. Después encontraría la manera de escapar.

Capítulo 7



Cabalgaron durante horas, siempre hacia el norte. Alysa era consciente de hacia dónde se dirigían, a las islas del norte de las Highlands. La torre de Breogán y hogar del clan de los infinitos.

A la orilla de un lago, se detuvieron, Gilmore dio la señal con su voz poderosa y todos los jinetes obedecieron al instante. El guerrero que llevaba a Cristina no tuvo tiempo de detener el caballo cuando ella se deslizó de la silla al suelo. Al caer sobre la hierba, tuvo un momento de debilidad al sentir como sus piernas se doblaban a causa de las horas a lomos de un caballo. Cristina jamás se acostumbraría a los dolores de las largas cabalgadas. En cuanto se repuso, Alysa la vio caminar decidida hacia ellos.

Con toda la calma del mundo, Gilmore bajó del caballo. Cogió a Alysa de las caderas e hizo que descendiera. Alysa sintió deslizar cada parte de su cuerpo contra la del guerrero, como si se tratara de un desafío, ambos mantuvieron las miradas fijas. La capucha de Alysa cayó hacia atrás empujada por el viento y sus cabellos de color cobre y rojizos envolvieron a Gilmore y a ella. Alysa notó como Gilmore arrebataba de entre los pliegues de su vestido el manuscrito con el hechizo. Su última oportunidad de escapar a través del tiempo. Cristina llegó hasta ellos, les obligó a separarse al apartar a Alysa y enfrentar a Gilmore.

—¡Cuando Robert despierte, puedes creer que te matará, Gilmore Cam! Arrastrará tu cuerpo por el estiércol de sus caballos y mandará cada extremidad a un rincón de Escocia. Separará antes de que mueras tus testículos y los echará a los puercos.

Gilmore frunció el ceño, vaya con la dulce esposa de Robert, le había presentado en un momento la más horrible de las torturas conocidas, incluido el desmembramiento, por no hablar de lo que pasaría con sus partes. Observó su semblante indignado, el dedo que lo apuntaba amenazador sin muestras de alterarse. Gilmore no pudo evitar mirar el rostro de Alysa, tras la mujer, con la mano tapaba su sonrisa. Al fin la mujer calló y se fue, creyó escuchar algún insulto más en un idioma extraño por parte de Cristina, pero no se detuvo, decidió que ella se desahogara un rato más ante las chanzas de sus hombres. A su lado, Alysa sonreía, sentada de manera indolente sobre

el tupido césped.

—¿No deberías ir con ella? —sugirió Gilmore a Alysa.

—No creo que esté de muy buen humor, además, Cristina estará intentando deducir dónde estamos y cómo podemos huir, no es momento de molestar al duende.

—¿El duende? —preguntó Gilmore sin poder dilucidar si Alysa se reía de él al decir que Cristina pretendía escapar.

—Por sus ojos verdes, son como los de un duende irlandés. —Se incorporó un tanto y miró en la dirección que había seguido Cristina. Con gracia, se señaló sus propios ojos para que entendiera.

Gilmore pensó que ambas mujeres estaban locas, Alysa estaba con toda posibilidad distrayéndolo para que la otra huyera.

—Rob, ve a vigilar a la mujer —ordenó a uno de sus hombres. Al pasar junto a ellos para seguir sus órdenes, Gilmore vio como miraba admirado a Alysa, sentada en el césped, con las piernas cruzadas bajo su vestido, sus brazos apoyados, su cuerpo envuelto en aquel largo pelo rojizo. Parecía un hada, hermosa, sin duda, demasiado para la cordura de los hombres.

—¡Oh! No te preocupes, Cristina estará aliviándose, maldiciendo tal vez, ella jamás se iría sin mí.

Gilmore miró desde su altura a Alysa, sin saber cómo, ella consiguió que se agachara sobre las rodillas para mirar a sus ojos.

—¿Tanta confianza tienes en ella? ¿No intentará escapar sin ti?

—Cristina es una de esas personas de noble corazón que siempre acaban mal por tener amigos como yo. Débiles, Gilmore, ¿o no piensas lo mismo?

Gilmore abrió los ojos con sorpresa, desde luego, Alysa era mucho más de lo que Breogán había dicho. Temeraria, permanecía allí sentada a la espera de que sus miembros descansaran del caballo, como si no estuviera preocupada por su rapto y el castigo que le esperaba en el norte. Los ojos del escocés brillaban con las pupilas dilatadas. Cualquier mujer gritaría aterrorizada ante la visión del imponente Gilmore Cam frente a ella. Sabía el efecto que producía en los demás sus ojos del color del ámbar, Alysa no tenía problema alguno en mantener su mirada, apoyada de forma indiferente sobre sus codos, casi tumbada.

—¿Sabes a qué te enfrentas en el norte, Alysa?

—A la más miserable de las muertes, sin duda.

Gilmore seguía sin entender a Alysa, esa valentía o inconsciencia que acompañaba su forma de hablar, su indiferencia por todo cuanto acontecía a su alrededor. Un sonido llegó de la orilla del río, un quejido fuerte rompió el silencio más allá de ellos, entonces la expresión de esa mujer cambió por completo. Se levantó con la agilidad de un felino, sacó una daga de su bota, que sus hombres, al

registrar a Alysa, no habían encontrado. Alysa echó a correr en la misma dirección por la cual su amiga había desaparecido, con tal rapidez que dejó a Gilmore clavado en el sitio.

Sus piernas, más largas y potentes que las de la mujer, hicieron que la alcanzara al mismo tiempo que llegaba a la orilla del río, donde Cristina amenazaba a su hombre con un resto de rama.

Alysa no esperó ninguna explicación de su amiga, por la espalda, cogió al guerrero del cuello, y, aunque sus brazos tuvieron que elevarse por su diferencia de estatura, lo hizo sin dudar. El filo de su daga contra el cuello del hombre.

—¡Oh, Rob! Espero que no hayas osado tocar a la mujer de Robert Stewart, porque, si no, estás a las puertas del infierno —susurró Alysa en el oído del guerrero—. Primero te mataría yo, después, él.

Gilmore se apoyó en el tronco de un árbol, no pudo evitar la sonrisa que llenó su rostro, cada vez le gustaba más Alysa Donell.

—Señora, yo… yo nunca osaría tocar… Es solo que pensé que caería al agua… Agarré a su señoría… —tartamudeó.

Rob intentaba no trabarse, cada vez sentía más prieto el filo del cuchillo contra su garganta.

—No vuelvas a tocarme, Rob —ordenó Cristina ante él, con el dedo acusador sobre su pecho.

—No se toca a las señoras —confirmó Alysa.

Gilmore no intervino, aquella situación era de lo más divertida, esas dos mujeres eran peligrosas, si fuera el consejo de infinitos, tendría mucho miedo de tener a ambas entre sus muros.

—¡Ya basta! —elevó la voz Gilmore. Las dos pagarían caro el escarnio a Rob, los escoceses no es que fueran vengativos, es que nunca olvidaban una afrenta. Que entre las dos acorralaran a un guerrero era una ofensa al orgullo del implicado.

Alysa se echó hacia atrás al escuchar a Gilmore, mientras Rob se alejaba de ella, miró la hoja de su daga, tenía una única mancha de sangre. Con calma, paseó la daga por la falda de su vestido, sin preocuparse por la mancha. Logró el efecto que quizá deseaba, apreció Gilmore, su hombre la miró como si estuviera loca.

—Ve, Rob, yo me ocupo de ellas.

—Señor…

Gilmore arqueó una ceja ante su hombre, ¿en serio ponía en duda que no podría con las dos?

—No volveréis a ir solas a lavaros o donde vayáis, iré con vosotras, yo, siempre.

Cristina frunció el ceño, pero bajó la gruesa rama con que pretendía defenderse de Rob. En cambio, Alysa alzó la barbilla y dejó de nuevo el cuchillo en su bota.

—Puedes conservar la daga, Alysa.

Alysa emitió un «ja» lleno de ironía y se acercó a la orilla. Se agachó en el borde y llenó el cuenco que formaron sus manos con agua. Se lavó el rostro y, con un leve arqueo de sus labios, desafió a Gilmore con la mirada.

—Voy a hacer lo que necesita mi cuerpo, es decisión tuya, guerrero, girarte u observar.

Por primera vez en su vida, Gilmore se sonrojó, se giró y ascendió unos metros para dejar intimidad a las mujeres, atento a cualquier sonido que indicara que pretendían huir.

Cristina y Alysa se miraron, ambas tuvieron que ahogar una sonrisa.

—Estaba enfadada, Rob solo intentó coger mi cintura para que no cayera al agua, ¡qué estúpida me siento ahora!, el quejido fue suyo, lo golpeé con la rama —susurró mientras miraba hacia atrás para ver dónde estaba Gilmore.

—Déjalo estar, así no se acercarán a nosotras.

—Alysa, ¿cómo escaparemos de ellos?

Alysa indicó a Cristina que callara con el índice sobre los labios.

—Estoy en ello, duende, ya no podemos contar con el hechizo, lo tiene Gilmore Cam.

Capítulo 8



Angus miró a Estela, una comprensión que solo podían tener entre ellos dos. Habían arrastrado a Robert desde el bosque, hasta que con sus voces alertaron a los hombres sobre las almenas. Enseguida, Stephen, el capitán de la guardia de Robert, había acudido a las puertas de Roca del Cuervo.

Estela y Angus se sentían aturdidos por el viaje en el tiempo, por ver Roca del Cuervo en su época de mayor esplendor, el castillo en que habían crecido los dos, uno como señor y otra como hija del ama de llaves, entre muros abatidos, humedades y pasillos desiertos. Admiraron las cuatro torres en pie, la piedra de sus muros en perfecto estado. El puente de entrada lleno de campesinos, animales de tiro, soldados, caballos, sus vestiduras medievales de colores pardos y los tartanes todos del mismo color, abrochados al hombro.

Stephen, en cuanto vio cómo arrastraban a su señor, los miró con desconfianza, Robert pesaba demasiado, con toda su altura y envergadura, cubierto de la cota de cuero y sus altas botas, su espada *claymore*, Angus pensó en cómo podría moverse en combate de forma tan rápida. Se arriesgaban demasiado a aparecer así en el castillo, con el señor de los Stewart inconsciente, vestidos con ropas extrañas, artilugios que para aquellas gentes del medievo debían de ser poco más que brujería, sus relojes, sus móviles…, pero Robert sangraba profusamente de la herida provocada por ese hombre, Gilmore Cam, necesitaban ayuda urgente. Robert no podía explicar lo que había sucedido, quiénes eran y por qué resultaban tan extraños para todos ellos.

El guardia de Robert, Stephen, retrocedió un tanto al ver a Angus, era una réplica de Robert, con menos músculos, un poco más bajo. Angus pensó que, si era un hombre supersticioso, esa noche, con suerte, dormirían en las mazmorras, si no decidía matarlos en ese mismo instante. Se arrepentía terriblemente de haber conducido a Estela a aquel siglo lleno de peligros.

—¡Han herido a nuestro *laird*! —oyó gritar a un soldado. Las voces se elevaron por todo el patio, las gentes de Roca del Cuervo se acercaron con gesto amenazante.

Angus se preparó, alzó los puños, se daba cuenta de lo ridículo que

debía resultar con la posición de boxeo, vestido con su chaqueta de punto con coderas, pero ver a Estela protegerse a su lado otorgó un valor que desconocía en sí mismo.

—¡Quietos todos! —gritó Stephen.

Si algo había aprendido a lo largo de los años junto a Robert, su señor, es que ocultaba secretos inconfesables. En unos días, de forma inexplicable, Robert se enamoró de Cristina. Stephen había vivido junto a la esposa de su señor, Cristina tenía ideas peculiares, más de una vez había escuchado las fantásticas historias que contaba a los pequeños de la aldea, aparatos que volaban, carros que iban a la velocidad de un caballo, siempre había sospechado que su señora venía de un lugar muy lejano donde las mujeres tenían otras opiniones… Y, de igual forma, Stephen se mantenía leal a su juramento con su señor y su señora. Cristina ayudaba a todos, sanaba como si supiera de curaciones, construía inventos ingeniosos como el carro de agua por si había un incendio y habían utilizado cuando saltó una chispa de la herrería… Todos admiraban a sus señores, y ahora Robert lo necesitaba, allí tendido en el suelo en el patio de armas.

—¿Stephen? ¿Verdad?

Volvió a retroceder, se dio cuenta enseguida que dudar de ellos no ayudaría a resolver la situación en que se encontraba. Ese hombre de sobreveste extraño sabía su nombre, ¿sería un esclavo inglés? Llevaba el pelo tan corto que parecía uno de ellos. Sin hablar de los pantalones, tan finos que con una buena patada…

—Soy yo, ¿sois un familiar de mi señor?

—Necesita ayuda —suplicó Angus desesperado.

A una señal de Stephen, los hombres cargaron sin esfuerzo a Robert para llevarlo dentro del castillo. Angus cogió la mano de Estela y siguieron la comitiva hasta los grandes salones, en su época, los muros desnudos, ahora, llenos de tapices, el suelo cubierto de una especie de hierbas, juncos, descubrió al pisar sobre ellos. Estela y él no dejaban de mirarse asustados, reticentes, ¿iban hacia la muerte?

Sin mucha ceremonia, los hombres pusieron a Robert sobre la mesa alargada, lo tumbaron con cuidado mientras una mujer corría hasta él para examinar su cabeza. Angus se acercó para proteger a Robert y Stephen le detuvo, al instante, Angus sintió la mano enorme, precedida de un brazo que, a pesar de la camisa, se adivinaba una columna. No se resistió, esperó quieto hasta que la mujer, en un dialecto extraño entre el gaélico y el inglés antiguo, dio su veredicto, solo entonces Stephen lo liberó. Los hombres se llevaron a Robert hacia unas escaleras a la derecha de la gran chimenea del salón. Angus había subido esa misma escalera en su siglo miles de veces, por donde los turistas accedían a las torres. Esos escalones no estaban desgastados ni rotos en los bordes, como en su Roca del Cuervo.

Custodiados por dos soldados que los miraban de soslayo, esperaron y esperaron, allí de pie, convertidos en fruto de la curiosidad de los habitantes del castillo que pasaban a su lado, se detenían y se reían de sus vestiduras, de los pantalones de Estela y su jersey color mostaza. Angus miró su reloj con disimulo, se había detenido en el instante que habían viajado en el tiempo, lo ocultó bajo su jersey y, con señas, le indicó a Estela que lo escondiera también.

Estela desvió entonces la mirada, Angus entornó los ojos con sorpresa, ella seguía con la mirada al caballero Stephen, acababa de descender las escaleras. Angus frunció el ceño, poco se podía hacer ante la apostura de un guerrero como ese, de largos cabellos hasta los hombros, su armadura de cuero, sus músculos formados en la batalla. Stephen también observó con curiosidad a Estela. Animado por romper aquella mirada admirativa de Estela, habló sin dudar.

—¿Cómo está Robert? —preguntó Angus.

Stephen se detuvo frente a ellos y lo observó con detenimiento, con curiosidad y perplejo.

—Sois muy parecidos, por no decir iguales, ¿sois familia de mi *laird*? ¿Sois Stewart?

Angus se preguntó cómo podía explicar a un escocés del medievo que él era tan libre y dueño de su destino como Robert, solo por unos siglos no era el *laird* de Stephen. Angus tenía tanto derecho a ser el señor del castillo como Robert. Angus se reconoció dominado por la impotencia, tampoco era el momento de dejar que los celos que había sentido al ver la mirada interesada de Estela por Stephen hacía tan solo unos segundos nublaran su juicio.

—Somos familia, en efecto, Robert vino en mi busca, nos atacaron en el bosque y solo se nos ocurrió traerlo aquí, aunque fuera arrastrando su cuerpo.

—Dice la verdad, señor —habló Estela por primera vez.

La dulce voz de mujer llamó su atención, era una joven bonita, ¿sería la esposa de ese hombre?

—Mi nombre es Angus, y cuando Robert despierte, él confirmará que todo es cierto. Dígame, por favor, ¿cómo está, se recuperará?

Stephen lo creía, su preocupación por Robert parecía genuina, aunque nada de toda esa historia explicaba qué hacía Robert solo en el bosque, ni por qué esas personas vestían tan raro y hablaban un inglés que casi no podía comprender.

—La curandera cree que sí, ¿y dónde está mi señora Cristina? Salieron juntos y solos del castillo esta mañana, a pie.

Angus suspiró hondo, aquella declaración iba a traer problemas.

—Gilmore Cam, así se llamaba, se la ha llevado.

—Que el cielo nos proteja entonces cuando despierte mi señor —sentenció Stephen.

Capítulo 9



Rob se negó a cabalgar con ella. Cristina no podía guardarle rencor. Miró al grupo de hombres ante ella, distraídos miraron al cielo. Nadie quería llevar a Cristina en su caballo y no dejarían que Alysa y ella montaran juntas, no si intentaban evitar que escaparan a la menor oportunidad. Para todos esos hombres, era la mujer del mismo diablo, nadie quería arriesgarse a llevar a la mujer de Robert Tormod Stewart en su misma montura y rozar su piel. Gilmore Cam hizo una señal a uno de los más jóvenes, un tal Brian, reticente, se puso a su lado y tendió la mano para ayudar a Cristina a montar. Esta vez, Cristina no se negó, la amenaza de Gilmore había sido clara, si desobedecía, la arrastrarían con las manos atadas, caminaría el resto del camino al norte tras las ancas de un caballo, ya fueran al paso o al galope, oliendo el trasero del animal.

—Gracias, Brian —susurró Cristina al sentir su cuerpo impactar con la silla de pieles. El muchacho sonrió a medias, como si le diera vergüenza que sus compañeros vieran que no estaba tan molesto como parecía por llevar a Cristina.

—Señora, por favor, no intentéis escapar ni pongáis las cosas más difíciles —susurró una vez que ella subió al caballo.

Cristina suspiró hondo, pero no dio su palabra. Si podía, intentaría escapar como fuera, Robert estaría como loco, además de herido. Podía cometer cualquier imprudencia, como ir tras ella sin estar recuperado, levantar en guerra a todos los clanes del oeste de Escocia.

Alysa vio como su amiga se acoplaba en aquel caballo con disgusto, Cristina no estaba acostumbrada desde hacía tiempo a no ser obedecida al instante ni a ser obligada a hacer lo que no deseaba, tal vez todo aquello devolviera el brillo a sus ojos y volviera a sacar su carácter.

Alysa se situó cerca de otro de los hombres a caballo, él, con una sonrisa, tendió la mano para ayudar a que montara, orgulloso por ser elegido por la dama más hermosa que habían visto sus ojos.

Gilmore Cam, al frente de sus hombres, esperaba más alejado pendiente de que Cristina montara sin crear más problemas. Le intrigaba de forma inaudita cómo una mujer como esa había controlado la voluntad del guerrero más temido de Escocia, de este y

siglos pasados. Que era hermosa, no había duda, no en extremo, demasiado delgada para él, no, no lo entendía por más que la observaba. En más de una ocasión, Cristina lo había encontrado observando su forma de comportarse, con una mirada enfadada sin comprender por qué lo hacía.

Entonces, por el rabillo del ojo, vio a Alysa. Mortag tendía su mano hacia ella para que montara con él. Gilmore Cam sintió un cosquilleo a la altura de la nuca, sin darse cuenta, apretó las mandíbulas y golpeó los flancos de su caballo con las botas para que avanzara sin dilación. Con la grupa de su caballo, apartó al animal sobre el que cabalgaba Mortag, uno de sus mejores hombres y amigos.

—Ella montará conmigo, solo conmigo —ordenó sin dejar de mirar a los ojos de Mortag.

Extrañado, Mortag se apartó sin dejar de preguntar a su jefe con la mirada. Habían combatido innumerables veces, campeado por toda Escocia e Irlanda, buscándose la vida juntos, pero nunca había visto a Gilmore tan enfadado por una tontería semejante. Se apartó con una sonrisa cuando la mujer puso los brazos en jarra y los miró desde abajo.

—¿No nos vamos? —preguntó Alysa, casi con inocencia, no engañaba a Gilmore. Los infinitos le habían prevenido con cientos de advertencias sobre ella.

Gilmore tendió su mano hacia ella, enseguida comprendió que podía hacerle daño en los brazos y se agachó sobre su montura, cogió a Alysa de la cintura y la subió con un solo movimiento. El jadeo que escapó de los labios de la pelirroja no escapó a su atención, ¿así que no le era tan indiferente a Alysa?

Ella se cobijó en su regazo, como venía haciendo desde que abandonaron los territorios de Roca del Cuervo, con confianza. Su baja estatura hacía que sus cabellos golpearan el rostro de Gilmore. Poco dado a las caricias y al trato con una dama, le puso la capucha de la capa con un brusco movimiento. Alysa se movió y levantó su rostro ante él, confundida. Gilmore comprendió que esa mujer era un enigma, un constante desafío se dibujaba en sus ojos, enseguida cambió su expresión con la ceja arqueada en señal de que pensaba que estaba loco.

Gilmore apreció sus mejillas coloreadas por el frío, sus ojos del color del cielo cobijados por espesas pestañas. Su piel tersa, que debía ser suave al tacto. Sabía que era hermosa, bastaba con mirar a Alysa para comprender que ella también conocía la reacción que producía en los hombres, a veces jugaba con sus parpadeos, se erguía cuando quería mostrar su cuerpo lleno de sensuales curvas, mostraba un puchero para obtener lo que necesitaba o usaba su daga cuando se veía amenazada. De igual forma, ocultaba su mirada demasiado sabia

de los placeres del mundo. Alysa no era como ninguna mujer que hubiera conocido antes, era luz y sombra, bien y mal, la virtud de una mujer valiente y la oscuridad de una *banshee*.

Alysa contuvo el aliento ante la cercanía del rostro de Gilmore. Primero, sin saber por qué había colocado su capucha con un gesto de fastidio, y, ahora, observaba sus ojos tan cerca que se sintió vulnerable. Jamás permitía a nadie que se acercara tanto, no le gustaba, odiaba cuando alguien escudriñaba sus imperfecciones, sus ojos algo grandes para su rostro, las pecas que, a través de los siglos, se habían quedado marcadas en su piel, antes inmaculada. Sus dientes torcidos de labios demasiado gruesos. Su cuerpo con demasiadas curvas… Alysa jamás se había gustado a sí misma, los hombres solo buscaban aquello con que satisfacer sus instintos sin importar lo demás, por esa razón nunca confiaba en ellos y evitaba sus atenciones, no quería decir que no le gustase provocarlos para reírse después… ¿Pero por qué Gilmore la miraba de forma tan extraña? Ese hombre de rostro atractivo, el perfil de un dios del norte, su mandíbula cincelada como la de aquellos griegos de las esculturas. Esos ojos color ámbar, los de un brujo o un druida, se detuvieron en sus labios. Sin querer, Alysa suspiró, contuvo su pecho, que subía y bajaba con rapidez. Gilmore se inclinó sobre ella, con su altura, la envergadura de sus hombros tapó la claridad del sol del atardecer en un instante. Alysa sintió que su cuerpo hablaba por ella, sus labios ansiaban esa boca masculina que prometía saber besar con la vehemencia de un hombre pasional, porque Gilmore Cam parecía frío, hosco, indiferente, pero sus ojos, no, al mirarla, era otra cosa aquello que percibía. Él se aproximó, ladeó la cabeza y, por un instante, sus labios y los de Gilmore se rozaron.

Alysa sintió algo diferente, extraño, tal vez algo nuevo, ¿nuevo? Ella, que había vivido todo, sentido y perdido, al sentir el roce de los labios de Gilmore, se apartó de inmediato. El resto de la comitiva los alcanzó con el sonido de sus voces y Gilmore azuzó su caballo. El momento pasó, como el viento que cambia de dirección ante la tormenta, y Alysa, con el ceño fruncido, se hundió en su capa, delante de Gilmore. Él echó, como después se convertiría en costumbre, su tartán sobre ambos con el fin de que Alysa entrara en calor, entre su cuerpo y la lana.

—Tu amiga no dará más problemas, ¿verdad? —Se sintió tentado de oír de nuevo la voz de Alysa—. Mis hombres creen que es una bruja.

La cantarina risa de Alysa sonó a gloria en sus oídos.

—Se equivocan de bruja, esa soy yo —respondió Alysa divertida.

—¿Por qué te muestras tan indiferente a tu sino? Te llevo hacia Breogán, no creo que tengas más destino que la muerte.

Gilmore pensó que ella no respondería a juzgar por el silencio que los rodeó, en mitad de los cantos de los pájaros y el sonido del arroyo que vadeaban. La cañada atravesaba las montañas del oeste, un paso entre gigantes de piedra y árboles, más hacia el norte, las montañas se tornarían áridas y puntiagudas. Seis días de camino, siempre hacia el norte.

—Desafié a mi clan desde siempre, miraste mi marca de infinita borrada a hierro y fuego, sabes lo que soy. Breogán se habrá encargado de contarte todas mis vilezas y trampas que a sus ojos cometí en décadas, pero ¿acaso él te ha contado las cosas que me obligaron a hacer?

—Dijo que eras la amante de Robert. —Gilmore había visto con sus propios ojos a Robert Tormod mirar a su esposa, no protegió a Alysa de la misma forma, Breogán había mentido, y, en ese instante, se preguntó, ¿en qué más habría mentido sobre Alysa?

—Que diga cuanto quiera, entre Robert y yo no hay ya nada, creo que jamás lo hubo, en realidad. —Alysa se revolvió en su refugio y el caballo bufó intranquilo.

—¿Qué te une a esa mujer, Cristina? Es curioso que la que fue amante de su esposo sea en quien deposita tanta confianza. Se entregó para salvarte, probablemente, haya dado su vida por ti.

Alysa sonrió para sí misma, tal y como Gilmore describía la situación, podía resultar muy extraño.

—Por mí y por su esposo, él jamás hubiera permitido que te la llevaras. Cristina es pura de corazón, me salvó una vez la vida.

—¿Y tú, Alysa? ¿Darías la vida por Cristina como ella hizo por ti?

Alysa calló, se giró para mirar a su amiga, cabalgaba tiesa como un palo para evitar rozarse con el azorado muchacho con el que montaba

—No tienes ni idea, Gilmore Cam, de quién soy en realidad.

Gilmore calló entonces, no sabía si aquellas palabras de Alysa habían sido una amenaza o, en realidad, solo quería decir que no la conocía. Nada con esa mujer era lo que parecía, de eso estaba seguro, solo sabía que, al rozar sus labios, había sentido como si un veneno se extendiera por su cuerpo, uno tan poderoso que nublaba su razón y alteraba su alma solitaria.

Capítulo 10



Alysa suspiró ante el sol que se ocultaba entre las montañas, por mucho que viviera aquel momento, sobrecogía su cuerpo, el de una joven con la mente de una anciana. Gilmore le había preguntado por qué no se mostraba como alguien que fuera hacia la muerte, y es que había caminado demasiadas veces en la fina cuerda que delimitaba la vida y el ocaso del último suspiro. Esa noche acamparon a los pies de una de esas grandes montañas sin que la mente de Alysa hallara consuelo ante las palabras de Gilmore Cam.

Año 1105. Inglaterra. Corte del rey Guillermo el Conquistador.

Alysa lloró ante su propio final, como cuando vio morir a su madre y a su hermana a manos de los normandos en Carnac, entre los megalitos de piedra del santuario. Aquel mismo día se convirtió en una infinita por el hechizo de su tío druida, Aed Donell.

Se encontraba en Londres, una ciudad oscura para morir, de un olor nauseabundo y peligrosa, la ciudad de Guillermo I de Inglaterra y de los sajones, conquistadores de toda la isla hacía tan solo unos años.

Alysa se tapó los oídos, los gritos de la gente a su alrededor se hicieron más fuertes a su salida de la fortaleza, atada en un carro de heno. La reina Matilde, sus hijas, con quien había pasado la última década, habían permitido que la llevaran al cadalso por bruja. Que no envejecía era evidente, que se había confiado con el paso de los años, también. Breogán siempre se lo advertía, no debía quedarse en el mismo lugar más de diez años, pero es que después de que Robert la abandonara, se había sentido perdida. Debido a su cultura, a su dominio de varios idiomas, la mujer de Guillermo dejó que la acompañara a su nuevo reino en Inglaterra tras ser capturada en la Bretaña para seguir al cuidado de sus hijas. Alysa sospechaba hacía tiempo que no podía tener hijos y aquellas niñas fueron su consuelo mientras crecían. Alysa pensó que era muy impropio que su último día sobre la faz de la tierra lloviera con tanta fuerza. Los campesinos de las aldeas se habían acercado al castillo para ver el espectáculo, a pesar del agua que anegaba las calles de piedra y arenisca, las antiguas calzadas que los romanos habían construido al intentar

conquistar la isla de Inglaterra. El carro traqueteaba al ascender la cuesta al lugar donde sería su ahorcamiento público, o quizá la quemaran, tal vez ni era digna para ellos de esa muerte y cortaran su cuello, o meterían su cabeza en un cubo infecto hasta que se ahogara en su propio vomito. Los siglos habían pasado, pero las torturas no habían cambiado demasiado con el tiempo. El cepo no era una opción, tirarle la mierda de los caballos no era suficiente castigo para una endemoniada, siempre joven.

Vio el estrado donde la subirían, el hacha apoyada contra la piedra, Alysa tembló. Las lágrimas se confundían con la lluvia. Llevaba aún su vieja capa, si tuviera las manos libres, podría ponerse la capucha, se rio de sí misma, ¿qué importaban unas cuantas gotas cuando pronto su cabeza estaría rodando a los pies de aquella gente? Miró a su alrededor, con la esperanza de que la reina estuviera allí y pudiera apelar por ella. Los que presenciarían su muerte estaban en una galería, a cubierto de las inclemencias, Alysa los reconoció, eran nobles de la corte que ansiaban ver su caída y la pérdida de su influencia sobre la reina. La carreta se detuvo, alguien lanzó una piedra que rozó a Alysa en la mejilla. Estaba perdida, era su final.

Los guardias la empujaron hasta que subió, Alysa pensó que solo le quedaba la dignidad, así que levantó la barbilla, alzó sus manos atadas por las muñecas y se arrodilló ante la piedra. La marca de las dos serpientes quedó a la vista, sería lo último que vería en su vida.

Para Alysa se hizo el silencio, a pesar del vocerío alrededor, y fue entonces cuando escuchó el silbido, una flecha, después otra.

—¡Atacad! —La voz de Breogán atravesó el patio, que quedó en silencio al ver como el hombre que portaba el hacha caía desmadejado junto a Alysa.

Alysa se incorporó como pudo, cayó sentada sobre el trasero mientras vio como su clan de infinitos acababa con los nobles de la galería y el tumulto de gente corría sin orden ni concierto fuera de la plaza. El silencio llenó todo cuando los últimos guardias murieron atravesados por el filo de las espadas. Atónita, contempló como Robert subía las escaleras de la plataforma, Alysa tendió sus manos atadas y él descargó su daga, liberó sus manos ante su sorpresa.

Breogán fue hasta ella, levantó su cuerpo empapado de la lluvia y de la inmundicia de la celda en que había pasado los últimos días, entre ratas y excrementos.

—Lo has hecho muy bien, Alysa, hemos matado a todos los nobles contrarios al rey Guillermo, ahora podrá continuar su reinado sin la amenaza de usurpadores. El clan recibirá un gran tesoro gracias a ti.

Alysa contempló atónita los rostros de sus hermanos de clan. Robert bajó la cabeza, avergonzado. Ellos habían acusado a Alysa con el fin de distraer y concentrar a los nobles que querían matar, todos juntos

en aquella plaza. Había pasado por aquel calvario apresada durante días, creído que moriría allí, para servir a los planes de los infinitos.

—¡Alysa! ¡Despierta! ¿Qué te ocurre, mujer?

Gilmore vociferó enfadado en mitad de la noche, había oído murmullos, sin identificar que era Alysa quien hablaba en sueños. Tras un rato, escuchó sus gritos, no estaba muy lejos de él, separada del resto de sus hombres y de su amiga. Prefería tenerla cerca, vigilar a Alysa. Cuando comprendió que era ella quien parecía tener una pesadilla, se arrodilló a su lado. Alysa se agitaba de forma salvaje, se quitó las mantas que él mismo le había procurado, sus brazos quedaron descubiertos, las perneras del pantalón se habían levantado, mostrando unos gemelos torneados y unos tobillos finos. Gilmore, conmovido, observó sus brazos libres de telas, docenas de cicatrices atravesaban su piel, al igual que las piernas.

—¡Déjala, apártate!

Cristina acudió junto a él, cubrió con la manta el cuerpo de Alysa y sacudió a su amiga de los hombros, no bastó una vez, sino que tuvo que ser brusca para que despertara.

Alysa abrió los ojos, sostenida de los hombros por su amiga. Gilmore se apartó un poco mientras Cristina tumbaba de nuevo a Alysa con cariño, leves caricias en su pelo con ternura hicieron que Alysa se recostara sobre las mantas y cayera dormida de nuevo, ya tranquila.

—¿Qué le ha pasado en las piernas y los brazos? —se atrevió a preguntar a Cristina Stewart.

Ella lo miró con lágrimas en los ojos.

—Ni siquiera yo sé lo que tuvo que hacer para servir a los propósitos del clan y permanecer en él. ¿Te ha contado eso Breogán? No, ¿verdad? Ni que una vez que nos mate a nosotras, irá a por mi esposo y mis hijos. ¿Crees que respetará su acuerdo contigo? Os traicionará antes o después.

Cristina se alejó con los puños cerrados sin esperar respuesta alguna, conocía las maniobras de Breogán como para contestarse a sí misma. Los hombres observaban en silencio, habían escuchado todo.

Gilmore permaneció un poco más junto a Alysa, parecía descansar tranquila al fin. Debería irse a dormir, olvidar lo que había sentido al ver las marcas en la fina piel de Alysa. Fue hasta sus mantas y las llevó junto a ella. Gilmore se dijo que así estaría preparado si ella volvía a tener una pesadilla, la realidad era que sentía una estúpida obligación de proteger a esa mujer. Levantó la mirada, sus hombres seguían atentos.

—Si alguien habla de esto mañana, le cortaré la lengua, podéis jurarlo —ordenó lo suficientemente bajo para no despertar a los

demás. Algunas risas en voz baja se escucharon, que pensaran lo que quisieran.

Gilmore no se percató de la mirada de Cristina, al otro lado del campamento, cuando se tumbó junto a Alysa, cubrió a ambos con una manta más y pegó su cuerpo al de ella.

Capítulo 11



Robert sintió primero el dolor en su rostro y en la parte posterior de su cabeza, escuchó las voces apagadas a su alrededor. ¿Cuántas veces había despertado ya en casi cinco siglos de la misma manera? No podía concentrarse en darse una respuesta con esas voces desconocidas a su alrededor.

Había soñado con una de esas veces en que las cosas se complicaron por seguir a un hombre que quería convertirse en rey de toda Escocia.

Año 1302. Ulster. Norte de Irlanda.

Robert sostenía su *claymore*, la espada más pesada con que podía combatir un escocés. El brillo de la hoja recién forjada arrojaba destellos por todo el patio de armas de Carrickfergus. El próximo rey de Escocia, Robert Bruce, el primero de su nombre, era osado y le gustaba practicar con la espada en combate cada día. Desde que Robert se había unido a su servicio como guardia personal, entrenaban cada día menos el domingo, día del Señor, prohibido por la Iglesia. En apenas unos días, partirían a Escocia para iniciar la guerra por recuperar sus territorios de manos de los ingleses y sería coronado en Scone.

Robert era consciente de que podía desarmar a su rey en apenas tres movimientos, y, sin embargo, por respeto, solo le ganaba en contadas ocasiones. Breogán le había enseñado que el orgullo de un rey no se debía quebrar.

Su rey era fuerte, de barba recortada y rasgos suaves. Su cota de malla brillaba al sol, en vez de rematada en cuero como la suya, de metal duro.

—Robert, no os estáis empleando a fondo —dijo el rey con voz áspera.

Robert sonrió al ver que su señor detenía el combate.

—Creí que tan solo entrenábamos, mi rey.

—Puede que sí, pero os pido como un favor que conmigo siempre os esforcéis al máximo, no puedo ser un buen rey si no sé defender mi reino.

—Tenéis paladines, guardias y ejércitos para defenderos.

El rey clavó la espada en la arena y se apoyó en la empuñadura de su espada.

—Sois inteligente, Robert, decidme, ¿por qué siempre ansiáis ser el mejor guerrero de Escocia, para defender vuestra vida?

—No, majestad.

—Entonces es por la fama, la fortuna, las comodidades de la corte…

—Nada de eso —negó Robert. No quería hablar con su señor, solo combatir, pero sería un gesto muy feo obligar a su rey a seguir el entrenamiento.

Bruce pareció intuir que no quería seguir con la conversación, así que tomó la espada y golpeó la hoja de Robert para provocarlo.

—Entonces, ¿por qué, Robert? Seré tu rey, debes decirme siempre la verdad.

Robert, reacio, golpeó la espada del otro con más fuerza de la que pretendía, sin temor a que pudiera ser ahorcado al herir a su rey. Arrancó de las manos de Bruce el arma y cayó sobre el suelo. Todos los hombres en el patio de armas giraron su mirada hacia ellos, dispuestos a proteger a su monarca.

—Para proteger a mi clan, majestad.

El rey paró la carrera de un escudero que iba a coger su espada del suelo, en lugar de ofenderse ante Robert, se acercó con una sonrisa en los labios.

—Robert, mientras no tengáis esposa ni hijos, me seréis útil, el día que os enamoréis, que alguien os importe de verdad, habré perdido a uno de mis mejores guerreros, no sabéis templaros, Robert Stewart.

Ese día el rey tenía razón, Gilmore Cam lo había vencido por intentar proteger a Cristina. Se había vuelto débil y, por ello, había fallado a su esposa. Poco sabían el rey y él que años más tarde combatirían uno al lado del otro por la libertad de Escocia contra los ingleses, y Bruce no sería coronado hasta el año 1.306, en Scone.

Robert se levantó de la cama de golpe, todo había sido un sueño, Bruce llevaba muerto cincuenta años. No era un delirio a causa de la fiebre, sino que era el golpe por la espalda de Gilmore Cam. A juzgar por el dolor, debía de tener una herida abierta en la parte posterior de la cabeza. Cristina, su mujer, su vida, raptada. Tuvo que mirar dos veces el lugar en que se encontraba, su propio hogar. A ese hombre de extrañas ropas que era casi igual a él, pero sin músculos sobre los brazos.

—Preparad mi caballo y mis armas, decid a los hombres que formen en el patio.

Robert bramó la orden, a pesar de seguir tendido en la cama.

Asustados quienes estaban a su alrededor ante tal despertar.

—No puedes moverte, Robert.

La voz de Angus fue firme como la suya al apoyar su mano en el pecho de Robert.

—Todavía no puedes moverte —confirmó Stephen, su amigo y segundo al mando—, la curandera dice que aún no tienes fuerzas, acaba de coserte, Robert.

Robert desoyó a los dos, intentó incorporarse, dio un manotazo a la mano de su descendiente con la pretensión de ponerse en pie e ir en busca de Cristina cuando el dolor nubló su vista y tuvo que recostarse de nuevo contra la cama. La inconsciencia se lo llevó otra vez a la negrura de la que parecía que nunca saldría mientras en algún lugar Cristina se hallaba en peligro.

Capítulo 12



Gilmore despertó aturdido, no había dormido bien. Alysa, a veces, bajo las mantas, se enroscaba a él como si necesitara de su calor, y, otras, lo separaba en sueños agitados. Abrió los ojos con el primer rayo de claridad sobre el valle. Sus hombres empezaban a despertar y recoger sus mantas. Su brazo buscó el cuerpo de Alysa, palpó junto a él y no la encontró. Buscó bajo las mantas, como si la mujer fuera tan pequeña como para estar sepultada bajo los tartanes. Era evidente que no. Se levantó entumecido y miró alrededor, alguno de sus hombres lo saludó, pero él no podía responder, ¿dónde se habría metido Alysa? Entonces Rob hizo una seña a Robert con la barbilla, hacia el arroyo. Gilmore se aseguró de que la otra mujer se hallaba en el campamento, aún dormida, y descendió el leve trecho que los separaba del pequeño río que descendía de la montaña.

La extraña claridad entre la noche y el día todavía sin sol era un momento de paz, los animales aún en duermevela, la cañada aún en silencio. Gilmore apretó el paso, Alysa había afirmado que no escaparía sin Cristina, pero ¿y si era solo un ardid? Suspiró al ver que estaba junto a la orilla, sin capa, su vestido de tonos azules rozaba con el ruedo el agua, inclinada sobre sí misma. Lo oyó antes de que se aproximara más y se bajó las mangas del vestido. Ahora Gilmore sabía bien qué ocultaba Alysa, sus cicatrices.

Llegó hasta ella y, con indiferencia, se acuclilló y tomó agua en el cuenco de sus manos, se refrescó el rostro y el cabello. El agua estaba helada, provocó en él un despertar total.

Alysa observó su semblante, a la misma altura que él, con su estatura o montada en el caballo no podía contemplar a Gilmore tan cerca como ahora. Tenía el pelo despeinado, como si se hubiera levantado de forma abrupta, los ojos somnolientos, indicio quizá de haber dormido como un niño toda la noche. Contuvo el aliento cuando vio sus cabellos mojados, al ver las gotas perlar ese rostro tan atractivo. Gilmore Cam era hermoso, a pesar de algunas cicatrices en la cara, de su expresión hosca y su seriedad. Alysa recordó el beso casto, el roce de los labios y aquello que había conmovido su interior. Gilmore se giró, había algo extraño en su mirada, en sus turbadores ojos del color del ámbar.

—¿Por qué no llevas marcado el símbolo de las serpientes? Todo aquel que sirve al clan lo lleva —preguntó Alysa intrigada.

Gilmore se sentó junto a su prisionera, tan cerca que sus piernas se rozaron, ninguno de los dos se apartó.

—No soy uno de ellos, soy un mercenario, Alysa, les sirvo, nada más, a ellos o a quien tenga algo con lo que pagarme.

—Pero eres un noble, tu forma de hablar, tu espada, tus hombres te llaman *laird*.

—Soy un bastardo, no tengo derecho a tierras ni castillos. El rey me quitó todo cuando apoyé la causa del aspirante a la corona escocesa. Robert Bruce ganó el trono, y yo, que apoyaba a los Balliol, fui despojado de todo. Quemaron mi castillo, echaron a mi gente, los que ves aquí somos mercenarios, ya no creo en reyes ni justas, solo en mi brazo y mi espada, al igual que mis hombres. Sin familia ni hogar, nada que nos haga contenernos en una batalla.

Alysa bajó el rostro, no era el primer mercenario que conocía, pero bajo la capa de hosquedad de Gilmore, había resentimiento por lo perdido, incluso dolor.

—Sí tienes familia, esos hombres lo son. Tu hogar es Escocia, y tu justa es la de sobrevivir.

Gilmore miró a Alysa intrigado, sin saberlo, había pronunciado los dogmas que sus hombres y él seguían. Todo guerrero debía tener sus propias reglas, a parte del acero de su espada. Miró el perfil de aquella mujer de largos cabellos cobrizos, de voz dulce, algo que ella no soportaba con toda seguridad, puesto que siempre intentaba parecer fuerte y dura como una roca. Alysa estaba muy callada, entonces ella puso su mano sobre la suya como si de verdad comprendiese su dolor. Pensó en las cicatrices de Alysa, en todo cuanto había debido de pasar, en sus propias marcas, hablaban de dolor y muerte a su alrededor. Le hubiera gustado matar con sus propias manos a quien le infligieron a su hermoso cuerpo esas heridas, sentía una fuerza mayor que lo impulsaba a proteger a Alysa del pasado y del futuro. Por mucho que hablaran de su maldad, se parecían demasiado, las oportunidades no existían para ellos, eran supervivientes. Si alguien podía entenderlo, era ella, con ese gesto tierno, Alysa ganó su alma.

Gilmore no pudo evitar girarse y tomar con ambas manos su rostro sonrojado a causa del agua fría, a punto de confesar lo mucho que anhelaba sus labios y borrar sus cicatrices. Alysa lo miró a los ojos. Gilmore había notado que ella arqueaba una ceja, la izquierda, cuando no comprendía algo o dudaba. No volvería a pasar, no dejaría que otra vez le arrebataran la oportunidad de besar aquellos labios mullidos, entreabiertos de anticipación. Gilmore agarró su cintura, inclinó a Alysa hacia atrás con delicadeza contra la alfombra de hierba y hojarasca. Quedó sobre ella, atrapó su cuello y tiró de la cintura hasta

que se encontraron a medio camino en un beso.

Alysa volvió a sentir, al rozar sus labios con los de Gilmore, un escalofrío. Los labios exigentes del guerrero abrieron los suyos, rozó su lengua y Alysa creyó desfallecer. Encajaban, sentía que era donde su boca debía estar, asaltada por la urgencia de Gilmore. Notó su mano abandonar la nuca, descender mientras acariciaba el interior de su boca, sintió que él la posaba en la curva del cuello, en la clavícula, y un pequeño dolor se instaló entre sus piernas. La punzada del deseo, las contracciones de su sexo anhelante. La mano de Gilmore acarició su pecho sobre el vestido, Alysa creyó sentir hasta el calor de sus dedos cuando apretó su seno al completo. El deseo se tornaba insoportable, imposible de dominar ante las caricias de Gilmore, notó los pechos endurecidos suplicar el tacto de esos dedos rugosos sobre la delicada piel. Gilmore jadeaba en sus labios, en su cuello mientras lamía su piel. Alysa se aferró a aquellos brazos musculosos, empujando para que él la tocara con más presión, más fuerza… Entonces Gilmore metió la mano en su escote, en busca de sus senos. Gimió contra su boca cuando alcanzó el perlado tesoro.

Alysa se retorcía, era consciente, y, en el momento que sintió lo que había supuesto el rugoso tacto de los dedos de un guerrero, casi grita de gozo. La sensación de su delicada piel contra aquella aspereza llenó de ansia sus deseos por capturar sus pechos, sentirse así, tocada, no fue nada en comparación a la sensación de notar su boca lamer el botón de su seno. Libre de su boca, Alysa hubo de taparse el rostro con su propia mano para que no escucharan sus gemidos en el campamento.

Gilmore apartó con desgana el rostro de entre sus colinas para mirar el rostro de Alysa, ver si todo iba bien, si ella era tan receptiva como él. Ella sonreía, sin taparse como otras veces, su expresión tensa de deseo, su largo cabello entre rubio y cobrizo, desmadejado a su alrededor sobre la alfombra de hojas. Sus pechos henchidos y duros. Gilmore no creía haber visto una imagen más bella de una mujer en su vida.

No quería hablar, moverse, no quería que Alysa pensara. Deseaba a esa mujer más que nada en el mundo. Alysa tendió los brazos hacia él, para atraer su rostro, volvió a besar su boca, amasar sus pechos. No era suficiente, nada de lo que hiciera, para calmar el deseo de penetrar a Alysa. Gilmore metió sus manos entre su pantalón y las faldas de Alysa, a la altura de su muslo. Sintió el calor que emanaba su abertura antes de llegar a su sexo. Posó la palma de la mano con insolencia, mesando en su totalidad el sexo femenino, húmedo, caliente, latiendo por él.

Gilmore oyó su nombre en la lejanía, a tal vez miles de millas. Se repitió en la distancia y decidió ignorarlo. Alysa, no. Gilmore notó su

cambio enseguida, se puso rígida, se desprendió de su mano en la uve de sus piernas y lo apartó con un empujón. Se bajó el vestido, subió la cintura de su pantalón. Gilmore obedeció al instante, molesto por la interrupción, ¡por todos los cielos, iba a derramarse como un muchacho imberbe sobre ella! Alysa, en su prisa por colocar el vestido y su pelo, lo miró de forma directa. Los ojos nublados de deseo, con esa postura, ella a medias tumbada, Gilmore de rodillas, Alysa sonrió al ver la descomunal erección tan cerca de su boca.

Alysa se permitió una maldad, recorrió sus labios con la lengua, tan cerca que si hubiera querido… Gilmore se desquició, había vuelto Alysa la seductora, la mujer engañosa a la que no se podía llegar a conocer. Se apartó enfadado, ¿había sido un juego para ella desde el principio? ¿No significaban nada sus besos y su deseo? Gilmore se colocó el tartán sobre sus ropas, nadie, nunca, lo había hecho sentir como a un muchacho idiota con la verga levantada.

—No tardes, partimos enseguida —fue cuanto aquella voz grave fue capaz de decir a Alysa.

Alysa se quedó sola, sentada en el suelo mientras lo veía partir con paso decidido. Miedo, había tenido miedo, pavor a ese hombre que, con sus caricias, había recuperado algo que Alysa creía muerto en ella. Alysa se tocó el pecho, segura de que aquellas palpitaciones arrancarían el corazón de su lugar. Se serenó un instante, se arrodilló junto al riachuelo y se lavó el rostro por segunda vez aquella mañana. Al ver su propio reflejo en la corriente de agua, golpeó con fuerza la superficie. ¿Por qué se había reído de él y de su erección? Lo había provocado. Por temor, sin duda. No podía seguir ignorando la atracción que sentía por Gilmore, tan roto como ella, fuerte y solitario. De hermoso rostro, cuerpo de un dios y el carácter de un guerrero. Debía olvidarlo, Gilmore solo cumplía una misión, y ella, en pocos días, estaría muerta. Gilmore era su guardián, su captor y solo buscaba su propio placer y el oro, el maldito oro.

Capítulo 13



—¿A qué juegas con el mercenario, Alysa?

Alysa se detuvo frente a ella, Cristina esperaba tras los arbustos a que volviera al campamento. Sus piernas separadas, con aquel pantalón marrón horroroso, las manos sobre las caderas y su postura, Alysa odiaba cuando su amiga se convertía en el duende insidioso que quería saber todo.

—No juego a nada, ha sido él quien ha venido a buscarme.

—Y ha vuelto tan enfadado que apenas se ha fijado en que no estaba custodiada por sus hombres. —Cristina respiró hondo—. No juegues con Gilmore, es un hombre peligroso, he oído a sus hombres hablar de batallas, actos vergonzosos, robos y saqueos, las mujeres lo adoran y los hombres escupen al oír su nombre. Jamás ha perdido una batalla…

—Basta, Cristina, me hago a la idea.

—¿De verdad? ¿Qué piensas de cuando Robert y él se enfrenten? Dos titanes armados y con un ejército tras ellos. Robert nos encontrará, no tengo duda. No te compliques, Alysa, Robert lo matará, y si tu intención es seducirlo hasta que nos libere, no es la mejor opción. Se vengará, cueste lo que cueste, con un hombre así no se juega.

Alysa, que andaba despacio oyendo la perorata de Cristina, se detuvo. Miró a su amiga a los ojos, con cierto dolor.

—No estoy jugando a nada con Gilmore Cam. Deja de darme lecciones de humanidad y conmiseración, Cristina. Mejor preocúpate de cómo salir de esta, de escapar, si no, tendré que dejarte. Solo me retrasas.

Cristina no siguió su camino, dejó que Alysa siguiera sola. Vio como recogía sus enseres, las mantas sobre las cuales habían dormido ella y Gilmore. Con rabia, vio como arrojaba el pasador de su pelo de madera entre las llamas, un chasquido salió del fuego.

Quizá lo peor para Cristina era reconocer que Alysa podía tener razón, solo se retrasaban la una a la otra. ¿Sería capaz Alysa de dejarla atrás? Cristina observó al otro extremo del campamento a Gilmore, su mirada no se apartaba de Alysa, se mostraba ceñudo, enfadado, reconocía a un hombre que hervía por dentro de furia y no podía dejar que escapara de su control para no arrepentirse de usar su fuerza física, lo reconocía porque Robert era igual cuando se enfadaba de

verdad. Se contenían, como animales peligrosos que eran en la batalla, debía de ser muy difícil distinguir entre su vida en combate y la cotidiana. Gilmore apretaba las mandíbulas, pero había algo más cuando miraba a Alysa, observaba todo en su campamento, a cada hombre, animal y resto de comida, los fuegos, los elementos que los rodeaban… Para Alysa, su mirada tenía algo diferente, Cristina no sabría definirlo, al parecer, una atracción o admiración. Cuando Alysa se sintió observada, levantó la mirada hacia Gilmore y él apartó la cabeza, como si nunca hubiera prestado atención a su amiga. La mirada de Alysa fue de algo parecido al arrepentimiento. ¡Que el cielo se oscureciera por milenios! ¿Alysa mostraba sus emociones? Cristina resopló, no podía creerlo, aquellos dos idiotas, captor y presa, de bandos opuestos…, se estaban enamorando delante de ella. Suspiró, no sabría decir quién de los dos tenía el peor genio o el más oscuro corazón. «¡Perfecto!», susurró para sí misma, muy propio de Alysa, sentir algo por el hombre menos apropiado.

—¡Duende! —gritó Alysa solo para incordiar—. ¿Te has vuelto tan delicada que ya no puedes ayudar a levantar el campamento?

Cristina sonrió, Alysa era así, cuando se acercaba demasiado a saber qué pasaba por su cabecita, se metía con ella.

—Alysa, de verdad, vete a la mierda.

Alysa abrió los ojos como platos y se quedó petrificada, al final, se rio, ¡vaya, el duende estaba espabilando! Sintió alegría por Cristina, porque, en realidad, quería a aquella chiquilla del futuro, obstinada y valiente. Cualquiera que hubiera seguido con la mirada a Alysa desde el otro lado del campamento y viera su forma de caminar dando pequeños saltitos, como por ejemplo Gilmore, hubiera pensado que esa mujer era malévola y ruin feliz de haberse reído de él.

Cristina, el día anterior, no había podido orientarse en la oscuridad, que aquellos dos siguieran con sus pullas y miradas asesinas, miró al horizonte, la montaña más alta que divisó, a pesar de las nubes que se situaban en lo más alto de los picos, la reconoció. El río que se veía más lejos, más ancho que los arroyos que los rodeaban, debía de ser el Allt Dalia. Su mente veía de forma diferente la geografía y la isla a las personas del siglo XIV, solo conocían la visión plana, pero ella podía orientarse en tres dimensiones, ¡como echaba de menos su móvil y la aplicación de *maps*! Debían de estar llegando al comienzo del lago Ness, cerca de lo que sería en su siglo Fuerte Angus. Más adelante el Centro de Investigación del Lago Ness. Cristina frunció el ceño, ahora recordaba cómo surgió el misterio del monstruo. El misionero Columba, de origen irlandés, en el año 565, se encontró con la bestia que estuvo a punto de devorarlo mientras atravesaba las aguas del Ness en una pequeña barcaza, el monstruo, según la leyenda, venido del infierno, trataba de que no llevara la palabra sagrada a los

bárbaros escoceses. Fue el comienzo tal vez de la leyenda. Quizá había sido el mismo Robert quien se lo había contado. Cristina suspiró preocupada ¿Cómo estaría su esposo? El golpe debía de haber sido muy fuerte, habían pasado dos días desde su secuestro, Robert, si estuviera en condiciones, debería de haberlos alcanzado. Sus pequeños, mientras Angus estuviera en la fortaleza, y Stephen, nada malo podía ocurrirles. Robert, debía dejar pistas para que él la encontrase. No dudaba, jamás, de que su esposo sería capaz de asolar Escocia entera en su busca. Su mente dejó de divagar y Cristina supuso que estaban en línea recta con Roca del Cuervo, Gilmore no se había complicado demasiado, o esa parecía ser la ruta más rápida para escapar de Robert. Con mucha fortuna, él los seguiría por aquella misma cañada, o no. Cristina se prometió que cuando volviera a Roca del Cuervo haría un mapa para Robert, con las principales rutas hacia el Edimburgo de su época, Aberdeen e Invernes, aunque supuso que la incesante curiosidad de Robert cuando estuvo en el futuro habría previsto esas cosas, al fin y al cabo, era un guerrero con más cultura que cualquiera de los hombres que había conocido en este siglo. Dibujó con un palo, sentada en una roca, lo que recordaba de los mapas en esa zona. Alysa se acercó a ella, seguida de Brian.

—Muchacho, vete, deja de perseguirme o te clavaré la daga en el pecho. Me pones nerviosa.

Cristina levantó la mirada para ver a Alysa apuntando al enorme guerrero con su pequeña daga. Sonrió cuando el pobre muchacho se alejó un poco de ella, con toda seguridad eran órdenes de Gilmore Cam, no perder de vista a las dos en ningún momento. Alysa cambiaba de humor como el viento, parecía enfadada, y, sin embargo, se acercó con una sonrisa. Cristina miró a su alrededor. Partirían en breves instantes y todos estaban distraídos ante la idea de reanudar el viaje hacia su destino.

—¿Qué es eso, Cristina? ¿Un mapa? —Alysa se sentó en la roca, empujando a Cristina a un lado—. Solo los hombres saben trazar mapas, duende.

—No seas obtusa, habla en bajo. En mi tiempo, hay mujeres cartógrafas, somos capaces de cualquier cosa.

—Los antiguos de Alejandría, allí dicen que las mujeres eran iguales en estudios a los hombres.

Cristina miró atónita a su amiga.

—Hipatia de Alejandría. Lo leí en Iona, en el monasterio, tenían textos antiguos de las mujeres que habitaban esa tierra.

A veces Alysa podía sorprenderla de una forma increíble, si hubiera tenido los medios y viviera en su tiempo, podía haber sido una gran estudiosa. Su mente recordaba cualquier acontecimiento pasado o cosas que solo había parecido leer una vez.

—Eso es, Alysa, a eso me refiero, pero en mi siglo es mucho más fácil. Tenemos universidades a las que pueden ir mujeres, grandes científicas, mentes brillantes como la tuya.

Alysa asintió, con cierta mirada de orgullo ante el halago de Cristina. Entonces se fijó en el mapa.

—Estamos en línea recta con Roca del Cuervo —descifró Alysa—, llegando al río Ness.

—Cierto. Tenemos que intentar escapar antes de llegar más al norte, o al menos avisar a Robert de la ruta que hemos tomado.

—Cristina, están «las piras del diablo».

—¿Qué diablo es eso, Alysa?

—¡Ohhh! ¡Hay algo de la historia que no conoces! Espera, no te enfades, duende —suplicó Alysa con una sonrisa—. Robert Bruce, en su paso hacia el sur desde las islas, consiguió un enorme ejército, debían reunirse desde el este y el oeste sus partidarios. Del este, los Campbell, después de vencer a los Dougall, en el oeste, sus partidarios del valle de Glencoy. —Alysa dibujó las direcciones de las que hablaba tras quitarle el palo a Cristina—. ¿Qué ves? Montañas, de aquí a Ben MacDui, en los Cairngorms.

Alysa trazó una cruz, la que subía del sur hasta las islas, del este al oeste, siguiendo las montañas.

—Bruce era ingenioso, por eso los infinitos lo apoyaron en su ascenso al trono, podían beneficiarse de su reinado. Hizo una cruz enorme, que atravesaba toda Escocia por sus montañas.

Cristina frunció el ceño.

—No comprendo, Alysa.

—¿Las cruces de fuego no se usan en tu siglo? Parece que sois muy burros, aunque seáis del futuro.

Cristina elevó los ojos al cielo, tenían satélites, aplicaciones donde ver cada punto del planeta, drones, pero no tenía sentido explicar todo aquello a Alysa, pasarían allí horas hasta que esa cabezota aceptara que esas cosas existían. La instó a continuar con la mano de manera impaciente.

—Como decía antes de que me interrumpieras, duende. En lo alto de las montañas, hizo piras de madera enormes, en un día claro se pueden ver surcar millas y millas en la noche, de esa forma, el rey Robert Bruce unía a sus ejércitos. No sé si te has dado cuenta, llevamos un día entero ascendiendo por la falda de una de esas elevaciones para evitar los arroyos donde los caballos podrían tropezar, estamos muy cerca de la cima.

Cristina miró atónita a Alysa, jamás la historia sería más exacta a vivir los acontecimientos en primera persona. ¿Cuántas cosas como el ejemplo de la cruz quedarían olvidados con los siglos? Alysa había vivido cuatro siglos, tendría más conocimientos que a ella le parecían

cotidianos y que nunca llegarían a un aula de Historia. Y ni siquiera había notado la inclinación del terreno a la que se refería Alysa.

—¿Quieres decir que, si prendemos una de esas piras de madera durante la noche, Robert podría seguir nuestro rastro? ¿Desde tan lejos?

—Él o quien acuda a nuestro rescate. No hay nada más alto que esta elevación entre él y nosotros, Gilmore ha estado dando vueltas, borra nuestro rastro a medida que avanzamos. No entiendo cómo ha despistado hasta ahora a Robert. Cristina, es posible que tu esposo esté herido, Gilmore lo golpeó con fuerza.

—Está vivo, Alysa, lo sé.

—Está bien, confiemos en Robert.

—Alysa, ¿crees que esos montones enormes de madera seguirán ahí? Desde la guerra de Robert Bruce, han pasado casi cincuenta años, creo.

—Pues tendremos que comprobarlo, nuestra última oportunidad será esta. Desde esta distancia, se podrá ver el fuego. A no ser, Cristina, que tengas un ejército que encienda todas para seguir nuestro rastro hasta el norte.

Cristina suspiró, Alysa tenía razón, una vez que se adentraran más al norte, sería imposible.

—Al anochecer, entonces, tenemos que escapar, Alysa, una de las dos, y prender fuego a esa señal. La otra debe distraer a Gilmore Cam.

—No cuentes con ello, Cristina, no seré yo quien entretenga a ese hombre.

Cristina miró a su amiga ante su negativa, ahora era Alysa quien parecía menos temeraria, menos decidida, menos… Alysa.

—Está bien, entonces. Al anochecer, yo me ocupo de Gilmore y sus hombres.

Capítulo 14



Gilmore observaba a las dos mujeres susurrar sentadas sobre una piedra, habían echado de allí a su espía. Cabeza con cabeza, dibujaban en el suelo de arena cerca del río, con un palo, la mujer de Robert mostraba algo a Alysa. A pesar de su enfado, esbozó una sonrisa a medias cuando Alysa lo hizo, y frunció el ceño cuando ella hizo ese mismo gesto.

—Si sigues mirando así a nuestra prisionera, el resto lo notará.

Rob, a su lado, hizo aquella observación en voz baja. Gilmore, molesto, se volvió hacia él mientras afilaba su espada, sentado sobre un tronco.

—Están tramando algo, las dos —se justificó ante su amigo sin saber por qué, antes, hace unos días, no lo hubiera hecho.

—Por supuesto, la mujer de Robert es una piedra en la bota. Pero yo me refería a Alysa, es ella a quien sigues a cada paso que da.

—Es mi prisionera.

—¿Por eso retozas con ella a la orilla del río? No me importaría si no tuviéramos que entregársela a Breogán, sin chica, no hay recompensa.

Gilmore se tensó, sus hombres no podían darse cuenta de cómo aquella mujer se había convertido en una obsesión. Dormía a su lado, al pasar junto a él, aspiraba el olor a jabones perfumados de su pelo. Admiraba cómo caminaba, el mover de sus caderas, el sabor de sus labios a mil veranos en el norte de Escocia.

No contestó a Rob, chascó la lengua, disgustado, más consigo mismo que con su amigo.

—¿Ahora somos un grupo de viejecitas cotillas?

Rob se rio sin sentirse ofendido, conocía muy bien a Gilmore y nunca había visto esa expresión en su rostro ni esa forma de mirar a una mujer.

—Vigílalas, Rob, estaremos atentos, tienen un plan.

Gilmore se levantó, desechó la piedra de afilar ya gastada en el suelo y se colocó la *claymore* en la funda que siempre llevaba a la espalda. Así podía llevar su arma a mano al montar su caballo. Dio la orden de continuar, y sus hombres, con la precisión de siempre, lo obedecieron. Recobró, por un momento, la calma al sentirse el *laird* de

esos hombres sin tierra, Alysa acabaría obedeciendo igual. Con un silbido, llamó a su compañera de viaje. Alysa levantó el rostro, colorada, sabedora de que esa señal era para ella. Con un gesto combativo, se quedó sentada, lo miró con rencor.

Gilmore sonrió al ver como su amiga obligaba a Alysa a acudir a su llamada, estaba seguro de que con el solo fin de aplacarlo y que se confiara, para que ellas pudieran llevar a cabo su plan.

Siguieron el camino que surcaba la cañada entre las montañas, las dos mujeres no volvieron a tener la oportunidad de hablar en todo el día, y Gilmore pasó la mañana entretenido con su nuevo juego. Alysa estaba ofendida por su manera de llamar su atención con un silbido, así que, a cada momento, Gilmore pasaba la mano izquierda por su cintura para atraerla contra su pecho. Alysa se intentaba soltar, pegada a su torso, y él cerraba más su cepo. Al final, claudicaba un rato hasta que Gilmore necesitaba ambas manos para sortear algún camino encrespado. Pronto, Gilmore supo que aquel juego se volvería contra él. Al volver a poner el brazo en su cintura, rozaba sus senos, al principio, aguantó la excitación que le producía, pero, tras varios movimientos de Alysa al colocar su trasero, se tornó insoportable. Gilmore se vio inclinado sobre aquel cuello, el viento había apartado el cabello de Alysa, la piel desnuda se mostraba ante él, tersa. Una vena palpitaba detrás de la oreja, Gilmore se preguntó cómo sería lamer aquel pulso… En lugar de ello, aspiró el olor a Alysa. Para lavarse, usaba un jabón que ellos mismos llevaban consigo, ¿por qué olía ella tan bien? En esa ocasión que Alysa se revolvió al sentirlo tan cerca, Gilmore presionó su miembro contra ella, a la par que asía su cintura, atrapó con su antebrazo su pecho.

Alysa se quedó quieta al instante, atrapada entre su brazo y su pelvis, debió sentir su excitación, el brazo que no se apartaba. Entonces suspiró, hondo. Gilmore creyó notar como toda ella se volvía laxa entre sus brazos mientras llenaba el hueco entre su antebrazo y su pecho. Se había excitado, igual que él, en ese tonto juego de voluntades, se atrevió a soltar su mano y descender hasta el regazo del vestido de Alysa. Gilmore sabía que llevaba sus pantalones debajo de aquella tela, ¡por todos los cielos! Estaba febril de deseo. El movimiento hizo que Alysa jadeara y girara el rostro hacia su torso. Gilmore puso su mano sobre la tela, en mitad de la uve de sus piernas, reprimió un gemido al notar el calor que emanaba de su sexo, capaz de atravesar la tela y calentar su mano. Debía de estar húmeda, tanto como él excitado.

Sus hombres caminaban tras ellos, siguiendo su estela. Disimuló cuando apretó aquel punto de la fisonomía de Alysa, y ella respondió frotando su trasero contra él. Si estuvieran solos, saldría del camino, buscaría el primer árbol sobre el que recostar a esa mujer y haría que

gritase su nombre hasta morir de placer en sus brazos. No estaban solos, así que, a su pesar, apartó la mano, Alysa emitió un quejido que llevó a que levantara el rostro y lo mirase. ¡Cielos! Aquella boca entreabierta, anhelante, el sonrojo de sus mejillas, sus preciosos ojos claros aguados de pasión… Alysa podía hacer cuanto quisiera, reír, despreciar, pelear, resistirse, pero aquel rostro mostraba el más puro de los deseos insatisfechos. Gilmore rozó con su pulgar aquellos labios mullidos y ella asintió, como si fuera una promesa de algo que ninguno de los dos podía evitar, aunque fueran captor y presa. Entonces Gilmore hizo algo que apagó su deseo en un instante, en un acto de ternura desconocida para él, dio un beso a Alysa en sus cabellos alborotados.

Gilmore no se reconocía, tal vez cuando hiciera suya a Alysa, volvería a ser el hombre racional y el guerrero disciplinario de siempre.

Alysa sabía que estaba mal, muy mal, sentirse tan atraída por Gilmore, deshacerse entre sus brazos, pero su cuerpo hablaba por ella, incontrolable, jadeaba por sus caricias. Mal porque era su cazador, solo conducía a su presa hacia su muerte. Mal porque, una vez que la hiciese suya, la llevaría hasta Breogán. El gesto tierno de Gilmore dejó a Alysa sumida en una especie de bruma, si fuera el guerrero despiadado del que todos hablaban, sería mucho más fácil.

Llegó el anochecer y acamparon, y Alysa a cada momento se sentía más reticente a escapar, no debía olvidar que iba de camino a su muerte, no podía dejarse llevar por unos besos y caricias robadas. Las tortas de avena que llevaban dos días comiendo se le antojaban un engrudo demasiado seco para que su garganta las dejara pasar, la cerveza llegó hasta ella en un odre y le dio un buen trago, a su lado, Rob, entre Cristina y ella, la observó con censura.

—Si le dais otro trago así, *lady* Alysa, al final de la noche cantaréis chanzas.

Alysa sonrió, le caía bien Rob, en realidad, los mercenarios de Gilmore eran muy diferentes a otros hombres a sueldo que había conocido. Eran leales a su jefe, valientes y educados. En ese momento, Brian eructó con tanta fuerza que se puso rojo como una manzana. Alysa dejó que una carcajada se escapase de sus labios. Demasiado joven, Brian era adorable, con ese cuerpo enorme y desproporcionado no era más que un muchacho. Se encontró con la sonrisa de Gilmore en la distancia, y Alysa sintió un calor apurado. Le quitó a Rob el odre de cerveza, aunque la miró ceñudo, y le dio otro trago, lo iba a necesitar, lo supo en cuanto Cristina frunció el ceño, reprobadora. No podía ser tan terrible que se sintiera a gusto entre los hombres de Gilmore, en su mayoría le caían bien.

Los hombres prepararon el campamento para el frío, tendieron sus

pieles y tartanes, dispuestos a otra noche a campo abierto. Alysa no perdía de vista a Gilmore, esta vez, ordenó que Cristina y ella durmieran juntas. Las últimas noches, Alysa se había hecho pasar por tonta cuando Gilmore echaba sus pieles junto a ella. Sabía que dormía a su lado y, cuando él creía que estaba sumida en un profundo sueño, Alysa se enroscaba en el calor del guerrero al comenzar a sentir las pesadillas. Al llegar el alba, antes de que Alysa abriera los ojos, Gilmore recogía su lecho y disimulaba no dormir a su lado. Nunca se había sentido tan cerca de alguien y protegida en toda su vida. Gilmore levantó la cabeza desde el otro lado del campamento como si supiera que sospechaba de él. Alysa entornó los ojos. Había utilizado muchas veces su astucia como para no ver que Gilmore planeaba algo. Los hombres se echaron en sus lechos provisionales y Alysa seguía teniendo ese mal sabor de boca de que algo no iba bien. El silencio se adueñó del claro, los primeros ronquidos se escucharon. Estaba a punto de decirle a Cristina que no debían seguir adelante con el plan cuando su amiga se incorporó. Ese era el plan, Cristina rodearía el campamento, intentaría escapar, cuando todos fueran tras ella, alarmados, descubrirían que Alysa no estaba con ella. En la distancia, Cristina había hecho otra vez ese gesto de señalar sus ojos y luego los de ella, algo que Alysa no entendía y consideraba tonto, quizá en el futuro significara algo, pero a ella le era indiferente, ¿me miro, te miro? Tal vez Cristina también había dado un buen trago de cerveza.

Alysa, reticente, dejó que Cristina se fuera, y se ocultó tras unos matorrales. A pie, las dos juntas no llegarían muy lejos, a caballo tampoco perseguidas por Gilmore.

Podía escapar lejos mientras Cristina atraía la atención de los hombres, en efecto, sería una traición, ¿pero qué se lo impedía? ¿Cuándo había tenido ella remordimientos? Negó con la cabeza y esperó, el plan de Cristina ya no le parecía tan acertado, no debían depender de que Robert fuera tras ellas, sino buscar su propia salvación. Aun así, se lo debía a Cristina, subiría a la maldita montaña y prendería fuego a la pira de madera, si es que seguía allí. Pero solo una vez, confiaría en que Robert iría tras ellas, y, si no funcionaba, huirían, aunque fuera arrastrándose.

Gilmore esperó con los ojos abiertos, atento a los sonidos del bosque. Se había criado en el campo, entre la montaña y los bosques cercanos a su hogar. Muchos hombres hablaban de su fino oído y su destreza para seguir rastros de hombres incluso en mitad de un bosque, habilidades que le habían servido para sobrevivir.

Escuchó los pasos de Cristina, profundos e indecisos, pasar junto a él. Esperó un poco más. Al otro lado del campamento, no se oía nada. Cuando supo que Cristina se había alejado lo suficiente, dio la voz de alarma, y Rob se levantó al instante con su espada en la mano.

Asintió, conocedores de que las dos mujeres intentarían escapar esa noche. Rob ordenó a los hombres que lo siguieran y en el campamento solo quedó Gilmore. Con tranquilidad, se quedó echado entre sus mantas, con los brazos cruzados tras la cabeza, ahora, como había supuesto, actuaría Alysa.

Pasaron unos minutos, Gilmore cerró los ojos para agudizar sus sentidos. Escuchó a Alysa salir de su escondite. Había que reconocer que era sigilosa al rodear el campamento. Gilmore no acertaba a comprender qué satisfacción encontraba en vencer a Alysa, deseaba ver su rostro al saberse descubierta, como si la traición hubiera sido para con él, algo personal y no un vano intento de huir de su captor. Un segundo después, la oyó correr. Gilmore se levantó, se desperezó al estirar todos sus músculos, aunque la furia hacía que su sangre hirviera en sus venas. Esas dos mujeres lo habían tomado por tonto, y él jamás permitía que nadie lo engañara de tal manera. Cogió su hacha y su *claymore*, colocó la espada en su funda, colgada tras él, y se dispuso a ir a cazar a Alysa Donell.

Alysa solo oía su respiración agitada, seguía un sendero trazado por el ganado hacia la cima, podía ser más largo, pero apenas veía bajo la luz de la luna menguante, era mejor seguir ese camino. Su respiración se tornó en jadeo, a lo lejos, pudo ver las antorchas de los hombres en busca de Cristina en el valle. Todo iba como Cristina había planeado, ¿entonces por qué sentía ese cosquilleo en la nuca?

—Cuanto más subamos, más me costará arrastrarte abajo, Alysa. Hace rato que mis hombres cogieron a tu amiga.

Perdió la respiración en un segundo al oír la voz grave de Gilmore tras ella. Mientras se giraba jadeante, Gilmore, en dos pasos, se situó frente a su rostro. Contuvo el aliento como muestra de orgullo, para que él no viera el miedo que daba verlo allí, con su estatura impresionante, esos ojos casi amarillos brillar a la luz de la luna.

Alysa se acercó a él, nunca había sido demasiado cauta ni sensata.

—Lo sabías, que intentaríamos escapar esta noche, por eso nos dejaste dormir tan cerca. Fui yo, castígame a mí, deja a Cristina.

Gilmore rio, se mesó los cabellos, desesperado, no sabía qué hacer con esa mujer. Sabía que no era cosa suya, pero mantenía lealtad hacia su amiga, lo cual era muy loable y, a la vez, sorprendente en una mujer como ella. Lo que de verdad lo enfadaba era que hubieran compartido besos y esa atracción que Gilmore no sentía por cualquier mujer, era como si Alysa hubiera sido desleal con él, lo hubiera traicionado.

—Y te castigaré, Alysa, créeme —prometió con el hacha al hombro.

Alysa se encogió cuando Gilmore dio un paso adelante e hizo una señal a alguien arriba de la montaña con la hoja de su enorme hacha. Sin dilación una pequeña llama prendió ahí arriba, tras unos instantes,

posiblemente a causa de la brea, una hoguera formidable se formó en la cumbre. Alysa jadeó extrañada.

—Estás llamando a Robert Tormod Stewart a la lucha. —Alysa, sujeta en volandas por Gilmore, comprendió al instante—. Quieres que Robert venga a por su esposa, derrotar sus ejércitos, pero no sabías cómo hasta que Cristina te dio su plan. Siento decepcionarte, Robert vendría a rescatar a su esposa, aunque lo matases en el intento.

—¿Y no a por ti?

Un breve gesto cruzó la mirada azul de Alysa, puede que hacía tiempo aquello hubiera dolido, mucho. Ahora no. Y la verdad es que ni Alysa conocía la respuesta.

—Te matará Robert, acabará contigo y tus hombres hasta que solo seas un recuerdo turbio, Gilmore Cam.

—Puede que, para ti, Alysa, solo sea un mercenario bastardo, de un clan deshonrado, pero jamás evitaré una lucha de honor con Robert. Conseguiré mi oro, y si él se interpone en mi camino, lucharé, no lo dudes, y si tengo que dividir mis fuerzas para ello, lo haré, llegaré a la torre de Breogán con una de mis presas y la mitad de mi paga. Después lo derrotaré, no lo dudes, Alysa. Los Stewart y el rey Bruce acabaron con mi familia, los Balliol, mataron a mi antepasado en una iglesia, en suelo sagrado, y nos condenaron a ser los malvados de Escocia mientras el rey Robert Bruce se coronaba rey de esta tierra. Despojaron a mi gente de sus tierras y los persiguieron. No dejaré que un Stewart gane esta vez.

—Empiezo a pensar, Gilmore, que esto se trata de orgullo y no de oro, ni eres tan codicioso ni tan indestructible. Puede que Robert no me persiga, pero se vengará, Gilmore, por secuestrar a su esposa, y te vencerá, créeme.

Aquellas palabras enfurecieron a Gilmore, Alysa no había negado el dolor que le producía saber lo poco que significaba para su amante. Nadie, ni siquiera esa mujer, podía jugar con él, hablar a la ligera de qué podía y qué no podía hacer Gilmore Cam.

Gilmore tironeó del brazo a Alysa, de nada sirvió la queja de ella ante su agarre, cuando descendió la montaña que tanto le había costado ascender, casi a rastras. Hacía mucho tiempo que Alysa no temía la ira de un hombre, en los ojos de Gilmore había odio, y rabia, y todo dirigido hacia ella.

Alysa miró una vez más hacia la parte superior de la colina, cuando llegaron abajo, el fuego ardía como un faro allí arriba, el llamamiento a los ejércitos de los Stewart. Una estratagema para distraer a Robert.

Capítulo 15



Robert había conseguido levantarse la noche anterior, a pesar de los lamentos de Angus y su primer guardia, Stephen. La curandera afirmó que no volvería a utilizar sus sanaciones con él nunca más, por mucho que su esposa suplicara. A Robert le daba exactamente igual, lo único que le importaba era recuperar fuerzas, había ordenado que le subieran comida tras comida, bebida, todo con tal de recobrar su vitalidad y partir en busca de su esposa. Cristine.

Angus estaba sentado con sus hijos junto a la ventana, enseñaba a sus pequeños a jugar al ajedrez mientras Stephen preparaba a sus hombres. La noche era clara, las estrellas brillaban en el cielo a pesar del frío, la luna estaba menguada, su hijo mayor se reía cuando Angus le dijo que un día un hombre caminaría por el astro. Su hijo pequeño tosió, esa carraspera que lo acompañaba desde hacía semanas, Cristina, cuando sucedía, no se apartaba de él, temiendo cada vez que se contraía por la tos enfermara de gravedad.

Estela pidió permiso para entrar, sus aposentos se habían convertido en el centro de reunión. No esperó a que le contestaran, sino que se acercó a Angus y los niños. Robert gruñía de mal humor, se consumía con las horas que tardaba en recuperarse, luchando contra el tiempo, sabía que Cristina dependía de él, ¿y qué hacía él? Dar vueltas a esa estancia. Por lo menos su esposa estaría tranquila de que Angus estuviera con los niños, ella confiaría su vida a aquel descendiente de ambos, en lugar de calmar su espíritu, miró con insidia a Angus. No podía evitarlo, el pensar que Cristina pudiera sentir tanto afecto por un hombre que no fuera él.

Su hijo pequeño, Tormod, tosió de nuevo, Robert estaba a punto de desesperarse cuando Estela y Angus murmuraron algo. Estela sacó de su bolsillo un extraño aparato azul y lo acercó a la boca de su pequeño.

—¿Qué le haces a mi hijo? —gritó Robert.

Se encontró con el agarre de la mano de Angus entre la mujer y él.

—Déjala, Robert, solo queremos probar algo, Estela tiene una enfermedad, asma, cree que las toses de Tormod pueden tratarse con la medicina que contiene.

Robert miró la mano de Angus, a punto de golpear su rostro. Si

Cristina confiaba en Angus, si estuviera allí, los dejaría probar, ellos no harían nada que dañara al hijo de ella. Robert asintió con desagrado sin entender cómo podía estar hecha una medicina de aire.

Su hijo mantuvo los ojos expectantes, Estela acercó la boca del aparato a la del pequeño y sujetó su nuca con infinita ternura.

—Ahora, Tormod, notarás que te sopla dentro, como si el viento estuviera aquí escondido —explicó Estela con una sonrisa.

Su hijo asintió y se dejó hacer. Estela apretó el aparato y un susurro escapó hacia la boca del niño. Todos, incluso su hermano, miraron a Tormod con curiosidad. El niño, al principio, se había asustado, abrió y cerró la boca varias veces, para luego sonreír.

—¡Padre! El aire me hace respirar más, mira.

Su pequeño inspiró llenando sus pulmones y Robert suspiró.

—Es común en nuestra época, esto es un inhalador, Estela lo compartirá con él unos días y mejorará, confía en mí —susurró Angus. Comprendía la frustración, la ira de Robert, su desesperación, y sabía que nada lo detendría a la mañana siguiente de salir tras Cristina.

Robert intentó recobrar la calma, no servía de nada desquiciado como estaba. Fue a cerrar la ventana, para asegurarse de que su hijo no se enfriaba, pero lo cierto es que su tos se había aliviado un poco. Angus y Estela jamás harían daño a sus hijos. Se sentía tan egoísta por criarlos en este siglo, otros hijos e hijas que pudo tener se perdieron en los siglos o murieron, jamás perdería a la única familia que había conocido. Entonces lo vio, en la distancia, un resplandor quebrando la oscuridad del cielo escocés, parpadeó varias veces atónito. En la lejanía, entre las montañas, en la cumbre, ardía algo. Sus hombres, en las almenas, debieron verlo también y escuchó la voz de alarma.

Tal vez Angus le preguntara mientras se iba qué era aquello, pero Robert ya estaba de camino a las torres. Salió a las almenas y observó en la lejanía el fuego. Alysa, tenía que ser ella, conocía el secreto y hacía al menos cincuenta años que los hombres de Bruce estaban muertos. Solo unos pocos sabían del secreto de la Cruz Ardiente del rey Bruce, cómo llamaba a sus ejércitos a la lucha desde cada lugar de Escocia.

Angus lo había seguido escaleras arriba y ahora estaba a su lado.

—Esta noche, Angus, cumplirás tu sagrada misión como mi descendiente. Te quedarás a cargo del castillo Stewart, de Roca del Cuervo, y su protección. Defenderás a mis hijos con tu vida.

En ningún momento Robert lo había mirado al pronunciar esas palabras cargadas de significado. Se giró hacia él, Robert cogió sus hombros y esperó.

—Te lo juro, Robert, cuidaré de nuestro legado y nuestra familia.

Robert asintió conforme e hizo una breve reverencia, el único signo de respeto que Angus había visto de él desde que lo conocía. Angus no

tuvo tiempo de añadir nada más, Robert bajaba las escaleras mientras bramaba órdenes a sus hombres. Ni siquiera esperaría al amanecer. Que el cielo se apiadara de quien se cruzara en su camino en busca de Cristina. Ella lo había llamado y Robert acudiría sin dudar.

Capítulo 16



Alysa esperaba el momento en que Gilmore descargara de verdad su ira contra ella, esperaba golpes, gritos, quizá la entregara a sus hombres como castigo, o la mataría allí mismo mientras atravesaban el poco trecho que los separaba del campamento. Gilmore ni siquiera miraba hacia atrás, solo arrastraba su brazo. Alysa trastabilló varias veces y él ni se inmutó. La luna iluminaba su camino, Alysa no pudo evitar tropezar con un tronco, por un instante, Gilmore Cam soltó su mano y se giró de forma violenta a mirar a Alysa, tendida en el suelo.

Retrocedió aterrada, los ojos de Gilmore estaban endemoniados, su rostro contraído, la mandíbula tensa. Se inclinó ante ella y Alysa huyó hacia atrás de nuevo. Esperó. No era el primer hombre que imponía su fuerza física en su contra. En lugar de levantar su mano contra ella, Gilmore tendió su brazo, remangada la camisa, la tensión marcaba cada vena y músculo de su poderoso brazo. Su mano de guerrero, grande y llena de durezas a causa de practicar con la espada, estaba ante Alysa.

Sorprendida, cogió su mano, Gilmore tiró de ella para levantar su cuerpo como si fuera una pluma y volvió a coger su brazo. Esta vez, más suave, redujo la velocidad y, a veces, incluso se giraba para ver que estuviera bien.

Para cuando llegaron al campamento, los hombres de Gilmore les esperaban en círculo, rodeaban a Cristina. Alysa vio las miradas de conmiseración de todos sin entender qué ocurría. Miró su vestido, desgarrado por las ramas, sucio de barro y hojas secas. Restos de ortigas en las manos. Se tocó el cabello enmarañado, al pasar la mano por su rostro, sintió los rasguños que las ramas habían hecho en su piel.

—¿Qué le has hecho? Eres un animal, Gilmore Cam —gritó Cristina.

Los hombres dejaron que fuera al encuentro de Alysa al abrir el círculo en el cual se encontraba. Gilmore no entendía las miradas de reproche de Rob, Brian y Mortag, el resto de los hombres ni siquiera se atrevían a levantar la cabeza, pero pudo ver algún gesto de desagrado. Desconcertado, miró a Alysa, entonces, a la luz de las

hogueras, comprendió lo que pensaban todos, que había golpeado a la mujer, desde luego, su aspecto era terrible. Alysa entendía tan poco como él, era fácil imaginar una sonrisa sarcástica de ella, pero su gesto no se movió un ápice. ¡Que se fueran al infierno! ¡Todos! Si ellos también querían creer que era un demonio, que lo creyeran, se había acabado la compasión con las prisioneras. Iba a hacer justicia a su fama.

Capítulo 17



Alysa observaba en silencio los preparativos de los hombres de Gilmore, había cumplido su amenaza y Cristina y ella habían pasado la noche atadas las muñecas la una a la otra, los tobillos también, con lo cual otra tentativa de escapar hubiera provocado la mofa de todos. Ni siquiera podían ir a aliviarse sin avisar a alguno de los guerreros, así que Alysa se pasó el resto de la noche llamándolos, le hacía gracia sus rostros contritos porque pensaban que Gilmore la había azotado o algo peor.

Estuvo a punto de llamar de nuevo la atención de Brian que pasaba por allí en ese momento.

—No, Alysa, por todos los cielos, deja de incordiarlos —suplicó Cristina—. Si es cierto que Gilmore no te ha hecho nada, te lo hará si sigues picando a todo el mundo.

—Podía habérmelo hecho, yo lo esperaba —susurró Alysa pensativa, al dejar que Brian pasara sin increparlo—. Otro hombre hubiera estallado de ira, te aseguro que vi en su rostro cuánto se contenía…

—¿Y a dónde llegas con todas tus hipótesis? ¿Por qué no te castigó Gilmore?

—¿Mis qué? Parece el nombre de un perro, duende, no uses ese lenguaje conmigo.

Cristina miró al cielo, Alysa era imposible, incluso cuando no sabían cuáles eran las intenciones de su captor era ácida como un limón. Seguro que sabía lo que era una hipótesis, refunfuñó para sí misma Cristina.

—Me molesta mucho, Alysa, nunca sé si hablas en serio o no, si mientes o dices la verdad.

Alysa sonrió para sí misma.

—¿Y dime, duende, preferirías a tu lado a una cansina y llorona, que se dejara amilanar? Contestaré yo, no, Cristina, por eso estabas como una fruta marchita en tu enorme castillo, con tu marido perfecto, tus pequeños lores, tus criadas displicentes… Sí, señora, no, señora, lo que digáis, *lady* Cristina, dejarme que os alabe más, os lo suplico, *milady*…

Cristina acabó riéndose, tironeó de la cuerda que unía sus tobillos

para que Alysa parase. Sin embargo, la risa cesó por completo cuando vieron unos pies frente a ellas. Levantaron la mirada, Gilmore Cam había venido a dictar su castigo al fin. Desde luego, su mirada era de enfado.

—Desatad a las mujeres —fue solo una orden directa, acatada con prontitud por los dos hombres más cercanos a ellas. Cortaron las sogas con sus dagas e hicieron que se levantaran.

Alysa temía hasta parpadear, tal vez Gilmore había olvidado que aún tenía su daga escondida y que no la había utilizado para desatarse, o pensó que no tendría valor para intentar huir. Sus ojos se clavaban en ella, la mandíbula tensa, los puños cerrados. Alysa se enderezó, irguió los hombros, no demostró su miedo. Mucho se temía de las intenciones del guerrero, había visto como las provisiones se repartían, las armas, los hombres se miraban expectantes. Iban a separar a ambas y a sus ejércitos.

—*Lady* Cristina irá contigo, Rob. Partís enseguida.

Rob no protestó, miró a Cristina con resignación, que no le gustaba su cometido era evidente.

—No volveremos a intentar escapar, Gilmore Cam, yo…

—Cristina, sois una mentirosa, las dos lo sois. No tiene nada que ver vuestro torpe intento, esto estaba ya planeado. Si vuestro marido viene en nuestra busca, aseguraremos que una de las dos llega a su destino. Confundiremos los rastros de las dos partidas y separaremos a su ejército, le tenderemos una emboscada a la orilla del lago y, creedme, lo venceré.

Alysa se sentía incómoda con la mirada ámbar de Gilmore sobre ella, hablara con quien hablara, solo se dirigía a ella con esos ojos amenazantes.

—¿Alysa? —indicó Gilmore con una mano, mostrando el camino que debía seguir hacia su montura.

No protestó ni miró el rostro de Cristina, separaba a ambas porque Gilmore sabía que tenía más posibilidades de llegar al norte si lo hacían en dos partidas. Robert iría tras Cristina sin dudar, pero primero debía saber en qué grupo estaba su esposa, quizá cuando ya fuera tarde. Gilmore, a pesar de todo, alcanzaría la torre de Breogán con uno de sus premios si algo sucediese. Además, Alysa sabía de la astucia de Gilmore, nunca se fiaría de Breogán hasta que le entregase su oro por cumplir la misión.

Alysa ni siquiera preguntó, oyó a Cristina gritar algo mientras partía con gran parte de los hombres de Gilmore. Tal vez no volvieran a verse nunca, pero no era el momento de mostrarse débil, arrastró con la manga del vestido aquella impertinente lágrima que corría por su mejilla y alzó la barbilla, preparada para aquello que Gilmore tuviera dispuesto para ella. Quizá la presencia de Cristina todos estos

días había mitigado el temor ante lo que esperaba a Alysa, ahora, sin su amiga, todo sería más difícil. Existía la posibilidad de que la echara de menos un poco.

Partieron más tarde, tras ver como la comitiva se alejaba de ellos hacia el norte. Alysa permaneció allí, sentada en la misma roca en que Cristina y ella habían trazado aquel estúpido plan. Gilmore Cam era astuto, si Alysa quería sobrevivir a él, tendría que ser más cauta y lista. Esperaron una hora, siguió la dirección del sol, se dirigieron hacia el noreste, con un ritmo tranquilo que sorprendió a Alysa, fueran donde fueran, debían de estar cerca. Era muy incómodo montar con Brian, tras él, porque el muchacho no podía hacerse con las riendas con ella delante. Alysa sintió cada respingo del caballo y su trotar, anheló de una manera vergonzosa volver a los brazos de Gilmore y a su montura. A veces notaba su mirada sobre ella, esa ceñuda expresión que ahora le dirigía todo el rato, vigilante.

—¿Dónde vamos?

Silencio. Solo el rumor del viento se oía entre los hombres. Alysa observó el lugar por el que pasaban, un estrecho desfiladero por una montaña. Los caballos redujeron la marcha casi al paso. Alysa solo podía ver la gran cabeza de Brian y parte del caballo de aquel que los precedía, si se giraba, podía ver a Mortag, que hizo una señal con el índice para que se mantuviera en silencio. Señaló a las cimas de las montañas, enemigos pareció querer decir.

—Ladrones —susurró con los labios.

Alysa sonrió. Siempre que alguien hacía ese gesto para mantenerse en silencio en su presencia, sentía deseos de gritar, ¿por qué no?, ¿qué podía pasar, que la mantuvieran cautiva? Ya lo estaba. Refunfuñó para sí misma, pero guardó silencio, poco dada a la obediencia, en los últimos días, había tenido que someter sus instintos, primero, por Cristina, y luego, bueno, en realidad, no sabía por qué. En una curva, se asomó por un lado del robusto cuerpo de Brian y vio que ya descendían la montaña, al menos la tortura de su trasero cesaría pronto.

Fue al tocar el comienzo del valle cuando Mortag, a su espalda, emitió un gruñido, Alysa se giró, al igual que Brian y los demás. Entonces las flechas comenzaron a caer desde unas rocas, una lluvia de saetas que, sin resguardo, se clavaron en el lomo de su caballo. Por un momento, Alysa pensó si no serían hombres de Robert, enseguida sus esperanzas se desvanecieron, llevaban ropas maltrechas y arcos muy rudimentarios. Las continuas guerras por el trono escocés habían dejado a su paso mercenarios que ya no tenían oficio y malhechores. Brian asía las riendas de la montura en la que los dos permanecían, estaba a la espera, sin saber qué hacer, el resto se organizaba en círculo mientras Gilmore daba órdenes de agruparse. En la distancia,

Alysa vio como Gilmore buscaba su rostro entre todo el tumulto de caballos y jinetes, por un instante, Alysa vio el miedo en sus ojos hasta que ella, en un intento de que supiera su posición, espoleó el caballo de Brian. El muchacho casi cae desprevenido con el brusco movimiento, pero Alysa consiguió que se acercaran a Gilmore. Detrás de la roca más cercana, salió uno de sus atacantes con el arco, una flecha preparada, tensa la cuerda. Alysa se dio cuenta enseguida de qué pretendía, iba a disparar contra Gilmore que, distraído le daba la espalda. Alysa volvió a azuzar su caballo con los talones para que se interpusieran entre el forajido y Gilmore.

Fue un error. El caballo pareció decidir él solo darse la vuelta y situarse entre el bandido y Gilmore, dejando a Alysa desprotegida. Alysa sintió como la flecha se clavaba en su hombro, rasgaba algo dentro de ella y, por alguna razón, no se desmayó, se miró el hombro, asombrada. De entre las ropas, salía una punta de flecha oscura y de filo amenazador. Como si hubiera constatado que habían acertado en el blanco, el dolor desde su hombro se dispersó por todo el brazo. Sentía que algo negro la arrastraba a un pozo oscuro. Antes de perder la consciencia, sintió unos brazos poderosos atrapar su cintura. Alysa sonrió, segura de que era Gilmore Cam, demasiado preocupado por perder su oro si ella moría.

Alysa no despertó en la lucha que siguió, tampoco en el corto trayecto hasta la fortaleza, a pesar de que después recordaría el dolor insufrible.

Gilmore avisó a Mortag de que se marchaba con la joven al ver que sus enemigos eran cuatro tristes ladronzuelos, que los habían pillado por sorpresa al atacar desde unas rocas. Sus hombres no tendrían problemas en someter a esos incautos, la orden era que no quedara ninguno vivo si no juraban lealtad a Gilmore, era así como habían ampliado su ejército, siempre que esos hombres respetasen las normas, si no aceptaban, sí que estaban en serios apuros.

Gilmore se juró a sí mismo que, cuando acabara la misión de entregar a Alysa a Breogán, organizaría una partida para limpiar las montañas de forajidos, algo que tenía que haber hecho hacía ya mucho tiempo. O esos hombres se unían a él o morían, tan simple como eficaz.

Al alejarse de la refriega, tomó conciencia de lo pálida que estaba Alysa, sujetaba a la muchacha en su regazo, inconsciente aún.

—¿Cómo has podido ser tan irresponsable, Alysa? —murmuró Gilmore para sí mismo. ¿Qué tenía esa mujer, diferente al resto, capaz de enojarlo, provocarlo e incitarlo de tal manera? Miró su rostro plácido contraerse al sentir dolor, sus mejillas eternamente sonrojadas, ya fueran por el frío o por el calor, sus hermosos labios de formas perfectas y sus dulces pecas dispersas por la nariz y bajo los párpados.

Alysa parecía tan distinta cuando dormía al tener esos poderosos ojos azules cerrados, con ellos podría llevar a Gilmore al infierno e ir contento mientras ardía en mil años de fuego. Al dejar a Mortag, sus órdenes habían sido claras, eran amigos casi desde niños, junto a Rob. Juntos habían luchado, se salvaron varias veces a lo largo de los años unos entre otros, e, incluso, habían competido entre ellos como un sano entretenimiento. Eran su familia, Rob y Mortag lo conocían como nadie, tal vez por eso Mortag, cuando le dijo dónde se dirigía con Alysa, no quiso creerlo. Su rostro de incredulidad fue tal que Gilmore tuvo que confirmárselo con un asentimiento. En efecto, llevaba a Alysa a su hogar, su lugar sagrado y desconocido para el resto del mundo, donde era *laird* de su propio clan de desheredados y señor de sus propias tierras. El sitio que ocultaba a sus enemigos, lo único que podía perder.

Capítulo 18



Alysa se cobijó entre las mantas calientes, sintió el blando colchón bajo ella y suspiró de puro gozo, hacía días que no dormía en una cama, amparada por el calor de… un pesado brazo sobre su cintura.

Despacio, abrió los ojos para enfrentarse a la claridad de una vela junto al lecho. Miró hacia su cintura y vio su brazo derecho entre vendas y una tela que lo sujetaba a su cuerpo. Debajo, a la altura de la cintura, una enorme mano sobre su estómago, Alysa movió la cabeza para ver la muñeca desnuda y luego el brazo. No podía girarse más sin descubrirse despierta. Alguien había curado su herida, aún recordaba esa insolente punta de flecha atravesada en su carne y, con vergüenza, pensó que se había desmayado al notar su piel desgarrada. Miró frente a ella, los aposentos en que se encontraba tenían que ser de una fortaleza, los muros de piedra oscura, una gran chimenea con el fuego avivado. Alysa sentía el calor del hogar en oleadas sobre la piel de su rostro. Junto al lecho, un baúl de hermosas formas y ricos adornos permanecía abierto.

Alysa no tenía la menor idea de dónde estaba. Iba a girarse cuando notó sobre la piel del cuello la respiración de él. No tenía duda de que esa mano llena de cicatrices era de Gilmore, pero ¿qué hacía con ella en el lecho? Alysa había resultado herida y él la había llevado a algún lugar a curar. La pesada respiración de Gilmore calmó un poco el dolor que Alysa sentía en el hombro, su pelo estaba recogido entre las mantas y tenía el cuello expuesto ante él. Alysa se deleitó con ese dulce soplido sobre la nuca, hacía mucho que nadie atrapaba su cuerpo de esa manera tan despreocupada, la intimidad de un hombre dormido a su lado. Aquello no podía durar para siempre, por la ventana, empezaron a entrar los primeros rayos de claridad y Alysa adivinaba por el sonido que había comenzado a llover. En algún sitio, se oía el rumor de conversaciones y el caminar de pies por un corredor. Entonces el aliento de Gilmore se acercó más a ella. Alysa solo llevaba una fina camisola y sintió el cuerpo caliente del guerrero pegado al suyo. Alysa adivinaba que su torso estaba desnudo al notar cada músculo del guerrero contra su espalda. Gilmore tenía una constitución poderosa, así cobijada en su cuerpo se sentía muy

pequeña. Él acercó su cadera, y Alysa sintió otra cosa, la poderosa erección contra su trasero, debía de llevar unas simples calzas, a juzgar por las débiles barreras entre ambos.

—¿Cómo te encuentras, *mo nighean*?

Alysa suspiró por sus palabras cariñosas, «muchacha». Sabía que si se giraba se encontraría con esa mirada de color ámbar, se sentía tan débil que suspiró hondo e intentó girar su cuerpo. El dolor que atravesó su brazo fue tan intenso que volvió a caer sobre las mantas. Gilmore se movió, llevándose con él todo el calor que Alysa había atesorado, como si ella fuera una pluma, giró su cuerpo hasta que Alysa quedó bajo él, encerrada entre sus brazos. Gilmore, sobre ella, sosteniendo su peso con esos brazos desnudos, buscó su mirada.

—Contesta, Alysa.

—Estoy bien, Gilmore, duele un poco —se quejó con un puchero, más por la situación en que se encontraba que por sus heridas—. ¿Dónde estamos? ¿Y qué hacemos juntos en un lecho?

Gilmore sonrió, Alysa admiró aquel hermoso rostro, capaz de parecer mucho más joven de lo que era con un simple gesto. Sin querer, levantó el brazo bueno y acarició las débiles arrugas que surcaban sus mejillas al sonreír de ese modo. Alguien debía de haberle dado alguna extraña medicina que hacía que se sintiera débil y mareada, porque Alysa entreabrió los labios, anhelaba un beso de Gilmore. Sus rostros tan cerca, apenas vestidos, habían pospuesto demasiadas veces esa atracción que ambos sentían. Alysa sentía sus pechos rozar la piel desnuda de Gilmore, su respiración se hacía pesada y estos tocaban su torso.

Gilmore suspiró cuando sintió la dureza entre sus piernas al rozar a Alysa y, con un quejido, se separó de ella muy a su pesar.

Alysa no se equivocaba cuando pensó que estaba casi desnudo, sin pudor alguno, Gilmore se levantó y fue hasta un cubo con agua, mostró con ello su firme trasero. Se mojó la nuca y evitó mirarla, cosa que Alysa agradeció, pues su rostro ardía de vergüenza.

Gilmore hubiera hecho el amor en ese mismo instante a Alysa, su olor, el calor de su cuerpo, su piel, todo era para él una tortura, dormir al lado de esa mujer era un infierno para su cordura. No podía tocar a Alysa, lo había salvado de aquella flecha que lo hubiera matado, estaba herida por ello y no acababa de comprender por qué se había interpuesto entre el arquero y él. Gilmore miró a Alysa, sus labios temblorosos, necesitaba descansar, curarse… Y él iba a morir igual, porque las brasas del infierno ardían bajo sus calzones, erecto como una columna en cuanto Alysa parpadeaba. Por ello se había levantado de la cama, porque si comenzaba a besar sus mullidos labios, no habría vuelta atrás, la haría suya una y otra vez.

—Estamos en mi casa, necesitaba un sitio al cual llevarte para curar

tus heridas.

Alysa parpadeó ante la respuesta tardía. No entendía por qué Gilmore había salido corriendo del lecho.

—¿Tienes hogar? Me dijiste que lo quemaron tras las guerras de sucesión.

No pretendía ofenderlo, pero Gilmore emitió una carcajada de burla.

—Soy un bastardo, pero hijo de un gran señor, he tenido siempre techo sobre mi cabeza, Alysa. Te lo dije, mi desgracia es llevar el apellido de los Balliol, los enemigos de la Corona.

Alysa intentó incorporarse y Gilmore avanzó dos pasos que cubrieron la estancia. Con delicadeza, ayudó a que se incorporara y preparó bajo ella las almohadas de plumas. Ambos se miraron y él volvió a apartarse. Alysa evitó su cuerpo desnudo, observó los aposentos, no eran excesivos, algo espartanos, apenas estaba el baúl que ya había visto y, en un extremo, estaban sobre una mesa el *cotum* de cuero de Gilmore, su espada y sus dagas, el arco se apoyaba en la pared junto a dos sillas colocadas frente al fuego de la chimenea.

—Lo siento, Gilmore, no pretendía ofenderte, me ha sorprendido que tuvieras un hogar, yo no lo tengo, creí que vivías en el norte con los infinitos.

—No siempre estaré a su servicio, cuando tenga suficiente oro, pienso retirarme con el permiso del rey aquí. Conseguiré el favor del rey David, el hijo de Bruce.

—¿Dónde estamos, entonces?

Gilmore suspiró contrariado.

—Sigues siendo una prisionera, Alysa. No puedo decirte la posición del castillo.

Él nunca le diría dónde estaban, no quería que escapase, ahora que Cristina no estaba, nada se lo impedía en cualquier momento.

—Intentaré no olvidarlo —contestó Alysa con tono amargo.

—Avisaré a Margaret, ella se ocupará de tus necesidades y de avisar a la curandera para que cambie tus vendajes. —Gilmore se puso una camisa y unos pantalones de paño despacio, lo que pareció a Alysa un milenio en lugar de un instante.

Alysa observó su simple indumentaria, tan lejana a la del guerrero al que había conocido, estaba diferente, más humano y tremendamente atractivo con el pelo revuelto.

—Una cosa, Alysa, la gente que vive conmigo, mi gente, son buenas personas, no saben quién eres y, cuando te recuperes, no quiero que les hagas daño.

—Tranquilo, intentaré no asesinar a ninguno, y, cuando me recupere, me llevarás ante Breogán, es eso, ¿no? ¿Y Cristina, dónde está?

Gilmore no contestó, frunció el ceño enfadado. Alysa no iba a hablar con medias tintas, ni iba a cambiar ahora su forma de proceder. Una vez que él salió de los aposentos, Alysa contuvo una lágrima, ¿que no hiciera daño a su gente? ¿Tan cruel creía Gilmore que era? Aquella gente solo tenía que cuidarse de no hacerle daño a ella, mientras eso fuera así, nadie saldría herido. A saber las cosas horribles que habría contado a su gente sobre ella.

Alysa se dio cuenta de que Gilmore no solo buscaba el oro como sospechaba, sino mantener su castillo y su gente, el perdón que los infinitos podían conseguirle del rey David. Unos débiles sonidos en la puerta avisaron a Alysa que alguien iba a entrar, se cubrió con las mantas como pudo, con la poca movilidad que ofrecía su brazo herido. Una cabeza de rizos pelirrojos asomó por la puerta, unos ojos enormes color avellana miraron a Alysa con curiosidad.

—Soy Margaret, señora.

Tras esa breve presentación, Margaret entró en las habitaciones, seguida de una anciana encorvada. A juzgar por la bolsa de cuero que llevaba, era la curandera. Ambas sonreían y, mientras la anciana se apoyaba en la cama y comenzaba a colocar ungüentos sobre las mantas, Margaret se acercó a Alysa con una jarra de agua.

—Alysa —atinó a responder—. Nada de señora, no me llaméis así, por favor.

—Me alegro de que hayáis despertado, Gilmore estaba muy preocupado por vos, Brian me contó lo valiente que fuisteis, salvasteis a nuestro señor. Brian es mi hermano.

Alysa miraba con sorpresa a Margaret, con una sonrisa en el rostro, recogía la habitación. La delicadeza de Margaret nada tenía que ver con la tosquedad de Brian, lo único que compartían como hermanos era el pelo rojizo. Margaret se acercó a ella y acomodó las mantas, ayudó a que se sentara con las piernas colgando de la enorme cama de Gilmore.

—Dana es muy anciana, su espalda no es lo que era y no llegará hasta vos si estáis tumbada, sé que os duele, pero debemos ver si ha cerrado bien la herida, cambiar los vendajes.

Alysa observaba a ambas, estaba tan acostumbrada a la rudeza de los demás cuando sabían quién era que aquella amabilidad la pilló desprevenida. Se prestó a todo lo que aquellas mujeres le indicaron. Dana la miraba con un brillo de sonrisa en los ojos.

—Sois quizá más anciana que yo —susurró la curandera en su oído con una risilla—. No te preocupes, niña, he visto más como tú. Aquí estarás segura.

La anciana guiñó un ojo y Alysa se sintió a salvo, si la curandera aceptaba quién era, no tendría que temer que intentara provocar más dolor en ella o desear que muriera. Alysa se sorprendió de que, a pesar

de que la curandera conociera su condición, estuviera sanando sus heridas con tanta delicadeza. Margaret agarró su muñeca para que no moviera el brazo. Con una discreción digna de una reina, miró su piel llena de cicatrices, de la marca dejada por el fuego cuando su clan borró las dos serpientes.

—Dana, deberíamos llamar a uno de los guardias para que nos ayude a sujetar su brazo. Alysa, dolerá, pero es importante que Dana compruebe que no hay resto de la punta de flecha en la herida y que no hay infección.

—No hay cuidado, Margaret. Dana, no moveré el brazo.

La anciana asintió con una sonrisa preocupada y tomó su cuchillo a fin de limpiar los restos que aún quedaban de suciedad. Con destreza, vertió un líquido que Alysa enseguida reconoció como *whisky*, había oído que limpiaba las heridas.

Tras el muro, cerca de la puerta para oír qué hablaban las mujeres, estaba Gilmore, apoyado en el dintel con las piernas cruzadas. Sonrió cuando Alysa se mostró fuerte y frunció el ceño cuando no oyó sus quejidos. Gilmore se encontraba allí no porque temiera a Alysa, sino para asegurarse de que las dos mujeres estaban seguras a su lado.

—¿Y Brian, cómo está? —oyó susurrar a Alysa, la voz ronca por el dolor.

—¡Oh! Es demasiado joven y tonto, mi hermano se arrepiente muchísimo de vuestra herida, Mortag lo regañó duramente porque permitió que os pusierais en peligro.

—¡No, no! Es un buen muchacho, a veces soy un poco difícil.

La risa cantarina de Margaret resonó en la estancia.

—Gilmore dice lo mismo cuando deja escapar ese genio suyo.

Un gruñido alertó a Gilmore, asomó la cabeza y, lo que vio, consumió su alma. Dana había abierto la herida de nuevo y Alysa sangraba otra vez. Esa mujer era valiente, Alysa permanecía con el brazo estirado, Margaret sujetaba su muñeca, no hacía falta, no movía un ápice el hombro que Dana curaba. Su gesto expresaba dolor, sin embargo, al verlo en la puerta, volvió el rostro contra las mantas. Alysa no pudo ocultar su mano cerrada con tanta fuerza que se podían ver los nudillos blancos.

—*Nighean* —susurró a su lado Gilmore. Se sentó cerca de ella en la cama, conmovido por el dolor de Alysa.

Alysa se asustó al sentir su voz tan cerca, Gilmore tomó el relevo de Margaret al sujetar su brazo.

—Grita, Alysa, si lo necesitas.

Negó con la cabeza mientras las lágrimas perlaban su rostro, escondido entre las ropas de la cama. La tortura parecía no acabar jamás, sentía la punta del cuchillo en la piel, Dana debía haber calentado la hoja al fuego, porque el dolor para Alysa se tornó

insoportable. Olía a piel quemada y Alysa temió desmayarse otra vez. Solo la fuerza con que Gilmore Cam sujetaba su brazo mantenía su consciencia atada a aquel lecho.

Dana dijo algo, entre Margaret y la anciana vendaron su brazo, Alysa sintió tanto alivio que no escuchó como Gilmore soltaba su mano y se marchaba.

—¿Estás bien, Alysa? —preguntó Margaret mientras apartaba el cabello pegado a su rostro por las lágrimas.

—Creo que sí —afirmó dubitativa—. Os lo agradezco mucho a las dos.

Alysa temía hasta parpadear, incrédula cuando aquellas dos mujeres lavaron su rostro y ayudaron a que se incorporara. Habían traído para ella un vestido, algo anticuado, de largas mangas anchas, de color rojo oscuro, tuvieron mucho cuidado al ayudar a ponérselo. Margaret hizo que se sentara en una butaca frente al fuego y cepilló su pelo con suavidad. Dana hizo que bebiera un delicioso caldo y Alysa se sintió mimada después de mucho tiempo.

—Muy pronto podrás salir, Alysa, recupera fuerzas y daremos un paseo si es que deja de llover —sonrió Margaret—. Debo continuar con mis tareas, Dana y yo te dejamos sola, sería conveniente que descansaras, ella puede prepararte unas hierbas para dormir.

¿Salir? De todo lo que había dicho Margaret, esa palabra hizo que abriera los ojos confundida. Tras cepillar su cabello, Alysa estaba a punto de quedarse dormida y esa simple palabra hizo que espabilara en un instante.

—¿Puedo salir de estos aposentos?

—Sí, claro, en cuanto tengáis fuerzas.

—¿Lo ha dicho Gilmore?

Margaret, desde la puerta, no entendía qué quería decir Alysa.

—¡Claro, niña! ¡Ni que fueseis una prisionera! Gilmore ha dejado un guardia en la puerta por si deseáis bajar a almorzar más tarde, avisarle y nos buscará a alguna de nosotras. —La puerta se cerró y Alysa permaneció unos instantes con la mirada fija en la madera. ¿Ni que fuese una prisionera? Es que lo era. Gilmore no había mentido, aquellas gentes no sabían quién era ni la preciada porción de oro que representaba para Gilmore Cam.

Capítulo 19



Cristina no cesaba de mirar hacia atrás, a medida que seguían camino del norte, estaba más preocupada. ¿Y si Robert estaba gravemente herido? Habían pasado cinco días y no había señales de él. Había logrado engañar a Rob y dejar pequeños trozos de su capa prendidos en las ramas como rastro, esperaba no haberse arriesgado en vano. Se detuvieron en un bosque de largos troncos de árbol y altas copas, seguían el recorrido del lago y acamparon junto a la orilla, la sombra de los árboles no dejaba pasar los rayos de sol, Cristina recordó los bosques junto a Roca del Cuervo, los densos y cuajados de maleza de este siglo. El suelo que olía a humedad y el aire cargado de olores a romero, brezo y buganvillas. Ansiaba volver a su hogar con Robert, ahora no comprendía esos días de insomnio ni esa sensación de intranquilidad, tal vez aún no se había acostumbrado a esa etapa oscura de la historia. Había tenido tiempo de pensar en muchas cosas y apreciar muchas más de su vida con Robert y sus hijos, a su clan y sus rutinas. Resultaba curioso que, cuando lo había perdido todo, comenzara a añorar lo maravilloso de su vida allí. Tenía mil proyectos para mejorar la vida de su clan, si lograba volver con vida, llevaría a cabo todos. Echaba de menos la sonrisa de Robert, incluso sus enfados, y su rostro, encontrarse en cualquier rincón y besar sus labios. Cristina se cogió las piernas, pensó en lo tonta que había sido al no aprovechar su felicidad y apoyó la barbilla en sus rodillas pensativa, apenas podía moverse. Rob no había desatado sus manos desde que se separaran de Alysa y Gilmore, y cada vez sentía la piel más desgarrada por las marcas en sus muñecas. No podía culpar a Rob, dos veces había intentado escapar desde que se separaron de Alysa.

—No quiero tener que ataros a un árbol, *lady* Cristina —dijo al verla allí sentada sin más ocupación que mirar hacia el lago.

Rob tenía una eterna ceja levantada cada vez que hablaba con ella. Cristina se deslizó al pie de un árbol, sobre la hojarasca, para apoyar la espalda dolorida por el tiempo a caballo. Se sentía sola, echaba de menos a Alysa, cosa que nunca se imaginó, su forma de hacerla sonreír y hacer que se sintiera despreocupada, aunque su destino fuera terrible. Intentó pensar qué haría Alysa en tal situación, Rob no le

había hecho daño alguno, se preocupaba por su comodidad, aunque desconfiara de sus actos, el resto de los hombres tenía prohibido hablar con ella, así que casi todo el tiempo lo pasaba en silencio, una aterradora falta de comunicación que hacía que se hundiera más en sus pensamientos. ¿Cómo estaría Alysa?

Cristina lo notó en el aire, no fue el cambio de dirección del viento ni un olor, sino el ulular de un animal lo que llamó su atención. Miró de forma disimulada a su alrededor, nada había diferente, los hombres hacían fuego, disponían pequeñas tiendas para pasar la noche, olía demasiado a humedad, era posible que esa tarde lloviera. Rob iba de un lado a otro, dando órdenes a los hombres. Otra vez. Cristina contuvo el aliento, nadie más pareció darse cuenta del canto del pájaro excepto ella. Sonrió de forma esquiva, sintió en su piel erizada el escalofrío de reconocimiento, lo mismo que percibía cada vez que su esposo estaba a su lado. Miró en rededor, expectante y discreta, al intentar que no se notara su emoción. Podía estar engañándose, pero Robert estaba allí con ella, estaba segura, sus pistas dejadas en el suelo o en ramas había funcionado, habían vencido a Gilmore Cam.

Un leve sonido a un lado del campamento, donde un momento antes estaba uno de los hombres de Gilmore, ahora no había nada, Cristina parpadeó por si eran imaginaciones suyas, no, las pieles que llevaba estaban en el suelo abandonadas. Otro sonido, más lejos, Cristina contó los hombres de nuevo, otro desaparecido. Sonrió feliz, no es que se alegrara del destino que esperaba a Rob y a los otros, significaba que su esposo, en lugar de enfrentarse de forma abierta a ellos, estaba burlando las defensas de Rob.

Esperó sentada sin que nada pasase en unos minutos, hasta que miró a la orilla y lo vio. Contuvo el aliento, Robert Tormod quitaba el aliento hasta el mismo aire, con su apostura de guerrero, su *kilt* azul y verde, del color de los Stewart. El broche de Guardián de Escocia, en el lado del corazón. Apoyado indolente sobre la empuñadura de su espada, con las piernas entreabiertas, preparado para atacar. Cristina, sentada bajo el árbol, lo miró, se reconocieron y una lágrima solitaria escapó de sus ojos. No hizo falta hablar entre ellos, nunca lo necesitaron, ella le confirmó que estaba bien y él sonrió de esa forma encantadora que siempre duraba tan poco. Su amante, su esposo, su amigo, desde el día en que se conocieron en aquella tienda de Madrid, atravesaría el desierto, el averno, los océanos del mundo por ella como siempre prometía. Esta vez solo había sido Escocia, y Cristina sabía que sus almas estaban por siempre destinadas a amarse y comprenderse en mitad de cualquier batalla.

Tras Robert, Cristina vio a Stephen y a los hombres del clan, como si pasearan por la orilla del lago Ness y fueran a pasar un agradable día de caza. Sin embargo, la mirada de Robert cambió al instante,

sabedor ya de que sus hombres estaban tras él.

—¡Nos atacan! ¡A las armas! —gritó Rob, al fin se habían dado cuenta de que los atacaban, o, bueno, aún no, desde el río donde nadie vigilaba.

Robert avanzó, como el caballero infernal que era en batalla, con la espada en alto y el semblante demudado en rabia. Sus hombres igual de temibles tras él.

—¡No, Robert!

El grito alertó a ambos bandos de que Cristina estaba en el medio, de pie, con las manos atadas, miraba a su esposo.

—Esta vez, no, Cristina, aparta —ordenó Robert. La última vez que habían estado en esa tesitura, Gilmore Cam se había llevado a su esposa.

—Rob, no —susurró Cristina con las manos en alto hacia el hombre de Gilmore.

Fue entonces cuando su esposo vio las marcas en sus muñecas, las leves gotas de sangre en las sogas. Un grito gutural escapó de su boca y Cristina se apartó de su camino, pasó junto a ella, una leve mirada antes de seguir su camino hasta Rob y cruzar su espada con la del guerrero.

—No, Robert, no puedes matarlos —gritó Cristina, pero bien sabía que los escoceses solo reconocían la venganza, aquellos hombres pagarían muy caro su secuestro.

—Solo quiero la maldita cabeza de Gilmore Cam —afirmó mientras su espada se medía con la de su oponente.

—No está aquí —rio Rob, para provocar aún más a Robert.

—Entonces vivirás para decirme dónde está.

Cristina se vio impotente sin sus armas, nada de lo que dijera podía detener a su esposo. A su lado, vio a Stephen y lo apartó del muchacho con el que peleaba, molesto, se giró hacia ella tras atizar la cabeza del muchacho con la empuñadura de su espada. El chico cayó al suelo y aprovechó para salir a la carrera y perderse en los bosques, algunos de ellos habían oído de la furia de Robert y lo temían como si se tratara de un demonio vengador, a él y a los hombres de Roca del Cuervo.

—Stephen, desátame, por favor —pidió Cristina.

—Yo lo haré, esposa.

Cristina miró a su alrededor, Rob estaba en el suelo, pero parecía que no había sangre en su cuerpo ni en la del resto, solo pequeñas heridas. Respiró aliviada, hasta que su esposo llegó hasta ella y la cargó en sus brazos.

—¿Qué haces, Robert? Desátame.

—Ni hablar —susurró con una sonrisa mientras se alejaban de los hombres—. Ahora pagarás por no obedecer y quedarte tras tu esposo y

señor.

—No los mates, por favor, no se han portado mal conmigo. Obligué a Rob a ponerme las cuerdas porque no paraba de escaparme.

La sonrisa de Robert se elevó por el silencio del bosque mientras caminaba. Llegaron a un claro y dejó a Cristina en el suelo, lo suficientemente alejados de todos, besó a Cristina con pasión, sus labios se mezclaron con el sabor familiar de sus bocas. Cristina percibió la humedad en el rostro de Robert. Se miraron con mil sentimientos brotando de sus lágrimas, Cristina muy pocas veces había visto llorar a Robert, quizá había sido la única persona en toda Escocia. Cristina se puso de puntillas y limpió sus lágrimas una a una, se abrazó a su cuello y sintió que nunca podría separarse de él.

—Nunca, jamás, he pasado tanto miedo en toda mi vida, Cristina. Prefiero morir a tenerte lejos de mí.

—Desátame, por todos los cielos.

En cuanto Robert cortó las sogas, Cristina abrió sus brazos para recibir en ellos a su esposo, sin embargo, Robert cayó de rodillas frente a ella, cobijó su rostro en el vientre de Cristina, aliviado al fin de tenerla con él.

Cristina siempre se maravillaba de que un hombre como Robert fuera tan tierno y romántico, desde luego, eran contadas las ocasiones, sin embargo, todos los días se sentía amada de verdad.

—Nunca más, Robert, la próxima vez daré una patada en el trasero para alejar a Alysa de nosotros en lugar de entregarme con ella.

Robert frunció el ceño.

—Y Alysa, ¿dónde está? ¿Y Gilmore?

Cristina suspiró hondo, había pensado mucho en ello, después de ver cómo los últimos días Alysa había cambiado, estaba convencida de que era a causa de Gilmore. Y Gilmore… no era el mercenario que todos creían, tal vez se había visto obligado a vivir de esa manera, no debía ser fácil llevar el apellido Balliol en esos tiempos, siempre acusados de ser traidores…

—Está con Gilmore Cam, él sabía que nada te detendría, que vendrías a por mí.

—No tiene sentido entonces separar a sus hombres.

—Creo que él tampoco confía en el clan de los infinitos, Robert. Tengo un plan que no sé si compartirás conmigo, Gilmore Cam no es el hombre que pensábamos.

Robert sonrió y acarició el cabello de su esposa, sabía que tramaba algo.

—Dime, amor. ¿Y nuestros pequeños? ¿Y Angus y Estela? Si has traído contigo a Stephen, ¿quién se ha quedado a cargo de Roca del Cuervo y de los niños?

—Angus lo hará bien, lo he dejado al mando.

—¡Estás loco!

—¿No es lo que hubieras hecho tú, Cristine?

Cristina prefirió no decir lo que pensaba en ese momento, tembló al imaginar a Angus, un estudioso que no sabía manejar una espada, a cargo de la fortaleza y de las tareas de Robert. No. Nada podía salir bien.

Capítulo 20



Alysa no podía creer que se le permitiera salir de los aposentos, la hora de la comida se acercaba, y nadie había importunado su descanso. El brebaje de la curandera había hecho efecto y, aunque no podía mover el brazo, el dolor era mucho menor. Se acercó de puntillas a la puerta y escuchó un momento, no se oía nada tras ella. Con valor y un poco de torpeza al tener que usar su brazo izquierdo, abrió de golpe la puerta. Brian la miró como si estuviera loca, sentado en el suelo, se levantó de golpe al ver a Alysa.

—¿Qué haces ahí en el suelo, Brian? Me espiabas, ¿verdad?

El muchacho se había acostumbrado a sus ironías y sonrió.

—Estaba preocupado por vos y pedí a Gilmore hacer guardia junto a vuestra puerta, él temía que intentarais bajar sola, dice que podéis ser muy torpe y partiros la crisma al bajar las escaleras.

Alysa seguía desconfiando, ¿no estaba allí para vigilar e impedir que escapara?

—Qué dulce es tu señor, Brian. Si insinúa que soy una torpe, no es cierto.

—No creo que quisiera ofenderos, *lady*.

—Alysa, no me trates como a una dama.

—Sois una dama.

—No, muchacho, y solo Alysa, o creo que al final te degollaré con mi daga.

Alysa refunfuñó al ver que el muchacho se lo tomaba en broma, quizá había abusado demasiado de sus amenazas.

—Alysa, ¿me acompañas, por favor?

Brian tendió el brazo y se dio cuenta de la herida de Alysa, cambió de lado y volvió a ofrecer su ayuda. Alysa elevó los ojos al cielo para evitar que el muchacho viera cómo sonriera.

Bajaron despacio, ahora entendía la preocupación de Gilmore, aquel castillo o fortaleza era muy antiguo, las escaleras parecían un pozo oscuro de estrechos escalones. Alguien con acierto había colocado una cuerda para agarrarse, cosa que ella no podía hacer a causa de su brazo. Cuando descendieron el primer tramo, Alysa suspiró aliviada, el rumor del comedor estaba cerca, pequeñas ventanas iluminaban los corredores. Comprobó que las aberturas de

luz no eran más que saeteras, pero al menos sabía por dónde caminaba. Obligó a Brian a detenerse y miró por una de ellas, debía averiguar el lugar en que estaba para tratar de escapar lo antes posible. Apenas se veía nada, un gran patio lleno de gente que iba y venía, cargados con sacos, con pienso para los animales, espadas, no podía ver más a lo lejos y hacerse a la idea del tamaño del castillo de Gilmore.

Brian tuvo paciencia y se detuvo junto a ella en cada tramo que Alysa quiso inspeccionar los ventanales sin obtener más información, excepto que aquel sitio estaba lleno de gente. Alysa suspiró al descender todas las escaleras desde la torre, el comedor estaba iluminado por la luz del sol, al fin había dejado de llover. Las puertas estaban abiertas y entraba una agradable brisa fría, después de estar encerrada en esos aposentos, Alysa lo agradeció.

Las mesas estaban dispuestas cerca del fuego, en hileras, al parecer, Gilmore no tenía un estrado como todos los nobles, sino que se sentaba junto a sus hombres a su misma altura. Sonreía por algo que Mortag, a su lado, contaba en voz alta, Alysa frunció el ceño, ¿se reirían de ella? ¿Era esa una nueva forma de humillarla? ¿Confiar en que todos la tratarían bien y luego mofarse de su credulidad?

Gilmore vio a Alysa al pie de las escaleras del brazo de Brian. Contuvo el aliento ante tanta belleza, a pesar de sus heridas y llevar el brazo sujeto con un pañuelo que se ataba a su cuello, estaba preciosa. Tal vez Margaret, la hermana de Brian, le había prestado a Alysa ese hermoso vestido, o fuera el botín de alguna escaramuza, daba igual, porque ninguna mujer en el mundo podía lucirlo con tanta elegancia, quizá podía sacar los viejos baúles de su madre para ella, Alysa estaría preciosa con aquellas magníficas telas. El cabello cobrizo de Alysa lucía liso sobre la espalda, acariciaba su cintura como a él le gustaría hacer. Sus ojos azules miraban alrededor con cierta desconfianza y, aun así, eran grandes y hermosos. Alysa estaba hecha para amar y ser amada, adorada en el lecho y escuchada por su sentido del humor. No estaba hecha para cualquier hombre, sino para uno que apreciara su verdadero carácter, como él. Gilmore se levantó enseguida y fue a su encuentro, más despacio cuando vio el ceño fruncido de su invitada, Brian, al ver que se acercaba, se retiró hacia la mesa.

Gilmore hizo una reverencia al llegar hasta ella y Alysa dio un paso hacia atrás con temor.

¿Qué demonios habían hecho a esa mujer? Gilmore sintió hervir la sangre, no era de extrañar que desconfiara de él, era su captor, pero ya había demostrado con creces que en su hogar no sería una prisionera, no después de haber salvado su vida. Alysa estaba quebrada, rota, como el árbol al que dañan su tronco una y otra vez hasta que se inclina hacia la luz buscando la salvación. Y,

extrañamente, Gilmore había decidido ser esa luz.

—Alysa —susurró al acercarse. Tendió su mano hacia ella para acompañar su marcha a la mesa.

Ella se lo pensó, respiró hondo y tomó su mano. Esperaba cualquier cosa, excepto que Gilmore la llevara hasta la mesa mientras los hombres y mujeres esperaban de pie a que ella se sentara. Al tomar asiento, los demás lo hicieron. Alysa temía levantar la vista y ver sus ojos teñidos de odio cuando Gilmore apoyó la mano en su hombro con suavidad y echó su silla hacia atrás.

—Brindo por Alysa Donell, la mujer que me ha salvado la vida.

Los vítores se sucedieron, chocaron sus jarras, y el clan entero dirigió miradas de admiración a Alysa. Pensó que, en ese momento, todos empezarían a reír, a insultar, pero nada de eso sucedió, sino que a su alrededor se ocuparon de que su copa estuviera llena y Gilmore fue cortando la carne para ella al no poder mover el brazo. Alysa no habló, solo escuchó a su alrededor con la sensación de que, en cualquier momento, algo malo pasaría o quizá despertase de ese sueño extraño. Por una vez estaba a gusto de verdad, debía estar drogada por los brebajes de la curandera.

—Te dije, Alysa, que nadie sabe quién eres aquí —susurró Gilmore en su oído—. Al contrario, se sienten intimidados por ti, son todos bastardos, renegados de la fe, huérfanos, mercenarios, mujeres que se vieron obligadas a sobrevivir durante la guerra. Ya ves, soy el *laird* de un clan de desheredados, y tú, Alysa, eres ahora su dama.

Alysa lo miró por primera vez desde que se había sentado en la mesa, y vio al verdadero Gilmore Cam que había adivinado durante todo el viaje. Alysa no tenía nada irónico ni dañino que decir a nadie, ni siquiera a él, Alysa calló y bajó la cabeza «su dama», deliciosas palabras que encogieron su corazón. Alguien a su lado habló y ella sonrió, sin medias tintas, sin falsedad, sin ocultar su boca con la mano, solo lo hizo, sin segundas intenciones. Gilmore y ella encontraron sus miradas, Alysa asintió haciendo saber que estaba bien, y él levantó su copa con un gesto caballeroso.

Capítulo 21



Angus jamás pensó que la vida de su antepasado era tan difícil y llena de trabajo, habían de contar las provisiones, ver que todo estaba preparado para la cosecha de otoño, recoger semillas, preparar la caza que después salarían y debía haber suficiente para el invierno. Si los caminos y bosques se llenaban de nieve, no podrían salir del castillo. Angus observaba a aquellas almas deambular atareadas por el patio de armas, la aldea, los cultivos. Una partida salía todos los días con el único fin de proveer de carnes de caza las cocinas, y el excedente habría de prepararse para guardar en las despensas. Habían de comprobar la destilación para tener alcohol, que calentaba a los soldados de guardia en invierno, él bien se hubiera bebido unas cuantas botellas, vigilar que los hombres cumplían sus entrenamientos, atender alguna tonta disputa entre dos granjeros o la desaparición de una oveja. Llevar los libros de contabilidad con el administrador de Roca del Cuervo, y recibir a los visitantes del Guardian de Escocia. Robert tenía múltiples consejeros, administrador, sacerdote, un montón de almas que dependían del señor de Roca del Cuervo.

Angus se recostó en la silla de la que era la sala de Robert, miró hacia la cantidad de papeles, libros de cuentas, cartas y misivas, y suspiró hondo. Escuchó la risa de Estela que entraba en ese momento.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco pensé en la tarea que nos encomendaba Robert, por eso acepté de forma tan liviana.

Angus se maravilló de la tez sonrojada de Estela, parecía haberse adaptado a la vida del medievo con mucha más celeridad que él. Las mujeres le habían prestado sencillos vestidos que lucían su esbelta figura. Angus pensó en todos los años que habían pasado juntos, jamás había visto tan hermosa a la mujer en que se había convertido. Disfrutaba de sus sonrisas y de sus descubrimientos como si fueran propios, el primer día que se sentaron a la gran mesa, observaron a su alrededor cómo se utilizaba el cuchillo tanto para cortar como para comer e intentaron no reír cuando se vieron en las manos con un trozo de carne de salsa humeante entre los dedos. Los habitantes del castillo reían con ellos, la mayoría de ellos alegando que esas tierras de donde venían debían ser muy primitivas, puesto que no sabían utilizar

herramientas, ni Estela coser, ni él manejar un hacha. Angus había descubierto que no le resultaba desagradable aprender el uso de las armas y Estela que no le importaba cuidar de los inquietos hijos de Cristina.

—Supongo que siempre supuse que Robert solo se dedicaba a repartir estocadas con su espada y montar a caballo, ahora tengo claro que no, es como un CEO de la Edad Media.

Rieron mientras Estela se sentaba cerca de él. Había comenzado a llover y ambos observaron los árboles del patio, que ya habían perdido sus hojas ante las primeras noches heladoras. Desde que Stephen se había marchado junto con Robert, Angus se había deshecho de sus celos, ese hombre debía tener alguna terrible imperfección, hasta su sonrisa congelaba los rostros de todas las doncellas del castillo. Angus, ante hombres como Stephen o Robert, se sentía poca cosa, no podía evitarlo, la forma física de esos hombres era increíble.

Estela, a su lado, se acercó un poco más a Angus, puso su mano sobre la de él con afecto.

—Angus, creo que es increíble lo que estás haciendo por Cristina y Robert, solo quería que lo supieras.

Angus suspiró, tan cerca, las pequeñas pecas del rostro de Estela conformaban un mapa de graciosas manchas que, al sonreír, hacían su rostro más hermoso si cabía.

—Angus —susurró Estela en mitad de un suspiro—. Cuando volvamos, yo…

Angus no dejó que terminara la frase, se acercó despacio, pendiente de la reacción de Estela, hasta que rozó sus labios como si estuvieran hechos de los pétalos de la flor más delicada de Escocia. Estela sonrió sobre su boca y abrió los labios para recibir su beso, de una delicadeza tremenda para la pasión que Angus escondía. Ambos se separaron asustados por encontrar en la mirada del otro el arrepentimiento, al fin y al cabo, habían sido amigos desde niños y, de repente, tan lejos de su hogar, su relación había cambiado de forma total y absoluta.

—Cuando volvamos…

—No, Angus, no pensemos en eso, podemos vivir el ahora, después nos preocuparemos.

Angus tomó su mano, los dedos entrelazados, preparado para aquello que tenía que pasar.

—Estela, debo saberlo, ¿tú deseas volver a nuestro siglo?

Angus temió tanto la pregunta como la respuesta de ella.

—Sí, Angus, nunca me acostumbraría a vivir aquí. Ahora que…, bueno, que he comprendido muchas cosas entre nosotros…, quiero ir a navegar contigo, me daba mucha envidia cuando te veía con tu pequeño velero desde las ventanas del castillo, deseo recorrer los

bosques cogidos de la mano, volver a abrir a los turistas Roca del Cuervo, todos éramos felices con toda esa gente recorriendo y admirando nuestro hogar, aunque fueran un incordio.

Se abrazó a Estela con fuerza, por primera vez, Angus sentía que su corazón podía llenarse de amor, después de todo, siempre tuvo a su compañera de vida junto a él. Pensó en Amanda, en otras mujeres antes que ella, a las cuales veía como señoras del castillo Stewart por cosas que no eran importantes, cuando lo único verdadero era que compartiera el amor por su hogar y su corazón con él.

Esperaba que Robert y Cristina tardaran unos días más, quizá un mes, porque Angus temía la hora de volver a casa y que aquel amor que compartía con Estela se deshiciera. No fue capaz de confesar sus miedos a la mujer de la cual se había enamorado en el siglo XIV, o tal vez lo estuvo desde siempre siete siglos después.

Capítulo 22



Alysa disfrutó del vino servido en la mesa de Gilmore, de la compañía de Margaret y cuando al otro extremo del salón comenzó a tocar un muchacho el *clarsach*, una pequeña arpa, para acompañar la gaita escocesa que un guerrero trajo de un viejo baúl junto a la entrada, todos se levantaron de la mesa sin ceremonia alguna.

Gilmore parecía un muchacho entre su propia gente, miró a Alysa un instante antes de decidirse, tomó su mano sin dilación e hizo que se levantara.

—No, Gilmore, hace años que no bailo —se resistió Alysa al ver las parejas que comenzaban a reunirse en el centro del gran salón.

—Tranquila, solo deseo llevarte más cerca de los músicos, tu brazo me preocupa, no deberías moverlo más allá de lo imprescindible.

Entonces Alysa se dejó llevar, porque qué más podía hacer, estaba… No entendía qué sentía con Gilmore preocupado por su herida, Margaret sonriendo, la gente a su alrededor no la miraba con recelo. Y otra vez Gilmore. Acercó un banco, como el bruto que era, sobre su cabeza, e hizo que se sentara junto a él. Fue durante un instante porque, en cuanto Gilmore rozó su muslo con el de ella, una muchacha se acercó a invitarlo a bailar. Alysa contempló al ejecutor de Escocia, al mercenario sin piedad y no pudo encontrarlo en aquella sonrisa, en aquellos labios que parecían contar los pasos de baile a derecha e izquierda y no pisar a la muchacha que parecía tan pequeña a su lado. Alysa observó su semblante tan bien parecido, y cuando agarró a la muchacha de la cintura para seguir la danza, se oyó a ella misma suspirar de envidia. Deseaba ser ella quien bailara con Gilmore, con tanta inocencia y alegría como si no tuviera cinco siglos a sus espaldas. El baile terminó para que los músicos pudieran mojar sus gargantas y Gilmore regresó a su lado con una sonrisa en los labios.

—¿Por qué me miras así, Alysa?

—No entiendo, ¿por qué me has traído aquí? Pudiste enviar a Dana a curarme a una aldea, llevarme ante Breogán sin importarte que me matara el viaje.

Lady Greensleeves, cuando esa canción comenzó a sonar, Alysa calló. ¿Cuántas veces había oído esa melodía en salones de castillos, fortalezas, casas solariegas…? Y siempre conmovía su alma. La dulce

tonada prohibida en monasterios y susurrada en las sacristías, la historia de una mujer astuta, que provoca a los hombres y engaña a los reyes… Una vez, Breogán juró que los trovadores cantaban para ella, que alguno había inventado esa canción en su honor. Aquel día, Alysa se rio con sarcasmo frente a Breogán, pero Alysa se ocupó de que la versión cambiara a lo largo de los años, y la mujer mala se convirtiera en algo que ella no era, en una muchacha dulce a la cual el mundo le había dado la espalda. Muchos músicos conocían la melodía, sin embargo, la letra solo unos pocos eran capaces de cantar *Greensleeves.* Gilmore pidió que abriera los ojos, rozó con el índice su barbilla e hizo que lo mirase deslumbrada por la luz de las velas. Gilmore tomó su mano izquierda para que lo siguiera. Llevó a Alysa al centro del salón y, con suavidad, colocó la mano en su cintura. Alysa no se movió al instante, sino que miró alrededor con desconfianza. Las sonrisas de quienes les rodeaban al ver a su *laird* danzar con la extraña mujer que había traído, algún rostro de decepción entre las más jóvenes y de picardía de aquellos guerreros que los habían acompañado. Alysa trató de mover los pies, era fácil dejarse guiar por Gilmore, danzaron en un abrazo distante a causa de su cabestrillo, él, con cuidado de no rozar sus heridas, y Alysa, en silencio. Pronto Alysa hubo de mirarlo solo a él, cruzar sus ojos con los de Gilmore. Él estaba demasiado serio, quizá Alysa había esperado encontrar una sonrisa como cuando bailaba con las muchachas, pero con ella no, demasiado serio perseguía su mirada, sus labios. Alysa intentó sonreír para deshacer esa intensa inspección de sus ojos y Gilmore frunció el ceño. Alysa nunca sabía cómo acertar con ese hombre ni cómo reaccionaría, a su alrededor, los demás comenzaron a bailar y, de repente, Alysa se sintió absurda, en un lugar que no le correspondía como cautiva, bailando con un hombre que quería jugar con ella. Se soltó, apartó el brazo de Gilmore y se fue rumbo a las escaleras. Ya no estaba tan mareada, a pesar del esfuerzo que había realizado en la cena y en el baile, las hierbas de Dana habían mitigado su dolor físico, pero el que Alysa llevaba dentro no tenía solución. No podía olvidarse de cuál era el fin último de Gilmore, aquellos momentos bien podían ser solo una concesión para luego entregarla a Breogán, quizá, en ese momento, el anciano *laird* y su consejo estaban a las puertas de ese castillo se llamase como se llamase.

Y Alysa hizo lo único que sabía, huir hacia las escaleras. Abandonó en mitad del salón a Gilmore con paso apresurado.

Alysa aferró la cuerda que servía de pasamanos para subir las escaleras y sintió la presencia silenciosa de Gilmore tras ella. A medida que subía, la música quedó atrás, las voces de los habitantes del castillo se fueron difuminando a cada escalón. Cuando llegó arriba de la torre, lo hizo cansada, sin resuello, el brazo volvía a doler y un

molesto palpitar se había instalado en la herida. La puerta de los aposentos estaba entreabierta y Gilmore tras ella, empujó la hoja de madera para que pudiera pasar. Alysa entró y su rostro enseguida sintió la ráfaga de calor que arrojaba el fuego de la chimenea. Alguien, con seguridad Margaret, había dejado sobre la butaca un sencillo camisón para ella. Alysa se giró para enfrentarse a Gilmore, solo deseaba estar a solas, hundirse en esa especie de desazón que le provocaba su destino en cuanto se recuperara de sus heridas.

Gilmore estaba en silencio a su espalda, en algún lugar de la habitación, oía su respiración tras cerrar la puerta. Se giró para enfrentarlo, quería estar sola, entonces sus ojos encontraron los de él. No tenía en su mirada el usual desafío que siempre le dedicaban sus ojos, sino que permanecía relajado, apoyado en el vano de la puerta, con las piernas cruzadas. Alysa no se acostumbraba a aquella imagen de él, sin vestir sus ropajes de guerra, solo unos pantalones y una camisa. Gilmore, entonces, decidió acercarse, muy serio, y Alysa no sabía si prefería ver en su atractivo rostro la sonrisa irónica o la seriedad, en ambos casos se sentía subyugada por sus rasgos.

—Estabas herida, acababas de dar tu vida por mí. No pensé, Alysa, solo te traje al único lugar seguro para mí, mi hogar.

Alysa se sorprendió por la respuesta sincera, porque Gilmore tratara de explicarse por su extraño comportamiento y justificar su apresurada decisión.

—Gracias —musitó Alysa, sabía que, si Gilmore no hubiera decidido traerla a ese lugar, estaría muerta en algún rincón del camino.

—Pareces cansada, Alysa, llamaré a Margaret para que te ayude.

—No, creo que puedo arreglarme sola, deja que disfrute del baile, trabaja demasiado.

Gilmore, en lugar de marcharse como Alysa esperaba, se acercó a ella, sus pensamientos para Alysa eran tan insondables como el color de sus ojos. Al parecer, no iba a marcharse hasta que la viera en el lecho.

Alysa se giró para que Gilmore desabrochara los lazos de su vestido, apartó su pelo y esperó.

—Si me haces el favor, el resto creo que podré sola.

Gilmore asintió para sí mismo sin mucha convicción, no era buena idea, debería escapar con rapidez de aquel cuarto, bajar las escaleras y emborracharse hasta que no pudiera volver a subir las escaleras de piedra. Sus pies no le obedecieron, puesto que cuando quiso darse cuenta, estaba junto a ella. Olió el jabón de pelo y sumergió su nariz entre los mechones cobrizos, cobijado por la idea de que Alysa no podía girarse. La hilera de lazos se le antojó corta, desató el primero, rozando con deliberada intención la piel de la espalda. Alysa se

revolvió un poco, impaciente, pero ahora que Gilmore tenía esa espléndida posición respecto a ella, no pensaba desaprovechar la oportunidad de rozar su cuerpo. Día y noche, desde que había conocido a esa *banshee*, que a veces elevaba la voz, se había sentido embrujado por ella, como si el sabor que portaba el primer roce de los labios de ambos se hubiera convertido en un veneno que se extendía por su cuerpo. Desató el segundo, la cinta cayó a ambos lados sin revelar aún nada esperanzador para Gilmore. Alysa cambió el apoyo de sus pies, intranquila. Gilmore pasó sus dedos por la débil abertura del vestido y sintió el escalofrío que produjo su caricia en Alysa. Tiró del siguiente lazo, para decepción de Gilmore, estaba ante la camisola que, decentemente, Margaret había hecho que Alysa se pusiera sin duda. Gilmore nunca había sentido la necesidad de rasgar nada, excepto el estandarte de un derrotado, ahora daría la mitad de su oro por coger esa estúpida camisola y romperla en dos. Desató otro lazo, sin mucha esperanza ya, solo la satisfacción de sentir como sus nudillos rozaban la fina tela y poder sentir el calor que desprendía Alysa. Ella se giró para mirarlo con la ceja arqueada en forma de pregunta, sin entender cuántos lazos podía tener un vestido. Gilmore empezaba a encontrarse mal, cuando toda la sangre de su cuerpo se concentraba en un único punto a la altura de su entrepierna, se dijo que estaba enfermo de verdad, solo había soltado cuatro tristes lazos de un vestido de mujer y ya estaba como un caballo en celo.

Entonces tiró de la tela, premeditado, para que el vestido cayera al suelo, no era un tontorrón muchacho imberbe. Alysa protestó, con su brazo herido no pudo taparse a tiempo y el lado que no llevaba en cabestrillo se deslizó por su pecho. Se miró a sí misma fastidiada por caer en esas tontas estratagemas de Gilmore, sacó a duras penas el brazo del pañuelo y, entonces, el vestido cayó hasta su cintura. Se colocó con la mano izquierda el escote de la camisola, peligrosamente cerca de mostrar sus pechos por entero.

Alysa se giró para ver qué hacía Gilmore y abrió la boca sorprendida. No se esperaba ante ella esa mirada lujuriosa ni esos labios entreabiertos anhelantes, tenía los brazos rígidos a ambos lados del cuerpo, las manos cerradas en un puño. Alysa miró hacia abajo a aquel bulto que, sin su *cotum* de cuero, quedaba en total evidencia con aquellos pantalones y, entonces, comprendió. Hacía tanto tiempo que no sentía el corazón latiendo con tanta fuerza que temía que él lo oyera tan cerca. Alysa se encogió presa de una vergüenza que no sabía que tenía. Estaba allí, indefensa por su brazo herido, ante la imponente presencia de Gilmore, excitado. Alysa respiró hondo, lo deseaba, moría por tocar esos brazos que ocultaba la camisa, la firmeza de su vientre, la poderosa curvatura de sus piernas a causa del entrenamiento. Anhelaba sentir sus labios otra vez, la tensión de un

beso y la desesperación por sentir su lengua.

Movió las caderas, sabía que de una forma poco sensual, irritada por sentirse tan limitada con su herida. Logró su propósito y el vestido cayó entre ambos al suelo, entre los pies de uno y del otro.

Gilmore contuvo el aliento, siguió el camino del vestido caderas abajo y apretó más los puños. Alysa llevaba esa horrible camisola sin forma, que dejaba sus hombros casi desnudos, sin forma su cuerpo, si no fuera por que Alysa estaba de espaldas al fuego y el resplandor de las llamas delineaba su cuerpo a contraluz, cada curva y línea, cada recoveco. La fina tela mostraba sus pezones coronados, el triángulo oscuro entre sus piernas. Gilmore se había jactado siempre de su dominio de las emociones, de su rectitud y templanza…

—Deberías quitarte eso para ponerte el camisón.

Las palabras salieron de su boca sin pensar siquiera, parecía un bobo, torpe. Alysa asintió sin mucho convencimiento, ella miró el camisón a su lado y a Gilmore una vez más.

—No puedo sola, Gilmore.

Fue como si un rayo estallase en Gilmore, Alysa sabía qué pasaría si él se acercaba e intentaba ayudar en la tarea de quitarle cualquier cosa más. Y lo aceptaba.

Gilmore se agachó sin dejar de mirar a Alysa a los ojos y cogió el ruedo de la prenda, apenas la había deslizado por sus torneadas piernas y llegó al muslo. Escuchó el entrecortado gemido de Alysa y se detuvo, miró su brazo herido, la difícil tarea de tener que sacar la manga por su cabeza y sonrió.

Alysa lo miraba atenta a cada reacción de su rostro, su gesto contenido, y cuando él olvidó la tela y puso su mano sobre su cadera, creyó que dejaría de respirar. Gilmore la observaba como ella a él, deslizó la mano hacia su trasero y apretó su nalga por pura codicia. Alysa lo dejó hacer entre respiraciones entrecortadas. Sintió su mano, áspera y grande, deslizarse hacia delante, escondida entre las telas, y tocar su sexo. Gilmore, entonces, se levantó sin abandonar su tarea, buscó su abertura y acarició su entrada. Introdujo un dedo en su interior. Para su propia vergüenza, estaba tan húmeda que se deslizó por ella hasta el interior. Gilmore, como un cazador, encontró el pequeño centro de su placer y lo acarició. Alysa deseó que no estuviera su rostro tan cerca, bebiéndose cada gesto de placer que hacía cuando él introducía el dedo en un ritmo pausado. ¡Qué demonios estaba pasando entre los dos! Era su captor y, desde el momento que lo había visto en el bosque, Alysa había deseado aquello. ¿Por eso la había traído aquí? Sabría, igual que ella, que este era el fin de los dos, que necesitaban con fiereza calmar esa pasión que los dominaba. Alysa se encogió al sentir como Gilmore apremiaba su dedo, recurrió a otro para penetrar su interior y Alysa cayó contra

su cuerpo a punto de quebrarse de placer. Acarició sus brazos, cubiertos con la camisa, deleitada por las fibras de sus brazos y su torso contra el pecho cubierto con la fina capa de tela. Se aferró a su hombro con el brazo sano y Alysa se curvó contra aquella mano que no cesaba su asalto, con la muñeca presionaba la colina de su intimidad, con los dedos acariciaba su interior. Alysa no se dio cuenta cuando Gilmore atrapó su trasero con la mano libre y casi la elevó sobre su mano. Alysa se encogió, gimió al intentar tomar aire con la boca abierta por completo en busca de aliento.

Gilmore respondió al gruñido de Alysa nada comedido, sino el de una mujer al alcanzar el placer, cuando sintió el húmedo líquido de su interior cubrir su mano, apretó con fuerza y rodeó sus paredes para obtener hasta su último aliento. Alysa estaba desmadejada sobre él, ambos de pie, Gilmore dejó con suavidad a Alysa en el suelo y apartó levemente su rostro sumergido en su pecho. Ella lo miró, nublada la mirada de placer, insoportablemente hermosa, con las mejillas coloradas y sus enormes ojos entornados. No pudo resistirse, todo hombre tenía su límite y él lo había traspasado igual que el umbral de aquella puerta. Tomó la camisola de Alysa de la abertura superior con ambas manos y la rasgó de arriba abajo, dejó expuesto su cuerpo ante él, con la certeza de que estaba ante la imagen más hermosa que jamás había contemplado. Un súbito remordimiento surgió de su pecho, tal vez fue la expresión de Alysa, demudado su rostro por el placer que había recibido. Gilmore la cogió en sus brazos, lamentó su acción al instante, sentir la piel sobre sus manos, rozar con los brazos su espalda y sus nalgas. Tendió con suavidad a Alysa en el lecho y vio como su cuerpo se sumergía entre las capas de mantas, siempre pedía su cama llena de mantas, Gilmore odiaba el frío que pasaba al aire libre, en batalla, en misión o donde quiera que fuera, cuando llegaba a su hogar, necesitaba el calor, pronto se dio cuenta de que el frío tenía que ver con la soledad que sentía, a pesar de tener a sus amigos y a su clan. Su imaginación le mostró cómo sería llegar cada día al castillo si Alysa se quedara con él y acudiera cada noche a su lecho. Nunca volvería a tener frío, estaba seguro.

Alysa suspiró hondo, no dejó que se marchara, agarró sus antebrazos y lo hizo caer con suavidad sobre ella. Gilmore se resistió como un torpe muchacho, se quitó la camisa, casi arrancada de su cuerpo, las botas chocaron con la pared más cercana, los pantalones siguieron su camino.

—Gilmore —susurró Alysa, sonrojada por estar desnuda sobre el lecho, por el hecho de comerse con los ojos aquel magnífico cuerpo de guerrero.

—Quiero que hagamos esto porque ambos lo deseamos desde que nos vimos en el bosque, nada de lo que ocurre fuera de estos

aposentos tiene cabida aquí, entre tú y yo, Alysa.

Alysa se incorporó con dificultad sus pechos parecieron mostrarse en todo su esplendor ante él. Había una firme determinación en sus ojos.

—Gilmore, deja que la mañana traiga cuantas desgracias quiera, pero esta noche soy tuya y tú eres mío. Deja que la luna oculte nuestro secreto, cuando salga el sol, tú volverás a ser mi captor y yo tu presa.

Alysa suspiró hondo, nunca había dicho algo con tanta sinceridad y firmeza, no podía olvidar quién era él ni quién era ella, ¿o sí? Una noche, solo una, podía superar su pasado de siglos, su vergüenza a mostrarse ante un hombre, los miles de defectos que cargaba con ella. Deseo era cuanto valía en ese momento, no podía respirar cuando Gilmore la miraba así, como si fuera una joven normal, sin taras, sin una maldición sobre ella, con deseo irrefrenable, puede que solo fuera una noche o muchas, pero estaba dispuesta a arriesgarse.

—Alysa —gimió mientras se colocaba sobre ella. Gilmore no se había engañado cuando besó a Alysa por primera vez, su interior se sobrecogió con una especie de escalofrío al rozar piel con labio, labios con piel—. Déjame darte más placer, ver tus ojos entornados como si vieran un atardecer.

Alysa podía resistirse a su cuerpo, sus músculos, su fuerza, pero nunca a esa ternura que Gilmore escondía tan dentro de su alma. Acarició sus cicatrices del brazo, mostró las suyas sin reparo. Sintió como él rozaba sus pechos con la lengua, los besos sobre el estómago, notó como se encorvaba sobre ella debido a su enorme altura, hasta que penetró su cuerpo. Tuvo que acomodarse a ella, moverse bajo él para acoplar su hueco al miembro inhiesto. Alysa sintió como Gilmore llenaba su interior, como se sucedían los finos espasmos que atrapaban su virilidad. Y, entonces, se miraron, como si fueran viejos amantes en un mundo nuevo, estaban tan destrozados por dentro, dañados, como el corcel que se rompe una pata y debe seguir cargando toda su vida con ello. Eran seres sin conciencia, sin remordimientos, sin lazos afectivos, caminaban por cada sendero día a día sin más perspectiva que levantarse en un nuevo amanecer.

Alysa no podía soportar aquella cadencia, el suave movimiento de Gilmore dentro de ella, necesitaba más, aquello era demasiado parecido a hacer el amor. Gilmore debió sentir lo mismo, porque tensó su mandíbula, asió uno de sus pechos, pendiente de no dañar su hombro herido. Alysa le dio aquello que ambos sentían, ninguno quería ver si sus caricias eran algo más que deseo, el amor era para cobardes y caballeros corteses, damas asustadizas y vírgenes. Gilmore sonrió con picardía y Alysa se mordió los labios, enlazó ambas piernas a la cintura de Gilmore Cam y él se transformó al instante. Ninguno quería mirarse, ver qué había detrás de su pasión. Gilmore no tuvo

mucha delicadeza, olvidó las palabras dulces que pretendía dedicar a Alysa y nunca había dedicado a otra mujer. Alysa olvidó lo mucho que deseaba abrazarse a él y cobijarse en su pecho, segura y protegida. Recibió y dio a Gilmore, sintió sus embestidas llenándola por completo, una unión perfecta de dos cuerpos ansiosos por sentir, comprobar que estaban vivos un día más.

Gilmore poseyó y fue poseído de una forma que no creía posible, acarició el cuerpo de Alysa por todas partes, ninguna suficiente para saciar su ansia. Alysa hacía lo mismo, apretaba sus brazos, su vientre plano, cogía su pelo. Hasta que ambos abrieron los ojos al mismo tiempo, Gilmore y Alysa se encontraron con las miradas en mitad de la contracción de placer que los envolvió, el momento en que cada parte del cuerpo se vuelve sensible y presente, y sintieron que estaban muy lejos de todo, solos los dos, sin tener importancia quiénes eran. Cayeron desmadejados, agotados y silenciosos sobre las mantas.

Gilmore no permitió que Alysa se alejara, permaneció en ella al intentar alargar aquel momento. Se giró para no caer dormido con su peso sobre ella y colocó su cuerpo para que el brazo de Alysa no sufriera. Con ternura, alcanzó el pañuelo y volvió a colocar su antebrazo para que no se hiciera daño. Alysa lo observaba, desnudo, como el dios Marte de los romanos, se movía sin vergüenza sobre ella. Una vez que estuvo satisfecho con su brazo protegido, se tumbó contra su espalda y Alysa se mordió el labio. No le gustaba aquella postura, él con su cuerpo pegado al suyo, desde las piernas al trasero y la espalda, así era como dormían los esposos y esposas. Empezó a notar la respiración pesada de Gilmore nada más cubrirlos a ambos con las mantas.

—Al final, Gilmore, no me has ayudado en absoluto a ponerme la camisola de dormir. Debí llamar a Margaret.

Notó a Gilmore sonreír tras ella.

—Si hubiera querido que durmieras vestida, hace rato que hubiera abandonado estos aposentos, mi querida Alysa.

Alysa sintió que su pobre corazón se encogía, «querida». Ni su ironía ni humor podía salvar ese incómodo momento, así que se acopló en el pecho del guerrero y la almohada y suspiró. Se quedó dormida al instante, mecida por el calor y el latir del corazón de Gilmore, hacía mucho tiempo que no sentía sus propias pulsaciones atronar sus oídos. Se rindió ante la estúpida evidencia que hacía días asomaba a su corazón. Estaba enamorada de Gilmore Cam, su captor.

Capítulo 23



Robert pensaba que su esposa estaba loca, lo intuía, tal vez fuera su manía de viajar en el tiempo, las noches en vela compartiendo ambos su pasión, quizá era esa leche agria que todos tomaron por descuido de la cocinera de Roca del Cuervo. Miró a su, en otro tiempo, dulce esposa, cuando la conoció, pensó que era sumisa, estaba en ese futuro lleno de cosas extrañas para él y confundió la sorpresa de Cristina con otra cosa. Su mujer lo miraba con los brazos en las caderas, el ceño fruncido, las mejillas arreboladas por la discusión, ahora mismo parecía una guerrera, por fortuna, la daga permanecía en su cinturón. Desde luego, no era la misma imagen de aquella muchacha tras el mostrador de una tienda de antigüedades, con una coleta, aire serio e inocente y miedo ante su presencia.

Acababa de salvar a su esposa de los hombres de Gilmore Cam, estaban en aquel bosque al oeste del río Ness, rodeados de altos pinos, en la quietud del amanecer, hasta podría haber disfrutado de la paz del lugar arrullado por los sonidos del agua entre los guijarros. Habían hecho el amor, la pasión del reencuentro, la dulce melodía de saberse bien los dos, pero ella tenía que estropearlo, seguir los dictados de su conciencia y llevarle la contraria, como siempre.

—No pienses por un instante que voy a abandonar a Alysa, deberías ser tú, Robert, quien insistiera en que fuera en su busca. Por todo aquello que habéis compartido durante siglos…, porque, en cierto modo, Robert, somos familia.

Robert la miró impasible, con el ceño fruncido, había oído algunas risotadas de sus hombres. Cristina lo estaba reprendiendo como a un muchacho delante de todos, y sus hombres esperaban a que la bestia lo dominase, que su carácter explotara, ¡pero es que había pasado tanto miedo al perder a su esposa! Tiró la daga que tenía en la mano contra el tronco del árbol más cercano, furioso, y ni siquiera eso pudo alterar a su esposa, le conocía demasiado bien y sabía que, al final, iba a claudicar.

—Te mantendrás a mi espalda, no sacarás tu daga, serás mi sombra, te doy mi palabra, Cristina, de que si no me obedeces…

—Nunca estaré a tu espalda, esposo —replicó mientras una sonrisa de victoria asomaba ya en su rostro—. Y, por supuesto, no seré tu

sombra.

Su dulce y delicada esposa. Robert sabía que se había casado con la única mujer sobre la faz de la tierra capaz de derribar al Guardián de Escocia.

—Iremos a salvar a Alysa, si no ha acabado ella misma con Gilmore y sus hombres.

Cristina dio dos pasos hasta él y se abrazó a su cintura, de igual modo que era capaz de sacar lo peor de su carácter, podía amansar su furia con una simple demostración de afecto. Cubrió su cuerpo con los brazos y aplastó a Cristina contra sí mismo. Robert deseaba acabar con aquello, con el clan en el cual vivió durante años, con las vilezas que por ellos cometió para cambiar el curso de la historia. Pero primero habían de salvar a Alysa.

Capítulo 24



Breogán observaba el resplandor del sol sobre el mar, había pasado más de un mes desde que envió a Gilmore Cam a capturar a Cristina y Alysa Donell. Los mensajeros que mandó al sur no tenían noticias de él ni de su guardia personal. No es que desconfiara de las habilidades de Gilmore, sino que Alysa era astuta y lista, muy lista, a estas alturas, podía haber acabado con el guerrero. Negó con la cabeza, como si mantuviera una conversación consigo mismo. Había enviado al futuro a una joven para acabar con la descendencia de los Stewart, más de una vez había pensado en convocar al consejo y viajar él mismo a ese extraño porvenir, el problema era que no sabía dónde acabaría, ni siquiera tenía la certeza de que la muchacha hubiera llegado. Cristina sí podía viajar, pero tal vez se debiera a que ella conocía a la perfección ese futuro, Alysa tampoco podía hacerlo sola, la clave era la esposa de Robert, Cristina, como descendiente directo de la vieja magia de los druidas, podía utilizar su poder, ellos no.

—Señor.

Uno de sus hombres se acercó y Breogán se giró al instante, a veces se quedaba demasiado tiempo inmerso en sus pensamientos más oscuros.

—Habla —ordenó mientras cruzaba los brazos a la espalda, la postura que siempre adoptaba cuando esperaba malas noticias.

—No hay rastro de Gilmore Cam, parece haber desaparecido, señor.

—Nadie desaparece así como así, son un ejército, no pueden esconderse para siempre, seguid buscando.

Él mismo se sonrió, «siempre», sí, en realidad, un hombre sí que podía esconderse para toda la eternidad en su torre, como hacía él. Miró hacia la pared del salón donde esperaban clavados a la pared los grilletes para Alysa Donell y los de Cristina, una vez que las capturase, las mantendría allí encadenadas hasta que sus huesos se consumieran y le contaran cómo funcionaba el manuscrito. Después morirían las dos, tras ser marcadas a fuego y torturadas por sus hombres. La venganza, como bien sabía Breogán, era el mejor de los festines.

Capítulo 25



Alysa despertó con la luz que entraba por los ventanales, fue a desperezarse cuando el movimiento de su hombro atravesó todo el brazo con dolor. Abrió los ojos casi con miedo, miró hacia la derecha y encontró vacío el lugar donde había dormido Gilmore, suspiró aliviada, incapaz de admitir todo lo que había sentido la noche anterior por ese guerrero, sin acabar de comprender por qué Gilmore dejaba que se mezclara con su gente, que acudiera a sus bailes y dejara que Margaret cuidara de ella. Frunció el ceño, nada tenía sentido con ese hombre, ni siquiera la noche que habían pasado juntos, tras desatar toda la pasión que los había consumido durante días, Gilmore se había convertido en un amante tierno, dotadas sus caricias de una suavidad que Alysa no creía posible. Podía engañarse, decirse a sí misma que, en un momento determinado, Gilmore no había traspasado su dura coraza y entrado en su corazón. Lo amaba, y amarlo era un grave error, no creía haber sentido aquel latido extraño en su corazón, ni siquiera con Robert, y era hermoso, y a la vez horrible, porque, siendo cruel, irónica, mala con los demás, se sentía cómoda, pero no siendo esta nueva Alysa. Una persona a la que no apetecía hacer daño sin razón y que le gustaba demasiado la forma en que los demás sonreían a su lado. Se había relajado. Se levantó de la cama, había olvidado que estaba desnuda, se tapó con las mantas y miró el vestido del día anterior, jamás podría vestirse sola.

Como si hubiera sido invocada, Margaret entró en los aposentos.

—Perdona, Alysa, he llamado varias veces, me preocupaba que no me contestaras, ahora veo que solo estabas disfrutando de un rato más de calma. ¿Estabas dormida?

Otra vez esa amabilidad por parte de alguien del castillo de Gilmore.

—No, no, estaba pensando cómo podría ponerme el vestido, el dolor del hombro no cesa.

—¡Pobrecita niña! Voy a avisar a Dana, quizá pueda prepararte alguna infusión que alivie el dolor.

—No, por favor, no la molestes, Margaret, bajaré yo misma, oh, bueno, si puedes ayudarme a vestirme —sonrió Alysa.

—Gilmore me avisó que viniera a ayudarte, para eso estoy aquí —

contestó Margaret con esa sonrisa perenne en su rostro.

Primero, Margaret revisó su vendaje y lo cambió por unos paños anudados al hombro más suaves y que permitieran a Alysa moverse con mayor libertad, ayudó a que se pusiera una camisola nueva, con bordados de flores en los extremos, cuando Alysa preguntó de quién eran esas ropas, Margaret puso los ojos en blanco, de Gilmore podía esperar cualquier cosa, que fueran robadas o prendas que usaban sus amantes. Por alguna extraña razón, se sintió rara, esas cosas antes no le importaban, otra cosa más que, al parecer, había cambiado Gilmore, ahora se sentía celosa. Margaret sacó de un baúl un hermoso vestido color de las olivas, ribeteado en el escote, las mangas y el ruedo con bonitas flores blancas.

—Es precioso, Margaret, pero creo que no debería.

—Por este no debéis preocuparos, la mayoría de los vestidos eran de la madre de Gilmore, es una de las pocas cosas que conservó de su antiguo hogar.

—Quizá no quiera que yo los use —susurró al tocar la suave tela un poco arrugada.

—No digas tonterías, Gilmore hizo traerlo de otros aposentos para que pudieras usarlos, son un poco antiguos, pero creo que te irán bien…

Margaret calló al instante, cuando miró a Alysa, entonces vio que estaba llorando. Alysa cayó sentada sobre la cama de golpe.

—Pero, chiquilla, ¿qué te ocurre? ¿Te he disgustado? ¿Ha hecho algo Gilmore que no te guste? Cogeré a ese muchacho de las orejas como si tuviera cinco años, te prometo que no permito malos comportamientos, ni aunque sea mi señor ni…

—No, Margaret —negó Alysa mientras se limpiaba las lágrimas con la delgada tela de la camisola—. Es que no lo merezco, no lo entenderías, yo no soy… Me tratáis todos como si yo fuera alguien bondadoso, como si mi voluntad fuera la de una buena persona, y no es cierto, Margaret, yo me siento horrible, engañándoos a todos, si supierais quién soy de verdad…, me echaríais a patadas…

Margaret hizo que Alysa levantara la barbilla, se sentó a su lado mientras cogía sus manos entre las suyas, apartó los mechones cobrizos del rostro de Alysa e hizo que la mirara.

—No me importa, Alysa, no sé quién eres ni qué interés tiene Gilmore en ti, pero he visto su rostro cuando te mira, el color de sus ojos se intensifica cuando estás cerca, sonríe y baila, hacía años que no lo veía feliz. Muchos de los que vivimos con Gilmore no teníamos hogar, expulsados de nuestro clan, comprenderás que aquí nadie te juzgue y solo queramos el bien de Gilmore. El único juicio que debemos esperar es el de Nuestro Señor, si Gilmore te trajo aquí, es que confía en ti, ve algo que merece la pena salvar. Después ya te

encomendarán tus actos al cielo o al infierno, pero mientras vivas, debes saber que todo castigo tiene su redención, créeme, niña.

—Margaret, eres una buena persona.

Alysa lo dijo de corazón, Margaret le recordaba a su madre, había olvidado su rostro, el color de su pelo, sin embargo, su olor aún lo conservaba en la memoria, Margaret olía igual.

—No lo fui, pero ahora cada día me esfuerzo por acostarme en la quietud de la noche y pensar que no tengo nada por lo cual arrepentirme al día siguiente. Me siento bien, haciendo bien.

—Eres mucho más sabia que la mayoría, Margaret.

—Anda, vamos, te ayudaré con el vestido y, después, bajarás a desayunar con nosotras, espero que no te importe hacerlo en la cocina, es un poco tarde.

—En absoluto, Margaret, será un placer.

Margaret le hizo una sencilla trenza, puesto que Alysa no podía peinarse a causa de sus heridas. Sonrió cuando salió tras Margaret de los aposentos de Gilmore. La mujer se detuvo un instante, pensativa.

—Alysa, aquí nadie habla de lo que hicieron antes, pero si te ayuda, te diré que yo maté a mi esposo, lo envenené con unas bayas. No fue un accidente, me pegaba constantemente a mí y a mi hija, hasta llegar a temer por su vida. Pedí ayuda a mis vecinos, al *laird* donde vivía y, por respuesta, mandó darme de latigazos ante todo el pueblo para que aprendiera a obedecer a mi marido.

—No hace falta, Margaret, yo…

—Lo planeé durante semanas y lo hice harta de sus abusos. Cuando me descubrieron, me apalearon y, después, me abandonaron creyendo que había muerto en un pantano. No tenían pruebas contra mí y tal vez pensaron que moriríamos de frío y hambre. Gilmore me encontró junto a mi hijita y nos trajo aquí, jamás me preguntó, fui yo quien se lo conté, y sabes qué hizo, nada, me miró y dijo que él había hecho cosas mucho peores para sobrevivir. Salió del salón y, al día siguiente, me pidió que fuera el ama de llaves del castillo.

El afecto que Alysa podía sentir por esa amable mujer creció en fuerza y admiración, había visto la misma situación infinidad de veces, en otras ocasiones, la esposa jamás se libraba de aquella tortura, soportaba como podía los abusos hasta morir, toda una vida de sufrimientos.

Alysa pensó en Gilmore, en su forma de actuar, no solo con Margaret, sino en aquel castillo. Solo había encontrado buenas gentes que tan solo merecieran una segunda oportunidad, como ella. Y el corazón se encogió un poco más. La bondad de Gilmore, su fuerza de voluntad, su generosidad, mientras al mundo entero mostraba su fama de guerrero, mercenario, parecía que nada le importara, y entonces Alysa, mientras bajaba aquellas escaleras junto a Margaret, se detuvo.

Se miró a sí misma, no con la mirada, sino con el corazón abierto, tal vez no fuera tan horrible y malévola, sino que, al igual que Gilmore, sobrevivía.

Al llegar al salón, Alysa se sentía temblorosa, Dana había curado su herida, pero nunca podría sanar aquella sensación de intrusión entre las gentes del castillo. Margaret la seguía cuando se detuvo al pie de las escaleras, desde allí, podía ver las puertas abiertas al patio y, en lugar de ir a las cocinas, siguió el murmullo de voces y gruñidos. El choque de espadas indicaba que Gilmore y sus hombres estaban entrenando. La luz tibia del sol hizo que tardara en enfocar la imagen de Gilmore en mitad del patio. Sostenía su *claymore* cuando la cruzó con un muchacho que estaba más pendiente de temer la hoja de la espada que de luchar contra él. Gilmore llevaba desnudo el torso, los rayos de luz se posaban en su piel, llena de cicatrices a causa de las batallas que había librado. Sus músculos en tensión se flexionaban y estiraban con gracilidad, a pesar de su envergadura. El muchacho no tenía oportunidad alguna contra su señor de la guerra. Igual que ella. Aún recordaba el tacto firme de su piel, el roce de sus manos en los antebrazos, aferrada a esos hombros la noche anterior. El calor de su cuerpo contra el suyo. Notó el sonrojo en sus mejillas, alarmada por la lascivia que ese hombre despertaba en ella. Entonces Gilmore se giró, miró directamente a Alysa y, para sorpresa de ella y todos sus hombres, bajó la espada, hizo una reverencia a Alysa como si se tratara de la señora del castillo y sonrió, sí, sonrió en el patio lleno de las gentes del castillo. Se oyeron las risas contenidas y el sonrojo de Alysa creció hasta límites insospechados. En otro momento, Alysa hubiera sonreído engreída ante tales atenciones, en lugar de ello, se acercó despacio, con paso dubitativo. Gilmore hizo lo mismo, abandonó al muchacho y se aproximó a Alysa.

Gilmore pensaba que una vez hiciera suya a Alysa, aquello que sentía en el corazón se desharía como si fuera un nudo, estaba convencido de ello al levantarse, ni siquiera miró el rostro de ella al abandonar el lecho. Ahora que ella estaba allí, tan hermosa, en el patio de armas, con aquel vestido espléndido, el pelo recogido en una virginal trenza, supo que todo era mentira. Nada había cambiado, seguía anhelando su cuerpo, su sonrisa, entrelazar los dedos en las guedejas de su pelo y acariciar la piel de Alysa. Se dio cuenta de lo estúpido que parecería yendo al encuentro de una mujer, dejar abandonado el entrenamiento, pero cuando ella comenzó a caminar hacia él, olvidó quién los observaba o podía juzgarlos. Sostenida aún la espada en su mano derecha, cogió a Alysa de la cintura con la otra mano.

Alysa suspiró, no sabía cómo reaccionaría Gilmore esa mañana, ya tuvo su cuerpo la noche anterior, tal vez ahora ignoraría su presencia,

ordenaría echarla de sus aposentos… Y, sin saber cómo, se puso de puntillas y lo besó, un dulce y casto roce de labios. Se apartó al instante, rojas sus mejillas como la grana. Gilmore arqueaba una ceja con sorpresa, Alysa debía pensar más las cosas, se arrepintió de inmediato allí, en mitad del patio, con sus hombres mirándolos, había sido una estupidez, se giró para salir de allí.

Gilmore apretó su cintura, evitó que Alysa escapara y la estrechó contra su torso desnudo, la besó como él deseaba siempre hacerlo, comiendo de su placer al acariciar la lengua con la suya. Sonrió en sus labios cuando oyó los vítores de sus hombres y la soltó, si seguía besando de esa manera a Alysa, tendría que cargarla en sus brazos y subir de nuevo a los aposentos a hacer el amor con ella una y otra vez. Reticente, se apartó, dejó que Alysa respirase mientras sus miradas se apartaban.

Alysa recuperó el color, carraspeó mientras Gilmore volvía al entrenamiento y, con toda la dignidad que fue posible ante las sonrisas de las mujeres que estaban a las puertas del salón, entró dentro. ¿Y, ahora, quién tenía hambre? Pensó con una sonrisa en los labios que no desapareció en toda la mañana.

—Gilmore —avisó Mortag.

—No, ahora no —refunfuñó Gilmore, el tono de su amigo era el mismo que siempre utilizaba cuando iba a decirle algo que no le gustaría.

—¿Qué haces con la chica? Todos nos hemos encariñado con ella, es una mujer valiente y graciosa, a pesar de sus ironías, no está bien que le des esperanzas de salvación. Alysa, a veces, parece un cervatillo asustado, a pesar de su voluntad.

—No es cosa tuya, Mortag.

—Sí cuando es nuestra prisionera. ¿Cuándo emprenderemos camino al norte de nuevo? —lo azuzó Mortag. Tan solo esperaba que Gilmore confesara lo que todos ya sabían desde que su viaje había comenzado —. No sabemos nada de Rob y la otra mujer, no han mandado ningún mensaje.

—Cuando la muchacha se recupere.

—¿Será pronto o pretendes pasar el invierno aquí entre sus faldas?

Mortag enseguida comprendió que se había pasado, pero algo tenía que hacer que Gilmore reaccionase, nadie quería quedarse sin el oro que tan bien vendría ante el invierno, pero tampoco deseaban entregar a Alysa a los hombres del norte.

—Dos días, en cuanto Alysa esté bien, partiremos hacia las tierras de Breogán. Ella es consciente de que esto es algo temporal.

Mortag lo miró asombrado, ¿era capaz de ser tan cabezota? Nadie que hubiera visto la mirada de Alysa podía decir que era algo temporal, esa muchacha estaba enamorada de Gilmore, y como

Mortag sabía, Gilmore estaba enamorado de ella.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que Alysa estaba tras las puertas del salón y había escuchado su conversación, solo Margaret, que tiró de su brazo sano para llevarse a Alysa de allí y que nadie viera sus lágrimas.

Capítulo 26



—Por favor, Alysa, piénsalo bien. Gilmore no quería decir…

—Sí, Margaret, quería decirlo —atajó las palabras de la mujer—. Soy oro, mucho oro para él, y no renunciará a ello. Esto solo ha sido una tregua temporal, un juego para él, me equivoqué del todo. Debí hacer caso a Cristina, alejarme de Gilmore todo cuanto me fuera posible, fue culpa de esos ojos de brujo y de esa sonrisa, utiliza como desea sus encantos, me engañó su amabilidad, sus modales corteses conmigo.

Margaret siguió con la mirada a Alysa mientras esta guardaba sus cosas en la misma bolsa que había traído Gilmore con ellos. Vio como dudaba al rebuscar en el viejo baúl de vestidos que él se había encargado de traer para ella, resopló con fuerza y, al final, arrugó dos vestidos que apenas entraban en la bolsa, los apretó sin conmiseración hacia las hermosas telas. Esa muchacha estaba enamorada, locamente, de Gilmore Cam, y él acababa de romper su corazón con unas pocas palabras. Margaret estaba segura de que Gilmore había mentido de una forma vil y tonta, estaba tan enamorado de la muchacha como ella de él. No conocía qué obstáculos los separaban, por qué Gilmore era su captor y a quién debía entregar a Alysa, conocía los problemas del castillo, necesitaban oro para comprar más ganado, para comprar reservas para el invierno, pero el hambre no asolaría la fortaleza, había suficiente para todos, aunque tuvieran que racionar un poco los alimentos. La caza nunca faltaba en los valles al pie de las montañas ni el bosque, aunque la nieve cubriera el suelo durante tres meses. No necesitaban oro, necesitaban un *laird* capaz tanto de mantener el orden como de sonreír. Y Alysa podía lograr tamaña hazaña, Margaret estaba convencida.

—¿Quién es Cristina? ¿Qué significa para ti, Alysa? —preguntó en un tono que a cualquiera hubiera parecido inocente, pero Margaret lo hizo con toda la intención. Consiguió su fin, puesto que Alysa dejó de guardar cosas, furiosa, y se sentó en la cama.

—Es… No sé qué demonios es Cristina, desespero su carácter dulce, me regaña de forma constante, evita que haga tonterías y levanta así el dedo cuando se enfada, es muy pesada, y me enerva su forma de defender lo indefendible y su cabezonería… —Alysa guardó silencio un instante y levantó la mirada hacia Margaret.

Margaret sintió una enorme congoja en el corazón al ver a esa

muchacha, Dana podía decir que tenía siglos a sus espaldas, había oído hablar del clan de los infinitos, seres que esparcían el mal y su poder por toda Escocia, no reconocían a reyes ni prelados de la Iglesia, pero Alysa no era como ellos, sentía la bondad debajo de aquellos poderosos ojos y el latido de un corazón noble. Ella había tenido a su hija para que siguiera atada a la vida, ¿y esa muchacha? ¿Cuánta soledad habría acumulado en su peregrinar?

—Creo que Cristina es mi amiga, mi única amiga —sentenció Alysa mientras bajaba la cabeza, avergonzada por reconocer todo lo que significaba para ella Cristina.

Se sentó a su lado y Margaret cogió sus manos.

—¿Y qué haría Cristina en tu situación?

Alysa suspiró fastidiada.

—Esperaría a esta noche para hablar con Gilmore sobre lo que había escuchado a escondidas.

—Me parece muy sabia esa amiga tuya.

—No creas, Margaret, se ha casado con un tonto, no creo que sea muy lista.

Margaret sonrió al ver como Alysa esbozaba una media sonrisa.

—El corazón es caprichoso, si no lo fuera, no se entregaría de forma tan completa y desinteresada. ¿Has pensado que Gilmore tal vez no sea capaz de reconocer como tú el sentimiento que os une?

Alysa asintió, ella misma negaba lo que su corazón clamaba. Margaret tenía razón, ahora sabía que nunca antes de Gilmore había amado a nadie con todo su ser, Robert fue una obsesión, su monje de Iona, alguien que la necesitaba, pero Gilmore, todo era diferente, no tenía que haberse enamorado de él desde el primer momento en que apareció en la noche de luna llena en aquel bosque de Roca del Cuervo.

—Está bien, Margaret, hablaré con Gilmore esta noche. Todo se solucionará, ¿mientras crees que podrías subir algo de las cocinas, no quiero encontrarme con Gilmore en este momento? —pidió a la mujer, la única excusa que se le ocurrió a Alysa para poder pensar a solas.

Margaret asintió conforme y se levantó, al soltar sus manos, Alysa miró con fijeza las marcas del tatuaje borrado de su piel quemada, la cicatriz en ambas muñecas. Nunca dejaría de ser quien era, aunque las décadas pasaran y a su alrededor el tiempo se llevara a aquellos que la rodeaban. Margaret salió, dejó la puerta abierta de los aposentos y Alysa supo qué debía hacer, aunque su alma estuviera condenada para toda la eternidad, ¿pero cuándo había temido tal cosa? Nunca.

Un año antes.

Alysa atravesó el claustro de Iona, la abadía era pequeña y delicada, de gruesos muros y algo desvencijada. Cuando el sol despuntaba, los arcos de media punta y columnas dobles creaban preciosas formas en el suelo de piedra, a menudo, Alysa paseaba en silencio al amanecer, bajo la mirada reprobatoria de los monjes al caminar sobre suelo sagrado. En el centro del patio, con senderos marcados por el paso de los sacerdotes, se habían creado diferentes caminos en torno a la fuente central de piedra, un hermoso cardo de flor cerrada que arrojaba agua con el deshielo de la primavera. Alysa atravesaba cada día la arcada que daba paso al otro patio rectangular y seguía «el sendero de los muertos», la paz de aquel camino que atravesaba el cementerio de los reyes pictos y escoceses hasta el momento, altos sepulcros de piedra, con rostros ya desfigurados de reinas y monarcas hacía que se sintiera mortal.

Al terminar el edificio, antes de tomar el camino hacia el mar, estaba la estatua en piedra de Columba, el sacerdote que llevó el cristianismo a Escocia, Alysa, temeraria, siempre sonreía al ver el deshecho rostro a causa del viento y la lluvia, se suponía que Columba se había enfrentado a la bestia del lago Ness y, pronunciando las palabras «No irás más lejos», lo venció. Alysa había aprendido que en las leyendas siempre hay una parte de verdad y ciento no reales.

En la pequeña colina estaba Ethelred, sentado frente al mar, su sotana se agitaba ante el fuerte viento. Alysa no acababa de entender por qué se vestía como un monje y vivía entre ellos cuando nunca se había entregado a la orden. Sospechaba que ella era la causante de que aún no lo hubiera hecho, ella y otras mujeres antes que Alysa. Ethelred ni siquiera la oyó cuando se sentó a su lado, murmuraba sus oraciones en lugar de arrodillado como un sacerdote, sentado con las piernas cruzadas. Alysa compartía una vida sencilla con él, una que no era de su agrado, pero Ethelred era un refugio seguro en un mundo que se le antojaba demasiado antiguo y ajado para ella. Habían hablado la tarde anterior acerca de la enfermedad de Ethelred, el monje que sanaba a las gentes del pueblo y a los sacerdotes de la abadía decía que no le quedaba demasiado tiempo.

—Caminas como un ángel, Alysa —dijo él antes de que se sentara a su lado.

—No soy una enviada del cielo —sonrió Alysa. Levantó la barbilla desafiante para que el viento frío del norte azotara su rostro. Sintió el olor a mar y salitre e hinchó los pulmones con la brisa limpia del norte.

—Es hora de que te vayas, Alysa, se acerca mi final y no desearía que tuvieras que ver cómo muero. No tengo cura ni remedios que puedan sanarme. Alysa, cuando nos convertimos en seres de larga

vida, jamás pensé que una enfermedad acabaría conmigo, siempre pensamos que éramos inmortales, el cielo me ha hecho pagar mi pecado de presunción.

Ethelred no la miraba, sino que sus ojos oscuros, herencia de sus antepasados sajones, se dirigían hacia el horizonte. El mar había amanecido manso, y el único árbol sobre la colina se mecía por culpa de la brisa.

—Me quedaré a tu lado, amigo, has cuidado de mí demasiadas veces cuando no sabía dónde ir. He huido de mi clan y ahora no tengo hogar, has sido mi mejor amigo.

—¿Y esa muchacha de la que me hablabas, Cristina?

—Está casada con Robert, no creo que sea mi lugar. Hay heridas que cuesta cerrar, no tengo nada en contra de ella, pero aún duele mirar a Robert, veo en él la chiquilla que fui, el tiempo que nos amamos y nos odiamos. Creo que me quedaré en las islas un tiempo.

Ethelred cogió su mano, apoyada sobre la hierba húmeda. Alysa no se movió, giró su muñeca para entrelazar los dedos con los de él y Ethelred acarició con el pulgar la cicatriz donde había estado su tatuaje de las serpientes. El suyo se veía desdibujado a causa de las arrugas de su muñeca. Ethelred huyó siempre del clan, retirado como un monje, porque sabía mejor que todos que no envejecer era una maldición. Se había dedicado a estudiar a los antiguos, los filósofos, griegos, a los romanos, celtas, en el único lugar de Escocia donde acababan todos los libros, sabía leer y escribir, la abadía de Iona.

—No quiero llevarme conmigo el secreto de tus ancestros, Alysa, hay una manera de cambiar tu condición, de que dejases de ser infinita. Breogán y los demás ya no tendrían control sobre ti. Lo encontré.

Alysa entornó los ojos escéptica y, aún aferrada a su mano, se situó delante de él. Con cariño, rozó sus mejillas sin color, profundas ojeras negras bajo sus bondadosos ojos.

—No sé si quiero dejar de ser especial, Ethelred, ni si estoy preparada.

—¡Oh, mi sibilina Alysa! Cambiarás y dejarás que tu corazón aflore, yo solo te hago un regalo, tal vez algún día quieras ser como el resto de los mortales.

Alysa no comprendió las palabras de Ethelred, ¿qué corazón? Lo había perdido hacía siglos.

—Me quedaré contigo hasta el final, Ethelred —afirmó Alysa, no quería que su monje le diera tal poder a ella, una mujer interesada, malévola y egoísta. Ethelred, sin embargo, con sus escasas fuerzas, tironeó de sus manos e hizo que se acercara a sus labios.

—«Clach Na Criche». La piedra de los deseos.

Él, entonces, soltó su mano y Alysa quedó de frente a Ethelred con

las rodillas clavadas en la tierra mojada. Estaba enfadada con él, no era ella la persona adecuada para guardar aquel secreto ni tenía la voluntad para hacérselo saber a otros.

—¿Por qué, Ethelred? No quería saberlo.

—Alysa, hace años que soy un hombre más gracias a «Clach Na Criche», pero tú no has querido ver mis arrugas —dijo él, se acercó hasta que sus frentes quedaron a la par. Alysa intuía que Ethelred apenas podía levantarse a causa de la debilidad de su cuerpo—. Un día te enamorarás de verdad, amarás a un hombre tanto que sacrificarás tu vida por él, darás toda tu alma sin esperar nada a cambio, si eres correspondida, sentirás la fuerza de ese sentimiento maravilloso y desearás envejecer a su lado. Yo nunca fui ese hombre, Alysa.

Alysa se soltó de sus manos que cubrían sus mejillas y cayó sentada frente a él. No le gustaba la forma de hablar de Ethelred, pareciera que aquello era una despedida. Estaba cansada de orar, de escribir y leer, de estar en silencio y sentir como Ethelred moría a cada respiración. Se levantó enfadada con él, lo quería muchísimo y necesitaba huir de él, su corazón sufría, y era algo a lo cual no estaba acostumbrada.

Ethelred murió a finales de aquel año entre sus brazos, y como si fuera una premonición, allí estaba ella hasta el final, para comprender que las arrugas de su rostro mostraban que «Clach Na Criche» le había devuelto su condición humana. Había sido la decisión de Ethelred y Alysa había logrado aceptar su deseo.

Alysa agitó la cabeza para deshacerse de la tristeza y las lágrimas al recordar a Ethelred. Miró los muros de fría piedra de la fortaleza de Gilmore Cam. Siempre fue demasiado escéptica con las cuestiones del corazón, y allí estaba, enamorada de un hombre que tan solo quería llevarla a morir al norte. Alysa miró hacia el rincón, las ropas de Gilmore y el lecho en que se habían amado, el castillo sin nombre, acarició la superficie del baúl de madera como si fuera el hermoso rostro de su dueño. Escuchó los pasos de Margaret al volver de las cocinas con su comida, su oportunidad de escapar había pasado. Lo haría esa noche, al abrigo de la oscuridad, después de pasar sus últimos momentos con Gilmore. Iba a huir una vez más, pero esta vez a salvar a Gilmore y el destino de las gentes de aquel castillo. Conocía a Breogán y a los infinitos, Gilmore no viviría tras entregarla, no si era alguien peligroso para ellos.

Alysa sonrió. Ethelred se reiría ahora, y después le diría que estaba orgulloso de su proceder. Y que siempre tuvo razón con ella, al fin y al cabo, Alysa Donell era capaz de amar.

Capítulo 27



Gilmore, hastiado, llamó a uno de los guerreros más jóvenes para que limpiara y afilara su espada. Llevaba horas al raso, entrenando con sus hombres, no les había permitido tregua, ni siquiera un segundo de respiro. Había vociferado como un loco, blandió su espada contra todos y los había derrotado. En otro tiempo, aquello lo hubiera calmado, luchar y luchar hasta desfallecer. Mortag se había negado a combatir contra él en ese estado. Las palabras de su amigo habían resultado afectarle demasiado. Y él, con todo esa furia dentro, había mentido. No quería entregar a Alysa, no quería su muerte, ansiaba dejar de ser su captor para ser otra cosa. Aún tenía la sonrisa de su boca atrapada en sus ojos. La noche que habían pasado juntos no había sido fruto únicamente de la pasión. Estaba enamorado de Alysa y se resistía a ello.

Recordó el instante en que estuvo a punto de perderla a causa de esa flecha que iba destinada a él, su ternura en el lecho y su entrega. Los últimos días, Alysa había sido feliz en su castillo, lo sentía en cada mirada perpleja, cada suspiro de alegría al ver que era tratada con respeto y cariño por su gente. Alysa no era el demonio que todos creían.

Gilmore apretó el paso, necesitaba hablar con Alysa, por primera vez, en serio, sin dobleces ni mentiras, si ella lo aceptaba, se enfrentaría al mundo entero si hacía falta. Rompería su acuerdo con Breogán y su clan y protegería a Alysa de todos. No podía presentarse ante Alysa así, el sol caía en el horizonte, debía limpiarse del sudor y la tierra, serenar su espíritu y acudir después a ella decidido.

Volvió en una hora, reafirmado en su idea, despierto a causa del agua helada del lago. Entró en el salón y vio que sus hombres lo esperaban para la cena. Hizo una señal de que empezaran sin él, Alysa no estaba allí con los demás.

—¡Margaret! —bramó indeciso sin saber dónde se encontraba Alysa.

La mujer se acercó fastidiada, no le gustaba que le gritase, pero sabía perfectamente lo que quería Gilmore.

—Está en vuestros aposentos, se sentía cansada, ha pasado encerrada el día entero.

—¿Está bien? Sus heridas…

—Ha recuperado las fuerzas, no es en su herida donde está el dolor.

Gilmore frunció el ceño sin entender qué quería decir Margaret, ahora no tenía tiempo para acertijos, así que pasó a su lado y fue al encuentro de Alysa. Una parte de él temía aún las artimañas de Alysa, pero cuando abrió la puerta de sus aposentos, vio a Alysa sentada en la butaca frente al fuego. Sobre los hombros llevaba su tartán, el mismo que tantas veces durante el viaje había envuelto a los dos sobre la montura.

—Alysa, ¿estás bien, *nighean*?

Alysa sonrió como si hiciera años que no lo veía y el corazón de Gilmore se encogió ante tan maravillosa visión. El fuego se reflejaba en su pelo cobrizo, sus enormes ojos azules estaban vidriosos a causa del sueño y tenían el reflejo de las llamas en ellos. Llevaba una fina camisola que cubría su cuerpo de forma pudorosa, de mangas anchas y ruedo bajo. Gilmore supo que había tomado la decisión correcta, quería volver cada día a su lecho y encontrarse a Alysa a su lado.

—Margaret me dijo que estabas cansada.

—Estoy bien, solo necesitaba estar a solas —contestó ella con esa voz melodiosa y dulce, la misma que había susurrado el nombre de Gilmore en el lecho.

Gilmore atravesó la habitación y se agachó frente a ella, Alysa sonrió al tocar su cabello negro aún mojado, entrelazó sus dedos para apartar los mechones de su rostro. Entendía las razones de Gilmore a pesar de todo, entregarla a Breogán a cambio de la subsistencia de su clan, pero no podía estar a su lado, aunque él reconociera el sentimiento que los unía. Veía en los ojos de Gilmore que demoraría un día, después otro, no retomaría el viaje con alguna excusa, que Alysa no hubiera amado antes, no significaba que no viera en sus ojos la lucha que mantenía ese hombre consigo mismo, las palabras de horas antes solo eran eso, palabras.

Gilmore sintió la suavidad con que Alysa acariciaba su pelo, su rostro y quedó desarmado ante aquella mujer. Se levantó y cogió su cuerpo con agilidad entre sus brazos para llevar a Alysa a su lecho.

—Alysa, debemos hablar.

Alysa, entre sus brazos, puso su mano sobre la boca y acercó el rostro al de Gilmore. Se besaron con intensidad hasta que Gilmore dejó que cayera con cuidado sobre las mantas. El pelo de Alysa quedó esparcido a su alrededor y aquello que a Gilmore tanto le costaba decir con palabras quedó olvidado al instante por la acuciante necesidad de entregarse a Alysa.

Alysa acarició con devoción la áspera mejilla de Gilmore, donde la barba comenzaba a asomar, recorrió con los dedos la cicatriz de su ceja, otra que bajaba por su mejilla, nunca una imperfección le había

parecido tan hermosa. Llegó al mentón fuerte y marcado y descendió hasta el hueco que quedaba en su camisa y mostraba su torso. Ella sola sintió sus mejillas sonrojarse, recordar el momento en que vio a Gilmore en el patio, con solo los pantalones puestos, al blandir la espada y ver como sus músculos se contraían y estiraban con la perfección de las olas en el mar. Sonrió con los labios sobre los suyos y Gilmore correspondió a su gesto sin entender.

—Alysa Donell, ¿intentas robar para siempre mi sonrisa?

Parpadeó asombrada de cómo un hombre con aquella tremenda fuerza en su cuerpo era capaz de blandir la espada y decir cosas tan hermosas al mismo tiempo.

—No sería capaz, Gilmore, es quizá tu mayor cualidad, la de siempre evitar una risa, porque cuando se escapa de tu boca, es como un preciado regalo.

Ahora le tocó a Gilmore sonreír satisfecho, las mujeres habían halagado su valor, su fuerza, su…, pero nunca una simple sonrisa. Alysa era capaz de que su piel se erizara y su maltrecho corazón latiera con fuerza. Cogió su rostro con ambas manos, profundizó el beso al acariciar con la lengua su boca. Alysa era un bello tesoro al corresponder a su pasión. Deslizó su mano por el perfecto hueco de su clavícula mientras la besaba, rodó a un lado, necesitaba ambas manos para cubrir sus pechos, arrastrar la camisola de ancho cuello y mostrar sus preciados tesoros ante sus ojos. Llevó a Alysa con él, enredados en mantas que picaban sobre su piel al roce de sus dedos, atrapó su pecho con la boca, acarició sus senos con devoción y se dejó acariciar los brazos, clavar las uñas en su carne, Alysa lo colmaba de placer al admirar su cuerpo.

Alysa suspiraba, apenas entraba aire en sus pulmones mientras miraba a aquellos ojos del color del ámbar, se estaban amando, tocando, sin dejar de mirarse, como si pudieran entrar en el otro y saber qué sentía. Jadeó cuando Gilmore delineó sus caderas con posesión y la colocó bajo su cuerpo con las manos en las nalgas.

Gilmore se apoyó en los codos, sostenido su peso con los antebrazos, marcó un sendero de besos sobre el estómago de Alysa hasta la curva de su sexo. Alysa se retorció, abrió los ojos hambrienta de placer y Gilmore lamió la uve entre sus piernas con tal lascivia que Alysa se abrió para él sin límites. Con pesar, Gilmore se retiró hasta trepar por su cuerpo, rozando cada parte de su piel.

Alysa sintió el roce de la erección de Gilmore sobre su húmedo canal, presionó las caderas contra él, decidida a obligar a Gilmore a que entrara en ella. Maldito truhan que se negó, apartó el calor de su miembro con una sonrisa ante el quejido que se escapó de sus labios. Pensaba jugar con ella, retrasar su placer, aumentar de una forma ya imposible su deseo. Alysa entonces se encorvó para él, mostró sus

pechos ante su rostro y rozó el resto del cuerpo contra el de Gilmore. Iba a ganar aquella lucha de voluntades.

Gilmore no pudo resistirse, volvió a colocar las caderas de Alysa, obligó a que se estuviera quieta y, sin dejar de mirar sus ojos, penetró su interior de una embestida. Alysa estaba preparada, aceptó su miembro, sintió como se deslizaba a través de ella, entre la humedad de ambos, encerrando a Gilmore en su interior. Toda ella se contrajo, el hueco de su alma se llenó de paz, el corazón, de latidos apresurados que sabría le llevarían hasta el colmo del placer. Gilmore se movió en círculos en su interior, intentó abarcar cada rincón del interior de Alysa y seguir escuchando sus gemidos. Miró fascinado su rostro, atravesado por el placer, sus mejillas arreboladas, la respiración entrecortada, era la misma visión de una reina en su lecho. Gilmore trató de prolongar aquel instante más allá de lo imaginable, el preludio al placer intenso, Alysa no se lo permitió de nuevo, se agarró a sus brazos y levantó sus caderas. Gilmore se apartó, se hundió en ella, retrocedió y acometió cada vez más fuerte, hasta que sintió a Alysa encogerse, destensarse, al instante, sus pechos mostraron cómo el placer se adueñaba de ella y Gilmore se vació en ella, a la vez que latía en su interior, inconmensurable y perfecto. Alysa y él estaban hechos para hacer el amor hasta las salidas del sol.

Alysa, que la noche anterior había huido de él, siguió abrazada a su cuerpo, sin importar su peso sobre ella. Acarició su espalda, su pelo, agarró su nuca para besar sus labios. Gilmore enlazó su mirada con ella, feliz y agotado, rodó a un lado y Alysa buscó la posición que la noche anterior tanto la había incomodado, acurrucada su espalda y el trasero contra el torso y las caderas de Gilmore.

—Alysa —susurró Gilmore, aún necesitaba decirle a Alysa aquello que sentía, que jamás la dejaría marchar de aquel castillo. Ella se removió, pero su respiración era pesada. Gilmore suspiró hondo, su hermosa amante se había dormido. Prendió un beso en su cabello sin poder evitar que las palabras escaparan de su boca—. Te amo, Alysa, como nunca soñé hacerlo.

Alysa simulaba estar dormida, apretó los labios para no contestar en contra de su corazón. «Te amo, Gilmore», susurró la voz que nacía de su interior.

En otro tiempo, en otras circunstancias, Alysa estaba segura de que Gilmore era el amor que a todos se promete cuando empiezan a comprender lo necesario de entregar tu corazón a los demás.

Esperó y esperó hasta escuchar como la respiración de Gilmore se hizo más fuerte y separada. Se había dormido al fin, no era difícil después de ver como se esforzaba en el patio de armas en su entrenamiento. Alysa se deslizó entre las mantas, en silencio, con cuidado de no despertarle. El frío de la noche se adueñó de su cuerpo

al salir del calor del lecho y miró atrás. La visión de Gilmore, con el pelo revuelto cubriendo parte de sus ojos, sus hombros desnudos y relajados, su respiración tranquila. Alysa observó su rostro, intentó llevarse con ella esa imagen que debía perdurar en su memoria hasta que fuera su fin. No entendía en qué momento se había enamorado de él, quizá la primera vez que lo vio al reflejo de la luna en aquel bosque, tal vez fuera cuando montó por primera vez con Gilmore y él la cobijó en su tartán, era imposible de precisar porque Gilmore, y no otro hombre sobre la tierra de Escocia, se había adueñado de su corazón. ¿Existía una fórmula para el amor, o solo se debía encontrar un alma a la par de la suya?

Alysa suspiró para tomar fuerzas y, por primera vez, sacrificarse de verdad por alguien, Gilmore lo merecía, su clan de desheredados, como ella misma, lo merecían. Se vistió en silencio, con sus pantalones bajo el vestido marrón que Margaret había remendado y lavado para ella, se echó la capa sobre los hombros y ató el nudo tras rodear el cuello. Salió de la habitación temiendo que Gilmore hubiera dejado un guardia en el corredor, miró a un lado y otro, por fortuna, no había nadie. Bajó las escaleras, agarrada a la cuerda, y rodeó el salón. En la oscuridad, se oían ronquidos, el fuego de la chimenea iluminaba a los sirvientes y guerreros que dormían en el salón. Alysa llegó a las cocinas, los hornos encendidos servían para que más gentes del castillo durmieran allí. Suspiró aliviada cuando vio a quien buscaba, la curandera dormía junto a la alacena, más cerca del fuego a causa de su edad.

—Dana, despierta —susurró en el oído de la anciana curandera, tapó su boca para que no hiciera ruido alguno. La anciana abrió los ojos muerta de miedo y Alysa le indicó silencio, una vez que afirmó con la cabeza, quitó la mano de sus labios.

—¿Qué quieres de mí, Alysa, en mitad de la noche?

Alysa sonrió, la anciana era muy lista, con esa cara de inocencia, hasta ahora, Alysa se había comportado en el castillo como una mujer de enorme mesura y bondad, pero ese momento había pasado. La tormenta volvía a su alma oscura.

—No te andes con tonterías, anciana, dime dónde está Breogán, le has informado de que estoy aquí.

La anciana hizo un puchero, abrió los ojos con inocencia. Alysa apartó la mano.

—No sé de qué me hablas, Alysa.

Alysa volvió a tapar su boca al notar como la anciana elevaba la voz.

—No soy idiota, Dana —regañó a la mujer. Tiró de su manga con la mano y quedó a la vista en su muñeca el dibujo de las dos serpientes entrelazadas—. Confiesa, Dana, ¿viene Breogán de camino hacia aquí

o no?

Dana retrocedió asustada, en cierta manera, venía bien que Breogán siempre estuviera difamando su persona.

—Sí, el mensaje me llegó esta mañana con un muchacho.

—Di, dónde estaba cuando lo escribió.

—A dos días a caballo, al norte.

Alysa quedó pensativa un instante.

—¿Y dónde estamos ahora mismo?

La anciana, al ver que, al fin y al cabo, Alysa no le haría daño, se rio en un murmullo.

—Estamos a dos días al sur de Breogán.

Alysa estuvo a punto de zarandear a la anciana, maldito sentido del humor que tenía. Eso le dio una idea.

—Vamos, bruja, me guiarás para salir de la fortaleza sin que nos vean. Seguro que Breogán quiere recompensarte por entregarme.

Dana negó con la cabeza, iba a gritar cuando Alysa lo impidió, metió un trapo en su boca, con toda la grasa del tocino, y obligó a la mujer a salir de las cocinas por la puerta de atrás. Alysa no deseaba hacerle daño a Dana, pero al ver que no colaboraba, le puso la hoja afilada de su daga en el cuello, su actitud cambió por completo y comenzó a guiar a Alysa hacia las cuadras.

Atravesaron el patio en silencio, Alysa seguía a Dana, esperaba que, en cualquier momento, uno de los guardias de las almenas se diera la vuelta y, con una orden, detuviera a ambas, o, peor, con una flecha lanzada a la oscuridad. Alysa frunció el ceño, aún le dolía la última saeta que atravesó su brazo. Al llegar a los establos, Dana señaló uno de los caballos y Alysa cogió las riendas, se deslizaron entre los animales encerrados en sus casillas, el heno del suelo amortiguaba sus pasos y los caballos, en su mayoría dormidos, no se alteraron por su presencia. Preguntó con la mirada a Dana y ella señaló el final del establo. Alysa no había visto la portezuela del fondo, entre las sombras sin iluminar, entonces comprendió, allí, a un lado, estaba el mozo de cuadras, gracias al cielo, dormido. Lo rodearon y llegaron a la muralla. Dana volvió a señalar y Alysa empujó la puerta de madera con el pie, si alguien había oído el golpe, estaba perdida. De forma apresurada, empujó a Dana, Alysa guio al caballo de las riendas y salieron a un prado que había divisado desde una de las ventanas.

Montó a Dana tras ella, nada podía impedir que la anciana se arrojara de la montura, tendría que arriesgarse, debían alejarse de Gilmore antes del amanecer.

Gilmore suspiró cuando vio dos figuras a caballo alejarse de la muralla. Se había despertado como si de una premonición se tratara, al no ver a Alysa a su lado, se había acercado a la ventana, justo para ver como dos figuras envueltas en capas, una más anciana y la otra,

sin duda, Alysa, por su forma de caminar, escapaban de la fortaleza. Gilmore observó con tranquilidad como tomaban el sendero del norte, no tenía sentido, si fuera Alysa, correría hacia el sur para huir de Breogán. Vio el baúl abierto, donde ocultó el primer día de su llegada el manuscrito del tiempo, Alysa se lo había llevado. Solo ahora Gilmore comprendía qué era el amor verdadero, iba a dejar que Alysa encontrara su camino, que estaba muy lejos del suyo. Dejó que huyera con su alma quebrada en dos.

La puerta se abrió despacio y Gilmore se giró, Margaret estaba en camisón y su mirada parecía profundamente apenada. Llevaba una vela en la mano y la cera caía sobre la manga sin que se diera cuenta.

—Gilmore, se ha marchado, seguí a Alysa hasta las cocinas, se ha llevado con ella a Dana. ¿Debería haberla detenido?

Gilmore agradeció a Margaret su eterna preocupación por cuanto acaecía en el castillo, en especial, con Alysa, había tomado cariño a su *banshee*.

—Margaret, no pasa nada, Alysa hubiera encontrado la manera de huir de una forma u otra, tampoco me he esforzado en retenerla en el castillo. —Gilmore tomó aliento y se mesó el cabello, sus ojos brillaban a la luz del fuego con un color espectral—. No sé qué me ocurre con ella, desde el primer día, supe que debía alejarme de Alysa, tiene algo, no sé, Margaret —dudó desesperado—. No he podido impedir que escape, tampoco quería, no después de todo lo que he vivido con ella. He dejado que se marche, Margaret, como un cobarde antes que confesar que la amo.

Margaret se acercó a Gilmore y, a pesar de su pequeño cuerpo, abrazó a su señor, como el hijo que nunca había tenido. Gilmore sonrió ante el cariño que siempre le había demostrado Margaret desde su llegada al castillo, cuando encontró a la mujer en mitad del camino con su hija pequeña, expulsada de su clan, huida por lo que ellos decían era un asesinato, enseguida recordó a Gilmore a su madre. Nunca se había arrepentido de su decisión de traerse a su hija y a ella a vivir a su hogar.

—Eso es amor, Gilmore. Has dejado que se marche para salvar a Alysa, pero no creo que haya huido, hablé con ella antes, me dio la impresión de que va a enfrentarse a ese Breogán. Es consciente de que necesitamos lo que sea que ese clan te prometió, no quiere obligarte a decidir entre tu gente y ella.

Gilmore pensó con detenimiento las palabras de Margaret, por eso Alysa había tomado el camino del norte, ¿pero por qué llevarse a Dana?

—¿Se ha comportado Dana de manera rara desde que llegó Alysa?

—Ella es extraña, una curandera muy buena, pero la mayor parte del tiempo está sola, soy la única que trata con ella, a parte de los

enfermos.

—Margaret, ¿alguna vez viste si tenía una marca?

Margaret abrió los ojos al recordar algo.

—Me resultó curioso, tenía un dibujo en la muñeca, dos serpientes entrelazadas, me fijé porque me pareció peculiar, era muy similar a la marca de Alysa, la quemazón de su piel.

Entonces Gilmore cogió a Margaret por los hombros con una sonrisa tan henchida que la mujer temió que se estuviera volviendo loco de remate.

—Era una espía, Margaret, Dana era una espía, ¿no lo entiendes? Alysa se ha llevado a Dana para ir en busca de Breogán, para guiarla hasta él.

—No, Gilmore, hace rato que no entiendo nada. ¡Pero eso es horrible!

Gilmore agitó su cuerpo con una alegría inusitada, como si el corazón quisiera escapar por los ojos.

—Tienes razón, Margaret, yo tampoco comprendía, Alysa no ha huido de mí, va en busca de Breogán, va a entregarse por mí, por nosotros, por su amiga Cristina. ¡Qué equivocados estábamos todos con ella! Tiene claros y sombras en el alma, como todos nosotros, pero ha triunfado su sentido del deber y espero que algo más.

—Te ama, Gilmore, estoy segura.

—¿Hay alguien capaz de sacrificar su vida de tal manera por otro?

—Ya lo hizo cuando se interpuso entre esa flecha y tú, ¿aún lo preguntas, Gilmore?

Negó con la cabeza, era cierto, la segunda vez que Alysa se iba a sacrificar por él. Tenía que haberle hecho saber a su dama que la amaba con todo su corazón. Ahora tenía que encontrar a Alysa antes de que fuera demasiado tarde, Gilmore no podía permitir que cayera en manos de Breogán ni que muriera. ¿Qué haría él sin Alysa en el mundo? ¿Quién lo haría hervir de furia y consumirse de pasión? Fue hasta el rincón donde estaban sus armas, su *cotum* de cuero, podía alcanzar a Alysa, aunque fuera a caballo, seguir su rastro y evitar el desastre que él mismo había propiciado.

—¡Margaret! ¡Despierta a Mortag, a todos en el castillo!

Margaret sonrió orgullosa de Gilmore, al fin se había dado cuenta de que tenía un corazón, inmenso y precioso, debajo de aquella apariencia de lobo solitario.

—¡Qué les digo, Gilmore!

—Que preparen sus armas, nos vamos a la guerra. Vamos en busca de mi dama.

Capítulo 28



Robert dio la orden de detenerse al ver las dos almenas del castillo, habían rodeado las montañas durante cinco largos días en busca de aquella maldita fortaleza escondida al abrigo de las montañas, en un valle que descendía hasta una hondonada que no permitía ver la edificación en la lejanía. Rob, el amigo de Gilmore Cam, se había negado a darles su ubicación, y él, como hombre de honor, lo entendía, por ello había enviado a los prisioneros de vuelta a Roca del Cuervo. Miró a su lado, Cristina cabalgaba su propio caballo desde su última discusión, Robert había ordenado que ella se fuera con la partida que llevaría a los hombres de Gilmore a sus mazmorras. Claro está, Cristina se había negado.

—Te lo dije, esposo, por tu impaciencia, no hemos dejado de dar vueltas.

—Cristine, ahora no.

Su mujer frunció el ceño, de verdad que no podía aguantar las ganas de decirle lo mucho que lo incordiaba. Entonces, Cristina acercó su caballo y puso su mano sobre la suya para reconfortarlo. Robert sonrió porque su esposa, a pesar de que fuera la única persona sobre la faz de la tierra que lo regañara, le llevara la contraria y lo azuzara, era el amor de su vida. Sus dedos se entrelazaron al girar Robert la mano y ella respondió deslizándose con una caricia las palmas de ambos.

Una tos imprudente hizo que se separaran para mirar a Stephen, molestos.

—¿Y ahora qué, Robert, *milady*? ¿Asediamos el castillo hasta que Gilmore nos entregue a Alysa? ¿Cuál es el plan?

—Es una opción —sugirió Robert divertido.

—Pediremos por favor que Alysa nos sea entregada —bromeó Cristina, aunque eso era exactamente lo que tenía pensado hacer.

Stephen los dejó a ambos por imposibles y azuzó su montura hasta ponerse delante. Quizá, en otras circunstancias, Robert hubiera rebasado al momento a su amigo, pero estaba demasiado ocupado ocultando una sonrisa. Cristina le dirigió una mirada cargada de intenciones cuando ambos azuzaron a sus caballos, no habría pelea.

Gilmore mantenía las puertas abiertas del castillo, pretendía salir al

alba en busca de Alysa, ahora que había comprendido su amor por ella, no podía dejar que llegara sola ante Breogán, jamás dejaría que viviera, estaba sediento de venganza, más de una vez, Gilmore había visto el fuego de sus ojos al hablar de Alysa y se había preguntado si era una afrenta personal contra el *laird* de aquel clan maldito y no el mero hecho de proteger a los suyos. Miró a sus hombres, orgulloso en el patio, había llamado a todos a las armas y ni siquiera habían preguntado el motivo, ya estaban dispuestos en el interior de la fortaleza, preparados con sus armas y sobre sus monturas, su lealtad para con él y su gente era encomiable. Mortag bajó de las almenas en ese instante a la carrera, en cuanto sus ojos y los de Gilmore se encontraron, supo que algo no iba bien.

—¡Gilmore! Se acerca un ejército, portan el estandarte de los Stewart.

Gilmore sopesó sus opciones, podía salir al galope al exterior y evitar la confrontación, el tiempo para Alysa se agotaba, pero Robert Tormod Stewart entendería que rendía la fortaleza a su dominio. Aun así, Gilmore estaba demasiado preocupado por Alysa para perder el tiempo con el Guardián de Escocia, y, sin embargo, su gente estaba allí. Demasiados compromisos, cargas, pensamientos, y, aunque su corazón pugnaba por huir para salvar a Alysa, no podía dejar a merced de la compasión de los Stewart a todas aquellas almas.

—Cerrad las puertas, Mortag, que los hombres desmonten y guarden las almenas, defenderemos nuestro hogar a golpe de espada.

Sus hombres aplaudieron la situación, hubo vítores y reconocimiento mientras Gilmore moría por dentro, si los Stewart decidían montar un asedio, Alysa estaba perdida.

Robert y Cristina llegaron al pie de la muralla, admirados porque, aunque el castillo fuera mucho más pequeño que Roca del Cuervo, estaba fuertemente protegido, dos torres rectangulares en lugar de circulares, las almenas más altas de lo habitual y las ventanas apenas saeteras. Cristina reconoció aquella estructura como las primitivas fortificaciones de los normandos cuando invadieron la isla de Gran Bretaña. Gilmore, con toda seguridad, debía de haber aprovechado una antigua construcción y levantado otra vez sus muros piedra a piedra.

—¿Cómo demonios ha podido Gilmore Cam construir una fortaleza sin rendir cuentas al rey de Escocia? Pagará muy caro su desobediencia y sus crímenes.

Cristina apretó los dientes, aquello no ayudaba a su causa, trataba de evitar una guerra entre dos magníficos oponentes, Gilmore y su esposo, ambos ya predispuestos a enfrentarse.

—Robert, esposo —lo llamó así Cristina para apelar a su promesa —. Manda llamar a Gilmore, hablad primero, te lo ruego.

—¿Y si me lanza una flecha, Cristina? Entonces, ¿seguiremos hablando?

Cristina bufó, elevó los ojos al cielo, su dulce esposo a veces era el tallo espinoso de un cardo borriquero, como decían en su tierra. Se adelantó sin pedir permiso lo suficientemente cerca para ser oída desde las almenas y que las flechas no la alcanzasen.

—¡Gilmore Cam!

Si Cristina hubiera podido ver la cara de sorpresa y fastidio de Gilmore y Mortag, incluso ella se hubiera reído de la situación.

—¡No puedo imaginar qué ha llevado a Robert Tormod a traer a su adorable esposa ante mis murallas! Veamos qué quieren, no tengo tiempo para un ataque ni para un asedio.

Mortag comprendía sus razones y frunció el ceño.

—Que esté la esposa de Stewart nos asegura que no cargará contra el castillo, o eso creo, eso quiere decir que venció a nuestros hombres, aunque no me explico cómo supo hacia dónde llevaban a Cristina. ¿Y Rob, crees que le ha hecho algo a nuestros amigos?

—Si su mujer está por medio, te aseguro que se habrá cuidado mucho de matarlos, sin embargo, Robert no cederá esta vez, intentará tomar la fortaleza, antes nos mataría a todos con su ejército que llegar a una tregua —susurró Gilmore a su amigo antes de comenzar a subir las almenas.

Gilmore ascendió a las almenas ante la mirada atenta de sus hombres y se paró lo más cerca posible de la puerta, ante él, lo suficientemente lejos para no alcanzarlos con sus flechas, estaba Robert al frente de su ejército el Stewart, su mujer, un poco más adelante, observaba la muralla en busca de algo. De Alysa.

—¿Qué os trae a mi hogar? —Gilmore estaba convencido de que Cristina quería parlamentar, su esposo asolar sus tierras.

—Vengo en busca de Alysa, no atacaremos, deja que salga y los Stewart darán la vuelta.

La voz de Cristina se oyó clara y limpia, sin dudar, la mujer de Robert era valiente, no se amedrentaba con facilidad. Gilmore puso la mano en su oído como si no hubiera escuchado sus palabras y negó encogido de hombros. Que tuviera prisa no significaba que hiciera pagar a esa mujer por todas sus amenazas durante su secuestro.

Cristina volvió a gritar sus palabras, pero Robert, que era más experto que ella, sabía que Gilmore le tomaba el pelo a su mujer. Dio una orden a uno de sus hombres y este disparó con su arco, una flecha que por muy poco no llegó hasta Gilmore.

—¿Qué haces, Robert?

—Gilmore Cam se está burlando de ti, esposa, y no lo permitiré.

—¿Así es cómo queréis que os entregue a mi prisionera?

Gilmore se giró al oír las risas de sus hombres, bien cubiertos tras

las piedras de la almena.

—¡Gilmore Cam! ¡Entréganos a Alysa! No tiene sentido empezar una guerra.

—¿Por qué es tan importante para ti esa mujer, Cristina? ¿Empezarías una guerra por ella? ¿Y tú, Stewart? —Gilmore se dio cuenta de que era importante para él saber qué significaba Alysa para ambos, el uno, su antiguo amante, y Cristina, su supuesta amiga.

Cristina acercó su caballo a las almenas, a pesar del temor de que una flecha atravesara su pecho.

—Es nuestra familia, Alysa es nuestra familia y mi amiga.

Aquella declaración hizo que Gilmore se volviera para que la mujer no pudiera ver su rostro, no esperaba oír aquello, aunque había conocido la complicidad de las dos mujeres, nunca creyó que Alysa pudiera tener mejores aliados que ellos.

—No está conmigo, ha huido —confesó al fin ante el asombro de Cristina.

—¡Mientes! —gritó Robert, dejó a su esposa a los pies de las murallas y se dirigió a Stephen para que ordenara atacar.

Cristina sabía que, en ese momento, era imposible detener a Robert, cuando decidía que combatiría hasta la muerte, nada lo haría cambiar de opinión. ¿Pero por qué Gilmore no renunciaba a su recompensa de una vez por todas? Los Stewart eran una fuerza brutal por muy defendida que estuviera la fortaleza. Y ella había creído ver algo entre Gilmore y Alysa, desde el mismo día en que Gilmore secuestró a ambas, Cristina sospechaba que sentía algo por Alysa, nadie podía aguantar su carácter irónico y dirigirle a la vez miradas de apreciación. En cuanto podían, ambos se encontraban a solas, Gilmore solo había tratado a Alysa con cuidado y ternura, a pesar de que los ojos le ardían de lujuria y enfado a partes iguales, ¿todo había sido mentira? Y Alysa, jamás hubiera creído que mirase así a un hombre, con tanta admiración y deseo.

Entonces las puertas del castillo se abrieron de par en par en el mismo instante que Robert, al mando de sus hombres, avanzaba hacia las murallas. Se detuvieron al momento, el primero, Robert, al ver que Gilmore Cam salía con los brazos en alto, aparentemente desarmado, solo. Desde las puertas abiertas, sus hombres vigilaban por si tenían que salvar su vida, nadie se movió, el silencio inundó el aire, ni siquiera se oía a los pájaros. Ambos ejércitos a pocos metros, una brizna de aire arrastrada por el viento podía crear una cruenta descarga de cualquiera de los dos bandos.

Robert no podía obviar aquella acción, Gilmore se mostraba ante él sin armas y dispuesto a rendirse, no sería él quien se negara, quería mirarlo desde lo alto de su caballo y humillar a aquel patán. No podía quitarse de la cabeza la afrenta del secuestro de Cristina, a pesar de

sus siglos sobre la faz de la tierra de Escocia, nadie lo había retado de igual forma. Desmontó sin más opción, Cristina ya lo había hecho y estaba junto a él. Esa mujer no tenía conocimiento alguno.

Cristina se detuvo frente a Gilmore, no dio un paso más, su expresión contuvo la sarta de insultos y amenazas que deseaba descargar sobre él, Gilmore Cam parecía desolado y nervioso. Solo entonces, Cristina comprendió que algo horrible pasaba.

—Ha huido, Cristina, escapó al caer la noche.

Era la voz de un hombre desolado, perdido, enamorado quizá.

—Puedes encontrarla, Gilmore —afirmó Cristina, no podía dudar de su palabra cuando el hombre que tenía ante ella ya no parecía el fiero mercenario que había conocido.

—No ha huido de mí, va al encuentro de Breogán.

Cristina contuvo el aliento, cada uno de los días que pasaron bajo el secuestro de Gilmore comenzaron a tomar sentido, la actitud de Alysa, sus suspiros a destiempo. Alysa comprendió, iba a sacrificarse por todos, caminaba hacia la muerte, sin saber que nada saciaría la venganza de Breogán, ni siquiera tenerla a ella. Alysa se había enamorado de Gilmore Cam y se sacrificaba por él.

—No puedo perder tiempo, Cristina, debo encontrar a Alysa.

Cristina asintió convencida, y tomó el brazo de su esposo.

—Te ayudaremos.

—Parece, Gilmore, que no tendremos nuestra guerra esta vez —susurró fastidiado Robert, destinado a no poder enfrentarse a ese endemoniado guerrero. Al menos tenía la certeza de que, al igual que él hacía ya tiempo y a juzgar por su rostro atormentado, Gilmore se había enamorado de Alysa, y eso sí que era el mismo infierno. Robert tendría que contentarse con esa maldición antes de poder patearle el trasero.

Capítulo 29



Alysa observó el escarpado terreno que el caballo sería incapaz de traspasar, Dana y ella debían seguir a pie. El sol había alcanzado su punto más alto al salir de los bosques del norte, estaban cerca del ejército de Breogán, podía sentir su presencia, a pesar de estar separados por millas de distancia. Enfrentarse a la muerte nunca había entrado en sus planes hasta que se enamoró como una tonta. Una vez más, apartó la capa y palpó el bulto en el bolsillo, el hechizo estaba con ella. Gilmore ni siquiera se había molestado en esconder el manuscrito. Durante un año entero, había mentido a Cristina, otra más de sus burlas al destino, podía conjurar ella sola su marcha a otro tiempo, a otro lugar, ahora que había estado en el futuro, podía adueñarse del hogar de los Stewart, solo debía conocer el sitio al que debía ir. Mintió a Cristina porque deseaba formar parte de algo, tener, aunque fuera a una sola persona en el mundo, a quien apreciara y con quien sintiera la amistad, demasiado tiempo sola, vagar por el mundo no era ya lo que ansiaba. En cuanto Ethelred murió en Iona, supo que el único lazo que tenía con el mundo era Cristina, si conseguía que Breogán se conformara con tener el hechizo y matarla solo a ella, saldaría al final su deuda con su amiga.

—Están tras la montaña, niña.

—No me llames así, Dana.

La anciana llevaba un rato callada, echada sobre su espalda, dormitaba a veces, otras se oían sus dientes tiritar por el mismo frío que sentía Alysa.

—Aún estás a tiempo de huir, si es verdad que tienes el hechizo de los Donell, podrías escapar, ¡llévame contigo! Si Breogán me encuentra, me matará.

—Parece que Breogán tiene una larga lista de asesinatos por cometer.

—Puede que te torture, muchacha, pero nunca mataría a su propia hija.

Alysa se tensó ante las palabras de la anciana, poca gente conocía tal secreto, ni siquiera Robert o aquellos que los acompañaban desde el albor de su maldición.

—Te equivocas, anciana, por eso, precisamente, quiere que pague

muy caro mi traición al clan. Breogán dirige a los infinitos, para él, una hija no es nada. —Alysa detuvo la montura después de que el caballo resbalara con sus patas entre las rocas, tendrían que seguir a pie—. Vamos, Dana, subamos la montaña y veremos qué nos espera al otro lado, si me has mentido, morirás aquí y ahora en esta pedregosa colina.

Dana no se resistió, comprendía que ya no podía volver sola al castillo, solo seguir adelante. Los caminos que habían recorrido al galope se antojaban demasiado peligrosos para una anciana como ella.

—Te sangra la herida, niña. —Señaló Dana el brazo. Una pequeña gota de sangre teñía la manga del vestido.

—No dejaré que vuelvas a tocarme, Dana, estoy segura de que, si pudieras, me matarías con tus ungüentos. No sé por qué no lo hiciste en el castillo de Gilmore.

—Se ha vuelto un tonto, está enamorado de ti, si algo te hubiera ocurrido, me hubiera matado.

—Sin embargo, ahora no tendrías reparo alguno.

Dana hizo un gesto con la mano.

—De haber conseguido que siguieras en el castillo, hubiera simulado el accidente de una tonta muchacha con el brazo herido al caer las escaleras.

—Gilmore no me ama, en comparación con su oro, soy una molestia.

—Si prefieres creer eso, Alysa, es que eres más tonta de lo que pareces.

Alysa elevó los ojos al cielo, si pudiera, dejaría allí a esa bruja, pero estaban cerca, lo sabía. Tardaron más de una hora en ascender la colina, cuando lo hicieron, Alysa tuvo ante ella el campamento de su antiguo clan, hundido en un valle poblado de árboles aislados y suelo pedregoso. No supo decir si era por lo árido que parecía o el viento que azotaba la explanada ante ellas, pero le recordó a Iona, la isla en que había vivido junto al monje. Si moría en aquel campamento, su último y más preciado secreto moriría con ella al fin.

Dana temblaba de miedo a su lado, era lo que provocaba Breogán, un líder cruel y despiadado, hacía ya mucho tiempo que Alysa había dejado de ver en él a un padre. Los hombres que hacían guardia a lo largo del perímetro murmuraron al ver como pasaba entre ellos, ninguno detuvo su camino, al contrario, se apartaban como si no quisieran mirar a ambas mujeres. Alysa hubo de repetirse una y otra vez sus motivos para entregarse ante el clan de los infinitos sin dejar de imaginar las mil torturas que aguardaban para ella. Se dirigió al centro, atónita, contempló a los más de cien guerreros que acompañaban a Breogán, armados y preparados para la guerra. El suelo estaba cubierto de barro, un terreno pantanoso que protegería a

los infinitos de cualquier ataque a caballo. Empujó a Dana con suavidad, la anciana se resistía a avanzar o estaba demasiado cansada por el viaje que las había llevado hasta allí. Como había pensado, en el centro, rodeado de sus hombres, estaba la tienda de Breogán, el escudo de madera que aún le gustaba portar consigo a un lado. Alysa lo miró con resignación, las dos serpientes entrelazadas sobre la ajada madera. Uno de los guardias fue dentro de la tienda, no era necesario que avisaran a Breogán de su llegada, el rumor de los hombres y sus conversaciones apagadas debían haberlo prevenido.

Salió al instante, vestido con su *cotum* de cuero y la espada al cinto. Su pelo blanco se agitó con el viento y en su rostro lucía una sonrisa de triunfo.

—Registrad los alrededores —ordenó con rapidez. Alysa vio pasar rostros conocidos a fuerza de compartir décadas, pero ninguno se detuvo a hablar con ella.

Alysa permaneció con la mirada puesta en sus ojos claros, las arrugas alrededor de los párpados, a veces se asombraba de ver en otros lo mismo que le ocurría a ella, no envejecían por más que pasara el tiempo. Breogán sonrió, se acercó hasta que quedaron a escasa distancia.

—¿Has venido a entregarte, Alysa? No era necesario que trajeras a la curandera contigo.

—Dana, puedes irte —invitó Alysa a la mujer a marchar.

Dana no se hizo de rogar, se marchó, escabulléndose entre las altas torres de hombres que los rodeaban. Alysa negó con la cabeza, no podía esperar que la anciana se quedara con ella, al fin y al cabo, temblaba asustada ante la presencia de Breogán.

—Aquí tienes, Breogán, el manuscrito.

Sacó el texto mágico de su bolsa de tela, doblado tantas veces, roto en el borde por una discusión que tuvo con Cristina, sus bordes ajados por el paso del tiempo del que era dueño y señor. Lo sostuvo en alto antes de entregárselo a Breogán.

—¿Qué pides a cambio, Alysa? Porque no vendrías a mí como una buena hija a devolverlo sin más, ¿verdad?

—Deja en paz a Gilmore Cam y a los Stewart. Te entregaré el manuscrito y te enseñaré a viajar por el tiempo con él.

Breogán frunció el ceño y agarró la empuñadura de su espada.

—No sabes, no puedes conjurar tú sola, solo puede hacerlo la mujer de Robert.

Alysa inspiró hondo.

—Me lo inventé todo, mentí, puedo conjurar, puedo viajar sin necesidad de nadie más. Déjalos a todos y me quedaré contigo para siempre, «padre».

Breogán frunció el ceño, Alysa era lista, «padre». Por fortuna, ya no

recordaba lo que significaba.

—¿Me engañas de nuevo? Lo haces para que no te mate, Alysa, ¿quieres hacerme creer que tenías ese poder y no lo has usado en tu beneficio? Quieres salvarte de la muerte que te tengo reservada.

—Lo que digo es cierto, puedo probarlo en el momento que lo desees, deja a Gilmore Cam y a los Stewart en paz.

Breogán rodeó su figura, miró de arriba abajo, de frente y de espaldas, como si no reconociese en ella a la antigua Alysa. Al completar su recorrido, arrancó de sus manos el manuscrito con el hechizo. Ellos ya conocían las palabras, Breogán las había recitado en voz alta, pero era ese trozo ajado de piel de animal sobre el que estaban escritas las palabras y los símbolos, era mágico, capaz de conjurar más poder que otros objetos druidas.

Desenrolló el manuscrito y comprobó que no era otro ardid de Alysa, negó con la cabeza y, como si de repente hubiera comprendido algo, a escasos centímetros de Alysa, miró sus ojos.

—¿Por qué, Alysa? ¿Por qué suplicas por otros? ¿A qué viene volver para encontrar tu muerte?

—Está enamorada de tu mercenario, de Gilmore Cam. Y él de ella, mi señor Breogán.

Alysa se giró al oír la voz de Dana, creía que la mujer había huido por el campamento y no tendría que preocuparse más por ella. Maldita mujer, debía haberla dejado por el camino en cuanto supo dónde encontrar a Breogán. Ahora entendía por qué Dana había desaparecido, tenía en las manos un trozo de pan que masticaba con los pocos dientes que le quedaban.

—Has corrompido a mi mercenario también, era de esperar, Alysa.

—No siento nada por ese hombre, lo único que buscaba era volver a gozar de tu aprobación, te enseñaré cómo viajar en el tiempo, tendremos riquezas y más poder del que nunca imaginamos, Breogán.

Breogán dudaba, lo veía en su expresión pensativa, estaba a punto de convencerlo, si lo conseguía, se olvidaría de Cristina, de Robert…, de Gilmore, y tendrían una larga vida lejos de la influencia del clan de los infinitos.

—Está embarazada, mi señor, lleva al hijo del bastardo Gilmore dentro de ella.

Alysa se giró hacia Dana, harta de su palabrería sin sentido, ¿qué decía esa anciana loca? En cinco siglos, jamás había logrado concebir un hijo, convencida ya de ser yerma. Entonces Breogán se movió con rapidez, apartó las manos que, de manera inconsciente, Alysa se había llevado al vientre y la cogió con una fuerza brutal del estómago. El dolor se abrió paso en las entrañas de Alysa, llevaba casi dos días sin comer, las náuseas eran a causa de eso, ¿verdad? Intentó liberarse de la garra de Breogán cuando él apretó con más fuerza al comprender

que quizá… No pudo evitar que un rayo de alegría se colara en el brillo de sus ojos. Esperanza y felicidad se confundieron en la fragilidad de su alma y el corazón de Alysa se quebró de pena.

—Dime que no es verdad, Alysa, que cuando al fin estás embarazada no es de un mercenario bastardo como Gilmore Cam —susurró Breogán sin soltar su cuerpo, a pesar de la resistencia de Alysa—. Un Donell de nuestra sangre no puede ser descendiente de semejante bastardo sin estirpe.

—Es mentira, ¿no creerás a esa anciana? Tenemos el pergamino, Breogán, tu piedra no funciona, esa mujer, Amanda, nunca llegó al futuro y su descendiente está en el castillo Stewart, a salvo.

Alysa había mentido mucho en su vida, una vez más, no era nada, si Breogán creía que nunca funcionó enviar a Amanda para quitarle al descendiente de Cristina Roca del Cuervo y asesinar a Angus, ella era la única opción que tenían los infinitos.

—Los tiempos cambian, Breogán, no es tan fácil controlar a reyes y alzarlos al trono según te conviene. Si puedes prever el futuro, sabrás con quién aliarnos, quién tendrá poder y riqueza, qué enfermedades asolarán las ciudades, crearás el futuro a tu antojo, «padre».

Breogán miró furioso a Alysa, había oído las mismas promesas de boca de Cristina, la mujer de Robert, para después huir con el pergamino, pero ¿dónde podía ir Alysa? Sin familia ni amigos, sin ejércitos ni castillos, no había otro lugar en el mundo para ella que la torre.

Apretó con fuerza, consciente de que Alysa se encogía de dolor al retorcer sus entrañas, no, no podía tener un hijo de Gilmore Cam ni de nadie, porque mientras la desesperación anidase en ella, sería suya.

Alysa empezó a marearse, Breogán estaba desgarrando su interior y, si era cierto lo que Dana decía, mataba a su hijo dentro de ella. Con la otra mano, Breogán agarró su cuello para privar de aire sus pulmones. Alysa se retorció, lo empujó, si hubiera sabido que estaba embarazada, tal vez no se hubiera entregado, o tal vez sí, amaba demasiado a Gilmore para que Breogán destruyera su hogar y a su gente. La falta de aire hizo que se mareara y cayera al suelo, Breogán se inclinó sobre ella y golpeó con el puño su vientre una y otra vez. Alysa sintió las lágrimas inundar sus mejillas y el cuello mientras su padre le arrebataba lo único que podía haber sido suyo. Antes de sumergirse en la oscuridad que quería atrapar su mente, sintió la sangre correr entre sus piernas. Al final, la oscuridad se había adueñado de ella. Solo pudo pensar que al menos Gilmore nunca sabría que habían concebido un hijo. Lo último que escuchó fue a Breogán dando la orden de que Dana fuera hasta Gilmore Cam para traerlo hasta él.

Capítulo 30



Angus miró hacia las torres de Roca del Cuervo, las aves sobrevolaban las almenas en vuelos circulares. Quizá se había empapado demasiado de la atmósfera medieval, vivir entre esas gentes, supersticiosas y, a la vez, con tanta fe en su dios, le estaba jugando una mala pasada. No podía apartar la mirada del cielo gris y de aquellos cuervos, negros como la turba. Había pasado más de un mes desde que Robert había partido en busca de Cristina. Y no sabían nada de ellos, Stephen había prometido enviar mensajeros, las misivas nunca habían llegado. Como si fuera un señor medieval y no un analista financiero del siglo XXI, Angus había tomado la costumbre de subir al amanecer, antes de bajar al gran salón a desayunar, a las almenas de Roca del Cuervo. Era innegable que su hogar era indescriptible en el siglo de Robert Tormod. Su antepasado era como un pequeño rey de aquellas tierras, en el caso de Robert, su influencia iba más allá de su feudo y abarcaba los designios de las tierras del norte. En su futuro era impensable que un hombre con tal poder saliera con sus hombres a la guerra, poniendo en peligro su propia persona en una lucha.

—Vaya, estabas aquí escondido.

Angus se volvió para recibir a Estela, en cuanto se acercó, abrazó su cuerpo. Ella enseguida se inclinó sobre su torso para ver amanecer sobre el agua. Los primeros rayos de sol reflejaban la esfera solar a la par que el sonido de los latidos del corazón de Angus, resonaban en sus oídos

—En cuanto baje, esta paz desaparecerá, vendrán uno tras otro la mitad de los habitantes del castillo y de la aldea.

Estela adoraba ese momento, contemplarla salida del sol, el momento en que si mirabas en la otra dirección, la noche seguía dueña de los bosques y sobre el mar amanecía. Un momento mágico en el que Roca del Cuervo parecía estar entre dos mundos.

—Echo de menos a mi madre, al resto de mi familia, ciertas comodidades como una ducha o el microondas, lo que daría por un café expreso —sonrió Estela—. ¿Tú no, Angus?

—Creo que mi principal prioridad es tener un colchón en el cual no me hundo hasta el suelo al acostarme.

Angus sonrió, apretó a Estela contra su pecho, pensó en la ventaja que representaban aquellas ropas medievales y lo bien que le sentaban a ella. Inspiró el olor de su pelo, cómo era posible que oliera como cuando estaban en su siglo y cómo había sido tan necio para no admirar la hermosa mujer que era Estela, por dentro y por fuera. El miedo, las carencias, la responsabilidad, debía ser el momento más duro de su vida y, sin embargo, el más feliz, y todo porque Estela estaba a su lado. En realidad, siempre estuvo, solo que él había sido un idiota ciego para ver a Estela de verdad. Ella se giró y prendió un beso en su barbilla, Angus pensó que sus cuerpos encajaban a la perfección el uno en el otro.

—Angus, he pensado mucho en cuando volvamos, no dudo, como tú, que si sigue allí Amanda, la meteré en la carpa y la lanzaré al mar…

Angus sonrió, ¡qué gran error había estado a punto de cometer al casarse con esa mujer! El tono serio de Estela lo previno, él también pensaba en qué sucedería en el futuro.

—… pero, Angus, ¿qué pasará si Cristina y Robert no regresan? ¿Qué será de sus pequeños, de toda esta gente?

—Me conoces y yo a ti, Estela, asumiríamos la responsabilidad, no nos quedaría más remedio que perder nuestras vidas en el futuro. Creo que deberíamos quedarnos, por Cristina y Robert, por la familia y su legado, pero no pensemos más en cosas que no han ocurrido, no me hagas caso.

Angus esperó la respuesta de la mujer que cada día iluminaba sus días y encendía sus noches.

—Angus, pienso lo mismo, si no queda más remedio, deberíamos quedarnos.

—¿Lo harías por mí, Estela? ¿Quedar atrapada aquí?

Estela miró a Angus con seriedad.

—No me importa, Angus, mientras estemos juntos, no importa el lugar ni el siglo en que nos amemos, estaré siempre a tu lado, amor mío.

—Casémonos entonces, Estela.

—¡Estás loco! ¿Aquí? ¿En este siglo?

—¿Por qué no, Estela? No sé si te has dado cuenta…, pero aquí tengo poder absoluto —soltó Angus con ironía.

Estela miró los adorables hoyuelos que se formaban en las mejillas de Angus y asintió con los ojos brillantes a causa de las lágrimas que se quedaban contenidas en ellos. No era momento de llorar, sino de gritar de alegría, porque, aunque fuera en este o en otro siglo, lo amaba con todo su corazón, en realidad, había amado a Angus toda su vida.

Capítulo 31



Dana montaba con uno de los hombres de Breogán, no tuvieron que cabalgar más que una jornada para encontrar el ejército de los Stewart que avanzaba a ciegas hacia el norte. El guerrero ayudó a que bajara del caballo y, atónita, contempló, como si las guerras de independencia del rey Bruce hubieran continuado el enorme contingente de hombres bajo el estandarte Stewart y, entre ellos, los hombres de Gilmore Cam, sin insignias, con todos los colores de los clanes que el mercenario había reunido en su castillo. Avanzaban como un solo ejército, a caballo y a pie, como un frente común sobre la tierra de Escocia. Desaparecieron un instante en las cañadas, pronto alcanzarían las colinas yermas que conducían al norte.

—¿Estás segura, vieja? Son demasiados, no creo que Breogán pensara luchar contra los Stewart y Gilmore Cam.

—¿Serás tú quien vuelva con las manos vacías, muchacho? Vete si quieres, no me enfrentaré a la ira de Breogán. Si él ha dicho que conduzca a esos necios hasta el norte, lo haré.

El guerrero sacudió la cabeza, él tampoco quería sobre su cabeza la furia de su *laird*. Azuzó el caballo con los brazos en cruz, para mostrar que no iba armado, y comenzó a internarse entre la cabeza del ejército. Enseguida un grupo de hombres los rodearon y Gilmore Cam apresó a Dana.

—Es una trampa —bramó Robert.

Alrededor del fuego estaba su esposa, Stephen, Mortag, el segundo del mercenario, y, para su desdicha, Gilmore Cam. Cada vez que pensaba en él u oía su nombre, Robert deseaba escupir al suelo.

—¿Y qué propones? ¿Nos damos la vuelta y ya está?

Ya estaba Gilmore provocándolo otra vez.

—No soy un cobarde, pero recuerda que yo he luchado junto a Breogán, sé de lo que es capaz.

Gilmore sonrió, si Alysa estuviera allí, sabría cómo desquiciar a Robert Tormod hasta que hiciera lo que ella quisiera. Su semblante se oscureció al pensar en ella, ¿estaría bien? ¿Sería demasiado tarde?

—Tal vez seas más leal a Breogán que a Alysa y a tu mujer, porque no se conformará con tenerla a ella, acabará por encontrar a Cristina y destruir tu familia.

Robert se levantó y desenvainó la espada contra Gilmore.

—¡Ya está bien, por todos los cielos!

—¡Parecéis dos lobos a la pelea por una presa!

Para sorpresa de los dos hombres, fueron Mortag y Stephen, sus segundos al mando, quienes se quejaron de tal manera. Robert incluso se giró para buscar la mirada de su esposa. Cristina miraba el fuego, fija en el danzar de las llamas en la oscuridad de la noche.

—¿No vas a expresar tu opinión, esposa?

Cristina azuzó los leños de la base y el fuego se volvió a alimentar de la yesca, soltó chispas que llegaron a los pies de todos, alrededor.

—Podéis discutir ambos hasta que el infierno se congele, Alysa está en un terrible aprieto. Mañana partiré con vosotros o sin uno de los dos, con o sin ejército, me da igual. ¡Arreglad esto como sea! ¡Comprobar, si queréis, quién mea más lejos de los dos!

Gilmore se echó a reír sin poder evitarlo, Cristina era capaz, con su constitución delicada, de soltar esas palabras soeces sin ponerse colorada. Por un momento, compadeció al pobre Stewart cuando este se puso rojo de ira. Stephen y Mortag no estaban mucho mejor que él, al aguantar la risa se estaban quedando sin respiración.

—Entonces, Stewart, ¿qué hacemos, nos peleamos o seguimos a tu dama? —azuzó Gilmore a Robert.

—O podéis probar lo de mear —gimió Mortag muerto de risa.

—O saltarte los dientes, Mortag —objetó Stephen para defender a Robert.

Cristina, que aún lo oía, negó con la cabeza y se alejó hacia la base de un árbol, otra cosa que, con el tiempo, aprendió de ese siglo, había siempre que encontrar apoyo y dormir cuando se brindaba la oportunidad. Enseguida Gilmore siguió sus pasos y se sentó a su lado, Cristina lo miró un instante con sorpresa.

—¿Qué sientes, Cristina? Dime la verdad, ¿está bien Alysa?

—¿Cómo podría saberlo, Gilmore?

—He compartido con vosotras horas a caballo y en campamentos, he visto la relación que tenéis las dos, he comprendido vuestra complicidad. Ahora, dime, ¿qué te dice tu corazón?

Cristina suspiró resignada y miró a los ojos a Gilmore, el mercenario estaba enamorado de Alysa con toda su alma.

—Gilmore, no te mentiré, algo terrible le ha ocurrido a Alysa, siento su dolor como mío.

Gilmore hundió la cabeza entre sus manos, apoyó el mentón en sus propias rodillas con el gesto de un niño perdido.

—Si Breogán le hace algo a Alysa, juro por todo en lo que creo que lo destrozaré con mis propias manos —susurró desde su refugio.

—No la matará, Gilmore, la necesita para comprender el manuscrito y porque…

Gilmore levantó la mirada, extrañado, y vio en los ojos de Cristina la duda.

—… no creo que Breogán pueda matar a su única descendiente. Alysa es su hija.

Abrió los ojos, sorprendido, horrorizado con la maldad del *laird* del clan de los infinitos.

—Cristina, no creo que eso sea un obstáculo para Breogán.

Cristina se sintió conmovida por la pena que cubría la mirada de Gilmore, parecía increíble que aquel mercenario al que llegó a odiar tras su secuestro fuera ahora un hombre torturado por el amor.

—Encontraremos a Alysa, Gilmore.

Capítulo 32



Alysa luchó con sus párpados, parecían pesar como mil telas sobre sus ojos, cuando los abrió, la oscuridad esperaba su despertar. Estaba en la torre de Breogán, debían de haberse trasladado mientras ella estaba inconsciente. Intentó abrir y cerrar los ojos para acostumbrarse a la oscuridad hasta que apreció el rugido del mar contra los muros de la torre. La única luz provenía de una antorcha situada en algún punto sobre su cabeza. Estaba en el gran salón, debía de ser muy tarde, todo estaba en silencio, bajo su cuerpo habían puesto un jergón de paja. Escuchó el sonido de los perros que dormían sobre el suelo, Breogán prohibía a sus hombres dormir dentro de la torre, tenían su vivienda abajo en la colina, bajo la amenazadora sombra de la construcción. Se incorporó despacio, Alysa sintió punzadas de dolor en los lugares donde Breogán había golpeado su cuerpo con saña, acarició su vientre. Se limpió una lágrima con la manga del vestido y Alysa deseó hundirse en la negrura de su prisión, contra el jergón sucio, y dormir. En un minuto, había sentido todo lo hermoso y la esperanza de tener a un hijo dentro de ella y, al mismo instante, lo había perdido. Estaba maldita. Cuanto más ansiaba algo, más se esforzaban en arrebatárselo. ¿Por qué no cedía ante Breogán? ¿No sería más feliz al sepultar de una vez por todas el poco bien que quedaba en ella?

—Creo que está despierta —susurró uno de los guardias.

—Lo que creo es que está más muerta que viva.

Alysa estuvo de acuerdo con el segundo guardia, se apartó de la luz de la antorcha, se pegó a la pared rocosa, húmeda a causa del continuo choque de las olas contra la base de la torre. Se acuclilló sobre sí misma y esperó en silencio. Las voces de los guardias se alejaron hasta desvanecerse fuera del salón, al abrir la pesada puerta de madera, una ráfaga de viento hizo que se encogiera de frío. Estaba sola, tan solo los perros de Breogán soltaban algún resuello. Las voces de aquellos guardias le resultaban conocidas, en realidad, si conseguía enfocar la estancia, recordaba cada recoveco, la chimenea con sus tenues ascuas, la gran mesa del salón con sus patas curvadas como garras, los bancos de madera, grabados a cuchillo con el nombre de uno y cien habitantes de la torre. El tapiz cosido con gran esmero que

mostraba el origen del clan de los infinitos, Carnac y la reunión entre las piedras sagradas, abajo las dos serpientes entrelazadas, el símbolo que a Alysa habían borrado de su piel. En un extremo del salón, estaba el megalito, una de las piedras que Gilmore había traído a Breogán, toda Escocia conocía que un barco había llegado a las costas del norte con una extraña piedra llena de runas. Gilmore lo había traído desde el continente para que Breogán jugara con el tiempo mediante la magia druida. Ese había sido el comienzo de todo, de Gilmore y de ella. Si no hubiera perseguido los rumores que decían que Breogán se había hecho con una piedra mágica, jamás se hubiera visto en esta situación, pero el resto… merecía la pena de verdad. No cambiaría un instante de las últimas semanas junto a Gilmore Cam.

—Estás despierta, lo sé.

Alysa se sobresaltó y buscó en la oscuridad junto a las escaleras, entornó los ojos y distinguió la figura de la cual provenía aquel susurro. Era Muriel, la mujer que, desde hacía siglos, dirigía la casa de Breogán, su fiel sirviente. Su pelo rojizo brilló cuando encendió una vela mientras se acercaba a ella, sus ojos castaños brillaron de emoción al verla, al inclinarse a su lado, se transformaron en lástima al ver su rostro hinchado de golpes.

—Muriel, sabes que no deberías acercarte, si los guardias…

Muriel se sentó a su lado y agitó la mano para desechar sus advertencias.

—¿Ha sido Breogán quien te ha pegado así? ¿Tienen razón los hombres?

Alysa suspiró hondo, sabía que podía confiar en Muriel, llevaba tanto tiempo bajo las órdenes de Breogán porque sabía callar, mantener secretos y fingir obediencia total. En más de una ocasión, Alysa había visto como cerraba los puños ante una orden de su señor o se giraba para que no viera el desacuerdo en su rostro.

—Ha sido él, Muriel. Lo he retado, he ayudado a los Stewart, creo que es la última ofensa que me permitirá, si estoy viva, es porque quiere que Gilmore venga a buscarme, estoy segura, sabes que no permite la traición ni la desobediencia. Había una espía entre las gentes de Gilmore y ella le contó todo.

—¿Qué es todo, Alysa?

Alysa, por primera vez, miró a los ojos a aquella mujer que siempre había estado en la torre, por muchos años que ella hubiera pasado fuera de las tierras de Breogán, Muriel había sido siempre una presencia en su vida.

—Me he enamorado, Muriel. Como una tonta y estúpida niña, de un hombre aún más tonto e idiota que yo.

Muriel palmeó su pierna y Alysa se encogió a causa del dolor.

—¡Oh, perdona! ¡Ha sido la alegría! ¡Es que creía, todos creíamos

que no se te pasaría esa tonta obsesión por Robert!

—¡Oh, bueno! Ahora resulta que todos sois tan conocedores del amor que sabíais que no amaba a Robert.

—La mayoría, sí. —Rio Muriel en voz baja—. Ven, vamos a ver qué te ha hecho ese animal de Breogán.

Alysa entornó los ojos ante la manifiesta animadversión de Muriel por lo que su señor había hecho con ella. Se dejó ver a la luz de las velas por Muriel, se levantó las ropas para mostrar su torso. La mujer había traído consigo unas hierbas que extendió sobre la piel con sumo cuidado, el fuerte olor del emplasto hizo que sonriera, desde luego, nadie se acercaría a ella en un tiempo. Alysa pensó en todas las mujeres que había encontrado en su camino, Cristina, Margaret y, ahora, Muriel, aunque ella estuvo desde el principio. Siempre pensó que era ajena a la bondad humana, que estaba sola en la inmensidad de sus propias desgracias, Ethelred fue su amigo, Robert quizá podría serlo, aunque no tanto como para ir a rescatar a la Alysa que él conoció. ¿Había estado alguna vez sola o se lo había negado? Tal vez la única razón era que ella misma había cambiado, notaba el corazón más henchido, a pesar de la pena y estar cautiva, como si hubiera soltado alguna atadura que guardaba su alma. Gilmore. Si conseguía sobrevivir a Breogán, nunca le contaría lo del bebé. Alysa suspiró antes de que las lágrimas volvieran a sus ojos.

—Muriel, para, si Breogán ve que alguien me ha ayudado, morirás.

—Me da igual, Alysa, Breogán ha perdido la razón, le domina la venganza, el ansia de poder, ya no se conforma con controlar a reyes y súbditos, ha perdido todo rastro de humanidad. Debes detenerlo, Alysa.

—Atada a la pared por grilletes, será difícil.

Muriel rio en susurros.

—Nunca he conocido a alguien tan cabezota y listo como tú, Alysa. Algo se te ocurrirá.

Alysa tiró de las cadenas hasta que sus manos acogieron las de Muriel sin importar que el emplasto se quedara pringado por toda la piel. Se acurrucó junto a ella, tumbada en el suelo, estaba agotada.

—Sí, algo se me ocurrirá, Muriel, pero estoy tan cansada.

—No te preocupes, Alysa, yo te ayudaré, la semilla de la rebelión lleva demasiado tiempo anidada en el clan. No quieren a Breogán como líder.

—Ni siquiera sabía que quisieran rebelarse contra Breogán.

—Están cansados, como tú, de ser solo los siervos de un líder corrupto. Puede que tú seas la última opción que tienen.

—¿Yo, Muriel? Me odian.

—Estás muy equivocada, Alysa, ven en ti a la persona que se rebeló contra su propio padre y escapó de su yugo.

Los ojos de Alysa empezaron a cerrarse a su pesar, nunca imaginó la verdadera situación en el clan y la torre. Notó como Muriel le bajaba las ropas y colocaba una manta en su cabeza a modo de almohada, se quedó dormida al instante mientras sentía como Muriel se alejaba de ella.

Despertó al oír a los hombres entrar en el salón, otros servían las bandejas con el sustancial desayuno que había de quitarles el frío de las mañanas del norte. Alysa se sentó y observó el ir y venir de unos y otros, los ojos esquivos que al pasar se clavaban en ella con lástima, los semblantes que se apartaban desde la mesa para no mirar su rostro hinchado. Breogán apareció desde sus aposentos en la torre, nada más descender las escaleras se fijó en ella.

—¿No preferirías dormir en un lecho al suelo?

Alysa nunca rehuía un desafío, y, en lugar de agachar la cabeza y encogerse, la serenidad de la noche y el reconocimiento de que siempre tendría amigos había fortalecido su valentía. En efecto, algo había cambiado en ella, se sentía, en lugar de débil y quebradiza como siempre pensó que sucedería cuando tomara afecto a alguien, más fuerte, convencida de que no sería abandonada en manos de Breogán.

—Nunca el suelo de la torre me pareció tan cálido y confortable —contestó con una sonrisa.

Breogán se adelantó un paso, pero Alysa no se quebró, ¿qué sería más doloroso que haber perdido al hijo de Gilmore Cam? No había nada más que su vida para arrebatarle. Su padre se agachó ante ella con una sonrisa maliciosa.

—Te perdonaré, Alysa, puedes volver a la torre. Júrame fidelidad, entrégame a Cristina y a Robert Stewart, a Gilmore, que me traicionó. Volveré a grabar las serpientes en tu piel y volverás a ser la orgullosa dama, colmada de riquezas y con poder. Piénsalo. No tienes nada y ni a nadie fuera de esta torre.

—No necesito pensar nada, Breogán, he conocido aquello que la riqueza me ha dado, el poder que tanto ansías, y he descubierto que es mejor tener a tu lado el amor y la amistad.

—¿Crees que no sé que te has entregado para salvar a tus amigos y a Gilmore? ¿Tan tonto me has creído siempre? No servirá de nada, marcharé contra ellos una y otra vez, y ahora que tengo el manuscrito en mi poder, te obligaré a enseñarme a utilizarlo. Conoceré el futuro antes de que pase, y siempre estaré con el bando ganador.

—Breogán, ¿para qué más? ¿No dejarás nunca de acumular oro? Mira a tu gente, te nombramos hace siglos nuestro *laird* para que nos protegieras y dieras un hogar donde la gente no nos apartara y mirara como si fuéramos seres odiosos o brujos. Hemos conseguido lo contrario, tenemos que ocultarnos porque quieren matarnos, nos temen… De verdad, Breogán, te lo suplico, volvamos a ser

bondadosos, a ayudar a los demás, ganemos el respeto de la gente y nos dejarán en paz.

Breogán tensó la mandíbula y se apartó de ella al levantarse.

—Al final te has vuelto una cobarde, creo que echo de menos a la pérfida mujer que solo quería más y más riquezas, que disfrutaba del mal.

—¿No estás cansado, Breogán? Yo, sí, padre.

Entonces fue cuando los claros ojos de su padre se tornaron fríos y se agachó ante ella de nuevo, Alysa sintió la bofetada, el hilo de sangre que siguió descender por la comisura de sus labios.

Escuchó sus pasos perderse por el salón y Alysa levantó el rostro con reparo, no fuera a ser una trampa de Breogán para volver a golpear. Vio el ruedo de su capa perderse al cerrar la puerta de la torre. Alysa entonces recordó al resto de su clan y se giró ante el silencio de la estancia. Nadie comía ni bebía, aquellos que servían las bandejas miraban hacia ella con una expresión extraña en sus rostros. Muriel estaba entre ellos, primero fue ella quien se levantó del banco, luego le siguió otra mujer, otro hombre, Raw, Angus, Mildred, Monfort… Uno a uno, los rostros con los que había convivido siglos vinieron a su memoria, eran un clan, no muy diferente al de Gilmore o al de Cristina, unos, amables y trabajadores, otros, cazadores, los más, guerreros y excelentes amazonas. Una vez le dijo a Gilmore que su familia eran sus guerreros y Alysa había sido incapaz de reconocer a la suya. Uno a uno, cada rostro de mujer u hombre asintió ante ella, estaban de acuerdo con escapar del cruel yugo de Breogán. De esa forma, manifestaban su apoyo a Alysa, no dejarían que se consumiese atada en aquel muro. Los hombres y mujeres de la torre ya no deseaban aquella vida en que se convertían en mercenarios o esclavos de Breogán y sus decisiones injustas, los llevaba a la guerra sin importarle sus vidas, vendía sus servicios a monarcas y conquistadores sin dejar que tuvieran una vida libre por el hecho de ser infinitos.

Alysa se levantó, aún se sentía muy cansada, tiró con rabia de las cadenas hasta conseguir erguirse, el metal sonó en la argolla que mantenía los eslabones unidos a la anilla anclada en la piedra. Frente a ellos, asintió en silencio, siempre habían servido a Breogán y sus malvados fines, nunca habían tenido un hogar. Alysa no sabía cómo, pero conseguirían acabar con Breogán.

Breogán entró en ese momento y todos se sentaron, disimularon y, como si nada hubiera ocurrido, continuaron su comida y sus tareas, pero sí había ocurrido algo de suma importancia, Alysa se sentó con disimulo, se ovilló en su propio cuerpo para evitar la mirada de Breogán. Sus ojos y los de Muriel se encontraron, ahora ya sabía cómo vencer al *laird* de los infinitos, o al menos dar tiempo a Cristina a llegar, porque no dudaba de ella ni por un instante. Muriel pedía que

luchara y eso iba a hacer, levantar al clan contra su tirano padre y liberarlos tras siglos de ser sus sirvientes.

* * *

Gilmore se apostó tras el tronco de un árbol para observar aquella aberración de torre, desde allí, el castillo parecía suspendido sobre las afiladas rocas, desafiando al mar. El sol caía y la silueta negra de su almena circular se recortaba contra el ocaso. Gilmore había cabalgado por delante de los demás, más rápido, azuzando a su caballo sin piedad, todo para llegar y preparar su ataque. Con desesperación, vio las antorchas tras los ventanales de los muros, los guardias en lo más alto vigilar, miró una vez más hacia atrás, no había rastro de su ejército y el de los Stewart, demasiado lentos para él. Se permitió acuclillarse entre los arbustos, allí dentro de aquellas paredes estaba Alysa, sin saber qué habría sido de ella, respiró hondo. Alysa jamás esperaría que él estuviera tan cerca, con un gruñido, reforzó su idea de que asolaría aquel lugar maldito y rescataría a Alysa, y se la quedaría para siempre si ella le dejaba. Sonrió para sí mismo, Alysa no podía pertenecer a nadie, era demasiado valiosa, inteligente… Amaba a esa mujer con cada aliento de su boca y cada latido de su corazón.

Gilmore escuchó el sonido de las ramas, las pisadas de un caballo, esperó.

—Casi no podíamos seguir tu montura, Gilmore.

Mortag apareció jadeante, tras él, sus hombres agachados para no ser vistos.

—¿Y los Stewart?

—Son lentos como viejos. —Rio Mortag—. ¿Y, ahora, Gilmore, cómo se supone que vamos a tomar la torre?

Gilmore se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, amigo, pero lo haremos.

El ejército de los Stewart no alcanzó el bosque frente a la torre hasta bien entrada la madrugada, lo hicieron lejos y sin encender fuegos, lo que convirtió aquella noche en la más fría y larga que los guerreros habían sufrido en mucho tiempo. El amanecer trajo consigo una fina lluvia escocesa que calaba el campamento y las ropas de los hombres, pero Gilmore no se había movido de su sitio, con la mirada fija en la vieja construcción.

* * *

Alysa, al caer la noche, esperó a Muriel en el silencio del gran salón. Durante todo el día, se había mantenido alerta, uno de los hombres dejó una escudilla de estofado por orden de Breogán, su intención era

mantenerla viva hasta que cediera y jurara fidelidad a él, hasta que confesara dónde había escondido Gilmore a Cristina.

Escuchó a la mujer caminar con sigilo hasta deslizarse por la pared del salón y sentarse a su lado.

—Todos están contigo, Alysa, es el momento de plantar cara a Breogán.

Alysa tenía miedo, por una vez, se veía con la fuerza suficiente para ser la líder que su gente necesitaba, lo que con seguridad sería su propia muerte.

—¿Está en sus aposentos?

—Me aseguré de que dormía profundamente —sonrió Muriel con picardía, había echado unas hierbas en su copa para que cayera dormido gran parte de la noche, para cuando despertara, sería apresado—. Todos esperan una señal para tomar la torre, hay leales a él, a estas horas, estarán encerrados en una de las chozas del poblado. Los demás no se atreverán.

—¿Has conseguido la llave?

Muriel asintió, metió la mano en su escote y sacó una llave de hierro, forcejeó con las cadenas y Alysa las pasó a través de la argolla en el mayor silencio que pudo. Temía a Breogán, que despertara e hiciera pagar muy caro aquel desafío de su gente. En otro tiempo, Alysa habría huido al amparo de la noche, dejado a aquellas gentes indefensas, esta vez, no.

—Muriel, abramos las puertas del patio, dejemos que entren e invitaremos a los guardias que se unan a nosotros o los encerraremos junto al resto. —Alysa se levantó despacio sin creer que sus piernas entumecidas respondieran a su peso. Una vez estuvo estable, alisó su vestido.

—¿Has sangrado más, Alysa?

Muriel señaló las manchas de su pantalón, con la falda bajada, no había apreciado las gotas de sangre, Alysa dejó caer el ruedo de la falda, subida en algún momento por estar sentada tantas horas, y tapó los pantalones que siempre llevaba debajo para su comodidad.

—Debía ser alguna herida, Muriel. ¿Has traído mi capa? —Distrajo a la mujer para que no hiciera más preguntas. Alysa había decidido quedarse para ella el secreto del bebé y cómo lo había perdido, cuanta menos gente lo supiera, Gilmore seguiría a salvo en algún lugar. Esperaba que muy lejos, en su fortaleza, con su gente, al calor de la chimenea en sus aposentos. Pronto se olvidaría de ella, bien sabía Alysa que los años ayudaban a mitigar el dolor, aunque sabía que su amor por Gilmore sería para siempre.

Ambas fueron hasta la gran puerta del salón y abrieron juntas la ancha hoja de madera para que sus hermanos del clan entraran en la inexpugnable torre de Breogán. Alysa tomó aliento confundida, ¿y si

no se presentaba nadie?

En cuanto abrieron a la mitad con gran esfuerzo por parte de ambas, empezaron a entrar las mujeres, los hombres, los niños y ancianos con una mirada de esperanza. Alysa miró a los pequeños que mantenían silencio, nunca serían infinitos, sus padres estaban condenados a verlos envejecer y seguir con su vida, aun así, una generación seguía a otra, felices de tener con ellos a sus descendientes y acababan por aceptar que la felicidad a veces también conlleva dolor. Algo que siempre le sería negado a ella, tener a un pequeño entre sus brazos.

* * *

El amanecer llegó al fin, Mortag y Gilmore se reunieron con los Stewart, al pasar junto a la pequeña tienda de ese clan, vio a Dana atada a un árbol. Al menos Robert había pensado que podía volver a la carrera junto a Breogán. Con cordura, alguien le había tapado la boca a la anciana para que dejara de maldecirlos a todos y, en especial, a él.

Gilmore elevó sus ojos al cielo al ver al *laird* de los Stewart, otra vez iban a discutir, Gilmore no quería perder más tiempo y Robert se entretenía en el plano que Cristina había dibujado de la torre.

—Es inexpugnable —confirmó Robert—. No podemos acercarnos sin que nos vean, no hay un solo túnel bajo la roca que no esté cegado con piedras, los guardias de la almena nos verán aparecer por cualquier lugar y nos acribillarán a flechas. Breogán no es tonto, sabe que está seguro en su torre.

—Podemos sitiarlos de manera indefinida —sugirió Stephen, el segundo de Robert.

—Parlamentaremos con Breogán… —sugirió Cristina.

Mortag se giró sobre sí mismo e hizo que los demás se preguntaran qué buscaba.

—¿Y Gilmore, dónde está?

—Estaba hace un momento a tu lado —susurró Cristina.

Todos escucharon los cascos de su caballo alejándose del campamento, y después a los Stewart maldecir a gritos.

Gilmore estaba cansado de hablar y hablar, estaba a punto de cometer una locura, lo sabía, ¿pero cuándo había sido cauto? Se acercó hasta la linde del bosque, el viento azotaba los árboles con inusitada fuerza, la luna se veía entre las oscuras nubes que siempre poblaban las tierras de Breogán. Recordó el día que llegó allí, lleno de orgullo y las manos abiertas al oro de aquel hombre. Observó largo rato la torre mientras amanecía, todo estaba demasiado quieto, las puertas cerradas, no entraban carros desde la aldea, es más, a esas

horas del alba los animales seguían guardados en sus rediles y los establos cerrados. Ni una sola figura se movía, la torre y la aldea parecían detenidas en el tiempo, tan solo el viento empujaba alguna brizna de hierba. Demasiado quieto, demasiado tranquilo, demasiado silencioso. Su instinto le dijo que algo pasaba cuando se fijó en la parte superior y la muralla exterior, no había un solo guarda ni vigía, no era propio de Breogán no tener guardados los alrededores.

Escuchó tras de sí el cabalgar de otras monturas y, con la mano, se giró para detener a Mortag y al resto. Todos lo miraron con fastidio, después de correr detrás suyo y buscar a Gilmore durante un buen rato, allí estaba amparado por el enorme tronco de un árbol sin hacer nada.

—Algo ocurre en la torre, mira, Stewart, tú eres quien más tiempo ha pasado entre sus muros, no hay guardia.

Robert negó con la cabeza al creer que Gilmore estaba loco, aun así, hizo lo que el mercenario decía. Permaneció unos instantes en silencio y miró al resto.

—En efecto, creo que algo raro sucede.

Gilmore azuzó a su caballo sin esperar más confirmación, Cristina lo siguió, el resto se vio obligado a adelantarse con ellos, a campo descubierto. Gilmore pensó que, si se trataba de una estratagema de Breogán, todos acabarían muertos al mediodía.

* * *

Alysa, con todo el clan en el salón, supo que había llegado el momento de enfrentarse a Breogán. Se disponía a ir hacia las escaleras que conducían a los aposentos de él cuando todos en el salón lo vieron descender, despacio. Estaba preparado para la lucha, con su *cotum* de cuero y la espada desenvainada a la diestra.

—¿Qué es esto? —gritó de forma amenazadora mientras señalaba con la punta de su espada—. ¿Habéis decidido traicionarme? ¿Creísteis que no me enteraría?

Su mirada del color del hielo cayó sobre Alysa, sabedor de que ella era la instigadora de aquella rebelión.

—¿Qué os ha prometido? Doblaré su precio, ¡a cada uno de vosotros!

Alysa negó con la cabeza.

—No es cuestión de oro, Breogán, estamos hartos y cansados, queremos ser como cualquier clan y vivir en paz.

Breogán apretó la empuñadura de la espada hasta que sus nudillos se tornaron blancos.

—No hay paz para nosotros, no dejéis que esta mujer os engañe, solo desea salvarse.

—Hubiera podido escapar y no lo he hecho. —Alysa miró a Muriel, al resto—. Breogán, es hora de rendirse, los Stewart están ahí fuera, en el bosque, tomarán la torre si no te rindes.

Hubo un coro de murmullos entre las gentes. Uno de los aldeanos dio un paso al frente.

—Es cierto, llegaron anoche, los he visto con mis propios ojos.

—No es posible —farfulló Breogán incrédulo, se giró hacia Alysa perplejo—. ¿Han venido por ti, Alysa?

—Aunque no lo creas, son mi familia, Cristina es mi amiga.

Alysa sintió todas y cada una de aquellas palabras, orgullosa de poder al fin pronunciarlas en voz alta sin temor a la duda.

Capítulo 33



Gilmore sentía que el tiempo de Alysa se acababa, azuzó a su caballo en cuanto los demás confirmaron que algo extraño ocurría en la torre, sin guardias, en silencio, el aire lleno de una extraña quietud. A pesar de sus negativas, el resto lo siguieron a través de la extensión rocosa que separaba el castillo del bosque sin llamar a los ejércitos. A medida que se acercaban, Gilmore se preguntó cómo derribarían la enorme puerta de madera de la entrada, si era una trampa, en el puente de piedra que conectaba con la torre, estarían bajo las flechas de los hombres de Breogán.

Pasaron por la aldea, tan desierta como habían visto en la lejanía sin encontrar a nadie en ella. Entró decidido en el puente, Gilmore miró a su derecha a Mortag, a su izquierda a Stewart, Cristina iba tras ellos a petición de su esposo. Gilmore, a medida que se acercaba a Alysa, notaba su corazón latir apresurado, con una súplica entre murmullos porque ella siguiera viva. Con un movimiento de las riendas, hizo que el caballo se elevara sobre las patas traseras y con las delanteras golpeó la puerta de acceso al patio. Para su sorpresa, se abrió de golpe. No estaba atrancada y no había rastro alguno de los guardias.

—Puede ser una trampa, Gilmore —susurró Mortag a su lado.

En el patio desierto, miraron hacia las almenas tan vacías como el resto, Gilmore sintió el miedo más profundo y oscuro recorrer su cuerpo. Breogán había matado a Alysa, a todos, por eso no había nadie allí. Ese pensamiento lo volvió loco por un instante hasta que escuchó las voces, dentro de la torre, murmullos y gritos, como si toda la aldea y los habitantes de la torre estuvieran dentro.

—Están dentro, todos —susurró al resto Gilmore para que mantuvieran silencio.

Solo el graznido de una gaviota sobre sus cabezas se escuchó, pero otra vez se oyó por encima del ruido del mar al chocar con las piedras ese murmullo sobrecogedor de decenas de voces. Robert, en silencio, se acercó a Gilmore para intentar detenerlo, pero era tarde, con una señal a Mortag, los dos, aún sobre sus monturas, entraron a caballo en la torre, agacharon sus cabezas y sus caballos abrieron con la testuz las puertas del salón de la torre.

Gilmore intentó reaccionar, allí estaban todos, el pueblo entero, al parecer, el clan de los infinitos en su totalidad, reunidos en el salón. En el centro, un descomunal megalito de piedra y, apoyado en él, Breogán con su daga en el cuello de Alysa. Gilmore vio como las gentes de Breogán se apartaban de su caballo y desmontó. Sentía la furia en cada vena de su cuerpo, como si fuera a deshacerse de rabia y odio por aquel hombre que mantenía a Alysa sujeta y amenazaba su cuello.

—¡Gilmore! —Alysa creía que era presa de la fiebre y las visiones, no podía ser Gilmore, ni siquiera sabía dónde había huido. Había sido una estúpida al pensar que podía vencer a Breogán sin jugar sucio y, en el momento que se había visto atrapado por su propio clan, se había protegido con ella. Y ahora Gilmore estaba allí, había ido en su busca, solo podía significar que la amaba.

—¡Suéltala, Breogán! No hay salida para ti, mi ejército y el de los Stewart están en el bosque, asolarán la torre y te matarán.

Breogán lo miró confuso, como si fuera incapaz de creer que lo habían vencido su propia gente y Alysa. Entonces su mirada impregnada de una locura mayor se fijó en la mujer que acababa de entrar y el guerrero de enorme altura que la protegía. Robert y Cristina Stewart. Robert se dirigió enseguida a Muriel, a un lado, al frente de los miembros de su clan.

—¡Robert! ¿Vas a permitir esto? ¿Qué destruyan a los infinitos, a tu clan, por dos mujeres? —increpó Breogán a su antiguo discípulo y amigo.

Robert se adelantó hasta igualar la posición de Gilmore.

—Al parecer, ya no tienes clan, Breogán —dijo tras dirigir una mirada a Muriel, quien lo había puesto al tanto de lo que ocurría—. Márchate, desaparece y vivirás.

Gilmore miró con furia a ambos hombres, no era momento de negociar ni quería mientras aquella daga permaneciera en el cuello de Alysa. Ambos se miraron y Gilmore se dio cuenta de los golpes que surcaban el rostro de ella, las ropas ajadas y manchadas de su propia sangre. Esos dos, Breogán y Robert, podían seguir con su charla hasta que el infierno se congelase, él solo quería a Alysa.

Tal vez no fuera tan rápido para llegar hasta ella antes de que Breogán le clavara el cuchillo, pero estaba distraído discutiendo con los Stewart. Gilmore hizo una seña a Mortag, comprendió al instante qué quería decir su amigo, Mortag se deslizó como una serpiente por detrás de la gente que observaba y rodeó la enorme piedra hasta situarse a la espalda del *laird* de los infinitos.

—Eres un tonto, Gilmore.

Gilmore sonrió cuando Alysa movió los labios, a pesar del brazo y del cuchillo de Breogán. ¿De todas las cosas que podían decirse al

encontrarse, de verdad Alysa lo llamaba tonto? Quería reír a carcajadas al sentirse al fin tan cerca de ella. ¡Que el cielo se apiadase de todas las almas de aquel salón si Alysa moría! Amaba a esa mujer por encima de su propio juicio, y estaba a punto de perderlo. Debía haber encerrado a Alysa en sus aposentos y no dejar que nunca saliera de allí, proteger a su corazón, Alysa era lo más importante y bello que nunca había tenido. Y Breogán apretaba su daga contra la fina piel del cuello, una gota de sangre salía de la garganta de Alysa. Comprendió a Stewart, el amor que sentía por Cristina, capaz de dejarlo indefenso y, a la vez, transformarse en el más fiero guerrero.

Gilmore Cam, mercenario, *laird* y guerrero, no dejaría a nadie vivo en aquel salón si era necesario. No era muy noble atacar a su enemigo por la espalda, pero tampoco era honorable que Breogán amenazara a Alysa. Hizo una señal con la barbilla, Mortag entendió su gesto, tras la piedra que le servía de escondite, golpeó con la hoja de su espada en las piernas de Breogán. El *laird* de los infinitos se vio sorprendido y soltó de su agarre a Alysa lo suficiente. Gilmore avanzó con su espada, ciego de ira.

Alysa vio correr a Gilmore hacia ellos, su expresión de furia desatada, y se tiró de rodillas contra el suelo con rapidez. La hoja afilada de la espada de Gilmore cortó alguno de sus cabellos al pasar tan cerca. Gilmore descargó su espada contra Breogán hasta que el sonido del choque del metal restalló contra la piedra. Un silencio sepulcral envolvió el salón, los resuellos se sucedieron, exclamaciones ahogadas y después gritos.

Gilmore acercó su rostro al de Breogán, los ojos desorbitados por la sorpresa, la boca en una extraña mueca de derrota y comprensión.

—Quédate tu oro, infinito. Nunca debiste tocar a mi dama, Breogán.

Alysa se incorporó con las rodillas desolladas al caer al suelo de forma tan abrupta, levantó la mirada hacia Cristina y esta asintió con lágrimas en los ojos. Su amiga estaba allí, y había traído a Gilmore con ella. Gilmore. Su amor. De todas las personas que Alysa hubiera deseado ver en ese instante, allí estaban las dos por las cuales hubiera dado su vida sin dudar.

Alysa miró sus pies, la sangre que comenzaba a teñir los suelos de la torre. Se giró ante la mirada de todos y tuvo que ponerse de puntillas para tomar el brazo de Gilmore Cam, sostenido aún en alto, apretaba la empuñadura con fuerza. Alysa se obligó a no mirar cómo la cabeza de Breogán estaba apenas sostenida entre la hoja de acero y la pared. La mano de Gilmore que envolvía la empuñadura temblaba, los nudillos blancos presionando. Con delicadeza, Alysa hizo que Gilmore se apartara del cuerpo sin vida y lo dejara caer. Gilmore estaba rígido, temblaba a causa de la furia. Alysa, una vez que bajó la

espada, se abrazó a su cintura y escondió el rostro en su espalda.

—Gilmore, ya está, ha muerto —susurró con dulzura a la espalda de él—. Vámonos de aquí, mi amor.

Gilmore al fin reaccionó a aquellas palabras y se giró hacia ella. Levantó la barbilla de Alysa con la sangre entre sus manos. Alysa se perdió en aquellos ojos del color del ámbar que poco a poco volvían a ser humanos.

—¿Estás bien, Alysa? Dime que no estás herida, *mo aidhir*.

Alysa sonrió con franqueza, presa de las emociones, demasiado feliz de tener a Gilmore con ella, y triste por tener a sus pies el cuerpo sin vida de Breogán.

—Ahora estaré bien, Gilmore, si tú quieres aceptarme. Puedo ser muy pesada, no tengo el más noble de los corazones ni soy hacendosa con otra cosa que con mis dagas y la espada. No sé…

Gilmore rio, una carcajada que ambos sabían era poco apropiada, pero que expresaba la felicidad que sentía dentro.

—No necesito más de ti que seas tú misma siempre, Alysa. Te amo, más de lo que puedo comprender, y pienso rendirme a tu sonrisa cada día, a tu forma de desafiarme, a tus ojos que me enamoran y a tu boca que me envenena. Te quiero, Alysa.

Alysa tuvo que coger aire, sino hubiera caído desmayada, tanto tiempo había anhelado escuchar esas palabras de Gilmore que ahora solo se le ocurría llorar.

—Te quiero, Gilmore Cam, con toda tu arrogancia, tu ira desmedida y tu forma loca de mirarme. Creo que te he estado buscando, Gilmore, demasiado tiempo.

Se abrazaron, se besaron y, tal vez, puede que oyeran alguna exclamación de disgusto por parte de Stewart, pero aquel amanecer, en la torre de Breogán, se celebró, por primera vez, algo con vítores y esperanza, y fue el amor de dos desheredados malvados que volvían a la vida gracias al amor.

Capítulo 34



—¿Qué crees que pasará ahora, mi dulce esposa? —susurró Robert en el oído de Cristina al mirar a todo aquel clan sin líder.

—No te hagas el tonto, Robert Tormod Stewart nunca desperdicia un buen puñado de hombres prestos a servirle. La gran mayoría son como tú, eran tu gente antes de que Breogán los condujera a una vida alejada de todos, comprendes su maldición.

Robert miró a su esposa, tal vez, en alguna ocasión, hizo algo bueno y el cielo le había recompensado con la mujer más lista y hermosa que jamás había pisado esas tierras. Se abrazó a ella y Cristina protestó cuando la dejó sin apenas aire. Un pequeño pasó corriendo delante suyo por el salón y ambos se miraron.

—Robert, ¿crees que los niños estarán bien? ¿Y Angus y Estela?

Miró a su esposa con las cejas arqueadas.

—Debemos volver a todo galope, Cristina, puede que Angus haya tirado mis murallas porque no entraba suficiente luz en Roca del Cuervo.

Cristina negó con la cabeza y sonrió, volvían a casa al fin cuando observó a Alysa y a Gilmore caminar juntos hacia el exterior.

—Robert, dejarás a Gilmore y a Alysa en paz, ¿verdad? Gilmore tiene un hogar para ella, y mucha de esta gente seguirá a Alysa, ha sido capaz de levantar al clan contra Breogán.

—Ambos son libres de vivir como deseen mientras no se acerquen nunca a Roca del Cuervo.

—Es mi amiga, querré que venga a vernos.

—No empieces, esposa.

—Vendrán y celebraremos su boda.

—No sé quién es peor, si Gilmore o Alysa, se matarán en el primer invierno.

Cristina sonrió, era innegable que Robert se alegraba por que Alysa hubiera encontrado su lugar en el mundo.

—¡Robert!

Se giró mientras Alysa se acercaba hacia ellos con Gilmore a su lado.

—Acogerás a nuestra gente, ¿verdad?

—Alysa, muchos te seguirán donde vayas, eres su señora, has luchado por ellos. No me interpondré en sus lealtades, otros tal vez no quieran seguirnos, este es su hogar.

Gilmore se adelantó entre Alysa y Stewart.

—Voy a destruir esta torre por entero, Breogán escondió el manuscrito aquí y nadie puede encontrarlo, y luego esta esa piedra, debía de ser poderosa, cargué con ella en barco desde Carnac. Los secretos de los infinitos y aquello que consiguieron con sangre debe morir aquí.

—Estoy de acuerdo, quememos esta maldita torre, quien desee venir con nosotros, tendrá un hogar, ya sea en tu fortaleza o en Roca del Cuervo —afirmó Robert.

Por primera vez, ante la sorpresa de Alysa y Cristina, los dos hombres sellaron un acuerdo con sus manos, tras escupir en la palma como dos buenos escoceses. Gilmore Cam y Robert no eran tan diferentes, al fin y al cabo, y ellas serían capaces de mantener la paz en el norte de Escocia entre un seguidor del rey y un Balliol.

Cristina entonces miró a Alysa, ambas eran las únicas que se habían acordado de Angus y Estela y de que debían volver a su tiempo. Alysa guiñó un ojo a su amiga y dejó asomar de entre los pliegues de la capa el manuscrito. Cristina sonrió, Alysa nunca dejaba de asombrar al mismísimo cielo.

Capítulo 35



Angus, y Estela suspiraron al ver como Robert Tormod Stewart atravesaba a caballo las puertas de Roca del Cuervo con la misma arrogancia que siempre caracterizaba sus entradas a su hogar. Cristina montaba con él, saludaba a todos con una sonrisa y algunas mujeres se acercaban a tomar su mano, alegres por su vuelta.

Tras ellos, Stephen y Mortag, los dos guerreros no podían ocultar sus sonrisas al ver que eran recibidos como héroes, y, tras ellos, la imponente figura de Gilmore Cam a lomos de su montura con Alysa entre sus brazos. Ambos, cobijados por el tartán del guerrero, sonreían. Jamás pensaron que atravesarían las puertas de Roca del Cuervo con tal recibimiento de sus gentes ni la paz entre ellos y los Stewart.

Estela estaba preparada para ese momento y organizó una digna fiesta ante la sorpresa de Cristina, ya que ella estaba demasiado ocupada cubriendo de besos y abrazos a sus pequeños. Robert enseguida desapareció con Angus, temeroso de qué habría hecho a su amado castillo su descendiente, y Gilmore y Alysa, simplemente, desaparecieron.

Cristina, un rato más tarde, se reunió con Estela y Angus ante la preocupada mirada de su esposo. Se sentaron en la biblioteca que Angus en su tiempo había reformado, no existían aún ni un tercio de los libros que coronarían la biblioteca de Roca del Cuervo en el siglo XXI.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó Robert de forma abrupta.

—¡Robert!

—Cristina, perdona que me preocupe, pero es mi descendiente, si no vuelve a su siglo, los Stewart desapareceremos, a no ser que hayas dejado algún bastardo en el futuro.

Angus negó con la cabeza y elevó los ojos hacia el techo, Robert podía ser muy bruto en cualquier época.

—Nos hemos casado —susurró Estela con una enorme sonrisa en el rostro.

Cristina se abalanzó sobre ella para abrazarse a Estela.

—¡Siempre lo supe! ¡Desde que os vi juntos el primer día! ¿Aquí en Roca del Cuervo?

Estela no tardó en explicar cómo habían tomado la decisión en vista de que no volvían.

—Me alegro mucho de corazón —volvió a decir Cristina sin soltar las manos de Estela, sería una digna descendiente para Robert y ella —. Y supongo que habéis hablado de quedaros, sois bien recibidos, a pesar de lo que diga Robert. Esta es vuestra casa y si no deseáis iros…

Angus interrumpió sus palabras al ponerse de pie, Cristina, al igual que tantas veces, comprendió enseguida que tendría que despedirse una vez más de él.

—Queréis marcharos, ¿verdad?

—Sí, Cristina, tu sitio siempre estuvo aquí, pero el nuestro, no. A Estela y a mí nos gustaría vivir en Roca del Cuervo en nuestro siglo, no estamos preparados para quedarnos. Tendremos que cambiar algunas cosas, emprender muchos proyectos y, sobre todo, deshacernos de Amanda.

Robert miraba a la pareja con el ceño fruncido, hundida la barbilla en el pecho. ¿Cómo un guerrero como él podía tener tanto miedo? Desde que la conversación había comenzado, sentía una enorme desazón, ¿y si Cristina decidía volver a su siglo con sus pequeños? ¿Y si lo abandonaba allí? Él no estaba preparado para vivir en ese futuro que no soportaba y, sin embargo, comprendía que en ese lejano tiempo estaría protegida por Angus y Estela, que su vida sería más fácil, sus hijos no enfermarían…

—Robert —llamó ella. Se acercó hasta coger su mano entre las suyas. Eran tan grandes que los dedos de Cristina quedaron sepultados entre los suyos—. Ayudaremos a Angus y a Estela, mañana al amanecer Alysa y yo les enviaremos a casa.

—Cristine…

Y ella sonrió comprensiva, con esos hoyuelos que siempre estaban presentes en su rostro de niña, a pesar de que pasara el tiempo, Cristina no parecía envejecer, casi como él.

—No iré con ellos, Robert. Tú eres el único hogar y tiempo que quiero, mi amor.

Robert empujó contra sí el cuerpo de Cristina con tanta fuerza que ambos estuvieron a punto de caer juntos. La leve carraspera de Angus rompió el dulce y apasionado beso en que se fundieron. Robert levantó la mirada, Señor, ¡qué ganas tenía de mandar a Angus a su tiempo!

—Por cierto, ¿alguien sabe dónde están Alysa y Gilmore?

* * *

—¿Crees que nos buscarán aquí? —susurró Alysa mientras miraba a su alrededor.

Gilmore elevó a Alysa de la cintura y dejó que descendiera del caballo muy despacio contra su cuerpo hasta tocar el suelo. Estaban a la orilla del lago escondido en el bosque, era el mismo lugar donde se habían conocido aquella noche en que Gilmore secuestró a Cristina y a ella.

—Están demasiado ocupados y nosotros lo bastante lejos de las miradas de los guardias de las almenas.

Alysa miró hacia las copas de los árboles, el viento se agitaba y producía un agradable sonido. Gilmore extendió su tartán en el suelo y tomó la mano de Alysa para que se sentara a su lado.

—Mañana, en cuanto mandéis a esa extraña pareja a su siglo, partiremos hacia nuestro hogar.

Sonrió cuando Gilmore pronunció aquellas palabras, hogar, allí les esperaba Margaret, Muriel, que había decidido quedarse con ellos y el resto del clan, se dirigían hacia allí guiados por Rob y Brian. Alysa temía despertar y que todo fuera un sueño, ¿habría felicidad al fin en su vida?

—Tengo que ir a un sitio antes, Gilmore.

Gilmore cogió su cintura y obligó a Alysa a caer sobre él, tumbado de forma indolente en el suelo. Alysa aún se maravillaba de su extraordinaria altura y sus anchos hombros capaz de envolver su cuerpo por completo.

—Iremos donde desees, *mo aidhir*. ¿A Iona? Temo que Cristina no es muy discreta, y me he ganado su confianza. ¿No será peligroso para ti? ¿Estás segura?

Alysa intentó apartarse y elevó los ojos al cielo.

—Cristina no puede llegar a entender que nuestra vida infinita es una maldición, Ethelred comprendió que nuestra naturaleza humana se pierde con los siglos, deshizo el hechizo en la piedra en «Clach Na Criche» y pasó a ser mortal.

—Y después murió, Alysa.

—Porque ya estaba enfermo, jamás me hubiera hablado de ese lugar si no fuera seguro. Quiero envejecer a tu lado, Gilmore, con nuestra gente, sentir que el siguiente amanecer no volverá a repetirse, quiero forjar una vida a tu lado, en la cual sepa que, cuando me dejes, habrá un final también para mí después de tener una vida plena.

Gilmore frunció el ceño sin soltar su cuerpo. Abrazó a su amor, eso sí podía entenderlo, cuando Alysa estaba presa de Breogán, creyó volverse loco, convencido de que si no salvaba su vida, su corazón se pararía para siempre sin ella.

Alysa dejó que Gilmore acariciara su pelo, su espalda, apoyó la cabeza contra su torso y escuchó los fuertes latidos de su corazón. Sin duda daría su vida por cada una de esas palpitaciones. Gilmore se movió para colocarse y Alysa sonrió cuando él descendió con su

caricia por toda la espalda hasta coger su trasero y colocar su miembro contra ella. Se había acabado el dulce Gilmore y sus palabras susurradas, para dar paso al hombre que acariciaba su cuerpo con devoción.

—¿No me has traído aquí para hablar, Gilmore? Eso dijiste.

—Tal vez mentí, Alysa.

Gilmore tomó sus caderas y rodó por el tartán hasta cambiar sus posiciones, ahora tenía a Alysa atrapada bajo su cuerpo, a ambos lados del rostro de ella estaban sus fuertes antebrazos, desplegada su fuerza para no aplastar su cuerpo.

—¿Me acompañarás a Iona, Gilmore?

Frunció el ceño ante su insistencia, pendiente como estaba de acariciar su cuerpo, Gilmore disfrutaba al delinear el contorno de su pecho hasta llegar al escote de su vestido. Entonces sus ojos se encontraron, Alysa lo miraba expectante con sus enormes ojos de océano, a Gilmore, nadie lo había mirado de forma tan directa, sabía que su color intimidaba y solo sus amigos eran capaces de mantener su mirada.

—Si te conviertes en mi esposa.

Alysa intentó levantarse de aquella posición y, con una risa, Gilmore cogió su cintura y volvió a tenerla bajo él.

—No puedes huir de mí, Alysa.

—Nunca me he casado en cuatro siglos, Gilmore Cam.

—Bueno, tampoco nunca has sido mortal en ese tiempo.

Alysa golpeó su hombro, y no pudo resistir la sonrisa de Gilmore, él tenía razón, era época de cambios y de iniciar una nueva vida. La mirada de Gilmore cambió cuando Alysa volvió a acariciar su pelo, el brillo de la seducción. Alysa sintió a Gilmore contra su vientre, su excitación, ya no habría más conversaciones ni confesiones por ahora. Alysa se movió, provocó un gemido en Gilmore que salió de lo más hondo de su garganta. La besó con una intensidad que parecía imposible, rodeó su cintura y posó su mano en los pechos mientras Gilmore besaba una y otra vez su piel, Alysa creyó por un instante que respiraban como una sola persona, no como dos. Alysa sentía que se abrasaba cuando Gilmore tomó uno de sus pechos sobre las telas y se inclinó para besarlo, el vestido no era ningún obstáculo para notar sus labios y el filo de los dientes al rozar la delicada piel. Gilmore se apartó lo justo para quitarse la camisa por encima de la cabeza y levantar el vestido de Alysa. Escuchó una risa de satisfacción al sentir que ella no llevaba esos horribles pantalones bajo las faldas. Gilmore colocó una pierna entre las suyas y separó las rodillas de Alysa. Entre jadeos, deslizó la mano en la dulce uve que formaban sus caderas. Alysa aún sentía el instinto de apartarse a causa de sus cicatrices, Gilmore no permitió que se avergonzara al acariciar todas con

devoción hasta llegar… Alysa lo detuvo, agarró su muñeca, no sirvió de nada porque Gilmore volvió a desarmar sus fuerzas al pasar el dedo por su húmeda hendidura.

—Vas a ser mi esposa, Alysa. Mía y yo tuyo. Para toda la vida.

Alysa gimió y guio la mano que agarraba la muñeca hacia su interior. Sentía la dureza de Gilmore contra la cadera, abrasaba, y Alysa separó las piernas para su guerrero. Él se detuvo un instante.

—Dilo, Alysa, di que te casarás conmigo. No caeré en tus tretas, aún no has dicho que sí.

Refunfuñó, ansiosa, dominada por el placer y la pasión, no soportaba aquella excitación.

—Te elijo a ti, Gilmore Cam, como esposo, por encima de cualquier cosa en la vida.

Gilmore rio con esa voz grave y profunda que Alysa adoraba. Gilmore había ganado. Entonces él entró en ella, enseguida Alysa sintió como se abría paso en su interior y sus músculos reaccionaban al atrapar su miembro muy dentro. Gilmore comenzó a moverse de forma suave hasta que Alysa se encorvó en busca de su boca, lo besó con devoción. Deseaba casarse con él y pasar el resto de su corta vida a su lado.

El hombre sensible dio paso al guerrero que llevaba dentro al sentirse parte de Alysa por completo, en alma y cuerpo. Gilmore aceptó los movimientos más cortos y pronunciados de la que sería su esposa al día siguiente, aunque tuviera que amenazar al cura de los Stewart por lo precipitado de la boda. Siempre, mientras respirara, Alysa estaría junto a él y él junto a ella.

Capítulo 36



Cristina y Alysa caminaron hacia el bosque, guiaron a Estela y Angus hacia el mismo lugar en que habían aparecido aquella noche meses atrás. El alba había rociado de humedad las hojas de los árboles y los arbustos del suelo. Los primeros rayos de sol se filtraban entre las copas de los abetos y pequeñas gotas brillaban en los haces de luz. Alysa levantó la mirada, las torres de Roca del Cuervo se veían en la distancia amenazadoras, elevadas sobre la colina.

Sortearon la orilla del lago y Cristina sonrió al ver a su esposo más adelante.

—¿No confía en que no saldrás a la carrera tras Angus y Estela?

Cristina dio un codazo a Alysa, que se toleraran, no significaba que Robert y Alysa fueran amigos, habían encontrado otro motivo para pasar el día enfadados, Gilmore Cam y sus pullas a Robert.

—Fui yo quien le pedí que estuviera aquí —mintió—. Así verá que no tengo ninguna intención de volver al futuro.

Llegaron al pequeño claro, cubierto de serbales, y, entre ambas, dibujaron la espiral del suelo. Alysa sacó el manuscrito del tiempo, herencia de los Donell. Cristina y ella penetraron hasta el exterior del círculo e invitaron a Angus y Estela a situarse en el centro.

—¿Estás preparada, esposa? —preguntó Angus a Estela.

Estela asintió, demasiado nerviosa para pronunciar una sola palabra. Angus y Estela se tomaron las manos, frente a ellos Cristina y Alysa, cogidas sus manos comenzaron a pronunciar las ancianas palabras del hechizo, lo suficientemente lejos de ellos para no ser arrastradas al futuro. Cristina sonrió a Angus, nunca más volverían a verse, pero ahora sabía que, tras vivir en aquel siglo de la Edad Media, Angus se había fortalecido y sería capaz de proteger Roca del Cuervo y su legado.

El aire se tornó denso, el viento envolvió a los cuatro, las hojas comenzaron a danzar entre ellos hasta que Estela y Angus se difuminaron ante sus ojos. Un instante después, el viento se detuvo. Angus y Estela habían vuelto a su hogar.

Estela apareció como la vez anterior, arrodillada sobre el suelo con la cabeza dándole vueltas y el estómago revuelto. Angus se acercó a ella y tomó su brazo para ayudarla a que se levantase. Levantaron la

cabeza, temerosos de que el hechizo no hubiera funcionado, pero, cuando vieron tan solo dos torres en pie en vez de las cuatro que tenía Roca del Cuervo en el siglo XIV, supieron que estaban en casa. Estela no pudo evitar aferrarse a Angus con lágrimas en los ojos.

A un lado estaba la carpa, aún en pie, unos trabajadores desmontaban las telas, se llevaban las sillas de su boda y las mesas, y Angus tuvo que sonreír. Desde el interior, la madre de Estela, el ama de llaves, los miró atónita.

—¡Se puede saber dónde os habíais metido! —exclamó sin pudor ninguno, con un tono de enfado más maternal que de reproche—. Lleváis más de dos semanas fuera.

Estela corrió hasta ella, hacía tan solo unos días que no estaba muy segura de poder volver a abrazar a su madre.

—Es una larga historia —afirmó Angus mientras intentaba organizar su mente para poder explicar su aparición después de esas semanas, con esas ropas del pasado. Mientras en Roca del Cuervo habían pasado casi dos meses, en este futuro solo habían pasado apenas quince días según la madre de Estela—. Perdone, una pregunta, ¿qué ha sido de Amanda? ¿Son órdenes suyas desmantelar la carpa?

La madre de Estela se giró hacia Angus con las mejillas arreboladas y cierto nerviosismo, dudó un momento antes de hablar.

—Pues todos pensamos que Estela y tú habíais huido juntos, y, con toda sinceridad, señor, su prometida, Amanda, se puso a mandar como si esto fuera suyo, es muy déspota a sus espaldas y maleducada, y, simplemente, la eché de aquí. Espero que algún día pueda perdonarme, pero es que esa mujer quería quedarse con todo, y por mucho que se lo explicase, no lo entendía. No tenía ningún derecho. Acudí a su administrador y… échenos a todos si quiere, pero le di a esa mujer con la puerta en las narices, no iba a llevarse ni una brizna de hierba de Roca del Cuervo sin su permiso. No, señor, no era una Stewart, milord.

Angus rio y abrazó a la que, sin saberlo, era su suegra por su eterna fidelidad a los Stewart. Amanda, sin que los infinitos existieran ya en el futuro, no al menos como un peligroso clan, no podía recurrir a ellos para sobrevivir. Intentaría encontrar a esa mujer y darle una vida digna en el futuro, por mucho que sus intenciones no hubieran sido buenas, Angus sabía cómo el clan de los infinitos podía embaucar a sus seguidores. Respiró hondo, estaba en su hogar, con su gente y su esposa. Por primera vez en mucho tiempo, respiró tranquilo.

Angus admiró el hogar de sus ancestros con orgullo, levantó la vista a las torres sobre las que volaban los cuervos. Había conocido el esplendor de aquel castillo alejado del mundo y su pecho se hinchó de alegría, su legado, su herencia, Cristina y Robert lo habían salvado

para las generaciones posteriores. Miró a su lado, a la mujer con la que se había casado y supo que, a partir de ahora, todo iría bien.

Caminó junto a Estela y a su madre, ahora a Angus solo le quedaba por cumplir una promesa hecha a Cristina. Debía borrar la descripción del retrato de Alysa y poner: «La más honorable de la dinastía Donell, que salvó a los Stewart de la muerte». Ninguno de ellos, ni la historia, olvidaría los sacrificios de Alysa para salvar a los Stewart de Roca del Cuervo.

Epílogo



Habían pasado los últimos dos días a caballo, después navegaron en un *birlinn* que les llevó cerca de la abadía de Iona. Alysa miró el semblante de Gilmore mientras desembarcaba, tomó tierra en aquella isla que tanto había significado para Alysa y sus miradas se cruzaron. Una vez más, Gilmore debía enfrentarse a otro de los fantasmas de Alysa. En cuanto ella puso el pie en la desolada isla, sintió que una sonrisa afloraba en su rostro, Ethelred, su espíritu seguía allí, con ella. Lo amó más como a un hermano que como a un hombre, él mostró a Alysa todas las caras del alma del ser humano hasta que había conseguido aceptar tanto el bien como el mal que habitaban en ella. Su más preciado regalo había sido el conocimiento, vetado para una mujer en aquellos tiempos, y su recompensa final, conocer la piedra de los deseos, «Clach Na Criche».

Cristina y Robert estaban con ellos, sin embargo, Alysa no pensaba que su hermano de clan fuera capaz de seguir su estela y renunciar a su eternidad, ni siquiera por su esposa. Robert amaba profundamente a Cristina, pero también era quien era por la eternidad que sabía que viviría.

—¿Estás bien, Alysa?

Gilmore no soltó su mano hasta que no rebasaron las escarpadas piedras de la orilla y se adentraron en el agreste suelo de Iona.

—Lo estoy, Gilmore —afirmó con sinceridad.

Alysa, una vez que dejó que Gilmore conociera su pasado, había respirado al fin, por ello estaba decidida a continuar su camino como una mujer más. Envejecería, se llenaría de arrugas junto a Gilmore y vería a su hijo crecer. Muriel se lo había confirmado antes de partir de Roca del Cuervo, estaba embarazada de nuevo, y nada esta vez quebraría la vida que llevaba dentro, un hijo de Gilmore Cam. Deseaba una vida normal, sin huir, sin esconderse, sin preguntarse nunca más si la acusarían de bruja o desterrarían, a ella o a su bebé. No quería separarse de Gilmore ni de su gente. Con una sonrisa, ascendió junto a él la colina, ¿cómo pudo haber una vez que se creyó superior a cualquier ser efímero? Alysa había tardado en comprender que alargar su vida había sido una maldición, el cuerpo se desgastaba, aunque fuera el de una joven eternamente, su mente era la de una

anciana, sus cicatrices se multiplicaban. Quería pasar una sola vida junto a su amor y sentir cada día que tenía que aprovechar cada momento a su lado.

—¿Estás segura, Alysa?

—Como de que te quiero más que a nada en la tierra o el cielo, mi amor.

Gilmore envolvió su cintura con los brazos y, a pesar de las miradas que sentía sobre ellos, abrazó a Alysa, hizo que echara la cabeza hacia atrás y besó sus labios. Nunca podía estar saciado del sabor del amor en los labios de Alysa.

—Te amo, Alysa Donell, ahora y dentro de mil años, no importa quién hayas sido.

—¿Dejarás de amarme cuando mi rostro se cubra de arrugas y mi pelo se vuelva blanco, Gilmore Cam?

—Siempre, mi *aidhir* del norte.

«Mi hada», ahora Gilmore siempre la llamaba así, qué lejos había quedado su malvada *banshee,* ahora y cada día del resto de su vida, Alysa se ganaría aquel apodo con que no solo Gilmore se dirigía a ella, sino las gentes del castillo, en su hogar, su futuro, ahora era su dama.

Tras ellos, escuchaban a Robert y Cristina murmurar, Alysa sonrió, estaban destinados a amarse tanto como a pelear.

Caminaron hasta ver la punta del techado de la abadía, Alysa se detuvo en la distancia, allí, entre tumbas de reyes antiguos y futuros, monjes y príncipes, estaba la tumba de Ethelred.

—Podemos ir si lo deseas, Alysa —sugirió Gilmore—. Ethelred fue parte de tu vida y siempre le estaremos en deuda.

—No es necesario, Gilmore, sé dónde está él y Ethelred dónde estoy yo, sigamos.

Rodearon el camino de la abadía y se internaron entre los escasos árboles de la isla. Tenían los troncos retorcidos a causa de la brisa del mar, marcaban la senda del camino que debían tomar, al final de ella, Alysa se había detenido muchas veces sin llegar a entrar en la cueva en la que estaba la piedra sagrada. Aquel era el sendero de su nueva vida.

Cristina vio como Alysa se internaba sola en la gruta que conducía a «Clach Na Criche» y Gilmore suplicaba con la mirada por que todo fuera bien.

—Robert, no tienes por qué hacerlo —volvió a decir Cristina—. No tienes por qué renunciar a tu longevidad por mí.

—Sí es por ti, Cristina, no vagaré en la soledad por los lustros, pensando que no estás ya conmigo. Sé que nada ni nadie podrá salvar mi corazón el día que enfermes o te vea morir ante mis ojos. Ahora, nuestra vida, Cristina, no estará marcada por ningún sendero, solo por nosotros y ver crecer a nuestros hijos.

Alysa se detuvo, esperó a que Robert llegara junto a ella y juntos se internaron en el interior oscuro.

—¿Estás convencida, Alysa? —susurró Robert—. Puedo esperar fuera hasta que todo haya acabado.

Alysa sonrió ante la mirada de Robert, habían caminado juntos mucho tiempo, se habían querido y odiado con mucha más fuerza, pero ahora Alysa solo deseaba estar en paz. Cogió su mano y, en la semioscuridad de la entrada, sacó dos pequeños pedernales de su bolsillo. Robert asintió, se agachó a su lado, en un momento, prendió una chispa que ambos alimentaron con las ramas que él llevaba consigo. Alysa sacó de su bolsillo el pergamino que contenía el hechizo del tiempo y, con mano temblorosa, lo acercó a las débiles llamas. En cuanto tocó un extremo, el manuscrito empezó a quebrarse bajo el efecto del fuego, ambos lo miraron hasta que quedó reducido a cenizas.

—Nunca más, Robert, con esto terminamos con esta maldición.

—¿Estás segura, Alysa?

—Lo estoy, Robert. ¿y tú?

Robert asintió, carente de la fe que Ethelred había dado a Alysa y sus deseos de recuperar una vida normal. Abandonaron el tenue fuego y caminaron hacia la oscuridad.

Cristina sostenía el peso de su cuerpo en un pie y el otro, se mordía las uñas, inquieta. Gilmore estaba frente a la entrada de la cueva, el tiempo pasaba despacio y Alysa no salía, allí dentro estaba su vida entera, la mujer que amaba y su hijo. Cayó de rodillas frente a la oscuridad y, por primera vez en su vida, rezó a los antiguos dioses y a los nuevos, dentro y fuera de cualquier fe por la vida de su esposa.

—Gilmore Cam, ¿qué te ocurre?

La voz dulce de Alysa rompió sus murmullos y promesas, Gilmore vio como su bella esposa salía de la cueva junto a Stewart. Alysa sonrió, mostró sus hoyuelos y echó a correr hasta él. Gilmore acogió a su mujer entre sus brazos y observó maravillado el color de sus mejillas, el brillo de su pelo, por un momento, hubiera jurado que había salido de aquel averno más joven de lo que había entrado.

—Te amo, Gilmore Cam, ahora soy tuya hasta que se apague mi luz.

—Te amo, Alysa, soy tuyo para siempre.

Y Alysa lloró de felicidad, incrédula por todo lo que había tardado siglos en conseguir. En un momento, abrazada a Gilmore Cam, vio su futuro juntos, con su clan y los hijos que vendrían, y su corazón se llenó de dicha y felicidad, como el de cualquier mujer que habitaba en Escocia y como ninguna otra que hubiera vivido cuatro siglos en aquella tierra al norte de la isla. Era el tiempo de la escocesa y el tiempo de su propia felicidad.

F I N

Nota de la autora

Gracias por leer este libro, espero que hayas disfrutado con la lectura. De corazón te agradecería que dejaras un comentario sobre ella en Amazon para contarme qué te ha parecido. Es la manera de conoceros a quienes me leéis y teneros más cerca. Puedes encontrar mis novelas en Amazon y en otras plataformas o seguirme en redes sociales como Miranda Bouzo.

Gracias por seguir conmigo, sin vosotras, no sería posible seguir escribiendo.

Un abrazo con el corazón.
Miranda.

Otras obras de la autora

Primer libro *Guardianas de Escocia.* **«Un clan en mi corazón».**
Segundo libro *Guardianas de Escocia.* **«Te diré mi nombre».**
Tercer libro *Guardianas de Escocia*. **«Prisionero de tu voz».**
Cuarto libro *Guardianas de Escocia*. **«La llave de Escocia».**

Títulos bajo el sello HQÑ - Romántica escocesa
Corazón escocés

Trilogía escocesa HQÑ
Vientos de Escocia
La irlandesa
El caballero escocés

Actual escocesa independiente
La flor del sol
El anillo del escocés
Un baile de otoño HQÑ

Histórica
Mi inocente duquesa
Un beso bajo el sauce
Camelias para una dama HQÑ
En algún lugar cerca de mi corazón HQÑ

Bilogía Contemporánea HQÑ
El amor no se puede pintar
El arte del amor

índice

Epílogo

Otras obras de la autora